

La pirámide del café



alevosía

Nicola
Lecca

Nicola Lecca

La pirámide del café

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

alevosía 

Créditos

Alevosía es un sello editorial de Ediciones Siruela

Edición en formato digital: junio de 2014

Título original: *La piramide del caffè*

En cubierta: ilustración de © Gabriel Sanz Balfagón

© 2013 Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano

© De la traducción: Carlos Gumpert, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15608-81-3

Conversión a formato digital:

www.elpoetaediciondigital.com

www.alevosialibros.com

OUVERTURE

PRIMERA PARTE

ACTO PRIMERO. El arte del trueque

ACTO SEGUNDO. El manual del café

ACTO TERCERO. Clientes misteriosos y otras complicaciones del café

SEGUNDA PARTE

Nobel

TERCERA PARTE

Tartas, sándwiches y otras bondades del café

FINAL

La caída de los dioses

Por amor a la verdad

Nota

Agradecimientos

*A Janci,
y a sus sencillos sueños.*

*Everything must change
Nothing stays the same*

[...]

*Winter turns to spring
A wounded heart will heal,
Oh but never much too soon
No one, and nothing goes unchanged.*

NINA SIMONE

LA PIRÁMIDE DEL CAFÉ

OUVERTURE

(...)

Para el viaje hacia atrás en el tiempo hay que pagar cuatro libras esterlinas: ese es el precio de la entrada al Museo de la Infancia de Bethnal Green. Imi empieza a contar las monedas que acaba de encontrarse en el bolsillo. Son casi las siete ya, y el museo está a punto de cerrar. La verdad es que podrían hacer una excepción y permitirle entrar de tapadillo. Pero la señora de la taquilla es fiel a las reglas y ni se le pasa por la cabeza.

Por fin las encuentra.

—¡Cuatro esterlinas exactas! —exclama Imi mientras va hacia ella, pero la cajera ni le sonrío ni se enternece ante la impaciencia que lleva escrita en cualquier parte de su rostro. Se limita a mirarlo sin emoción, y cuando él da comienzo a la visita del museo, ella vuelve a clavar la vista en el vacío que tiene delante. Inmóvil, como una muñeca alelada.

En las vitrinas polvorientas, los viejos ositos de peluche, los trenecitos con sus vagones de madera coloreada, las peonzas de cuerda, los automóviles a pedales y los caleidoscopios se exhiben sin excesivo entusiasmo. Imi observa aquellos juguetes tan poco actuales, espejo de su tiempo, y piensa que pertenecieron a niños afortunados.

En el Museo de la Infancia de Bethnal Green, los visitantes se emocionan siempre por motivos distintos. A las personas más ancianas les sucede con los juguetes antiguos. Los jóvenes, en cambio, reviven su pasado ante las últimas vitrinas: las dedicadas a las infancias recién transcurridas.

Para Imi es distinto, él se ha criado en un orfanato; y el museo no tiene desde luego ninguna sección especial para quienes como él, de niños, poseyeron poca cosa o nada en absoluto, pero que a cambio pudieron explorar los bosques, nadar en los lagos, encontrar crías de gamo, perseguir liebres y jugar con los hilos transparentes de las arañas.

Imi nunca llegó a conocer a sus padres: y sin embargo ha logrado ser feliz pese a todo. Y lo sigue siendo hoy, mientras visita el museo de las infancias ajenas.

Ahora acaba de cerrar los ojos.

En esa oscuridad forzada y provisional está buscando sus experiencias de niño: quiere hacerlas revivir con la memoria, para poder darse cuenta de que él, ese museo de su propia infancia lo lleva en su interior, es un museo realmente único y especial, existe solo en los recuerdos y no se paga entrada alguna para visitarlo.

(...)

Ahora Imi está cruzando el parque de la Reina Victoria. Un parque muy bonito de día, pero peligroso por la noche, cuando la niebla envuelve los lobos de piedra que montan guardia ante sus negras y herrumbrosas verjas.

La señora Lynne, en cuya casa vive, le ha dicho miles de veces que no es seguro aventurarse por el parque a esas horas y que sería mejor rodearlo. También le tiene dicho que entre esos árboles, cerca de la rosaleda, se esconde el espíritu de Anita Gassler: asesinada a patadas por un grupo de chicos mientras hacía *jogging*, una mañana de hace algún tiempo. Pero Imi no le tiene miedo al peligro: tiene experiencia con la oscuridad y camina por el parque a pequeños pasos, como si Anita Gassler nunca hubiera sido asesinada allí. A él ese lugar le gusta también por la noche, silencioso e inmóvil como los bosques de alrededor de su orfanato húngaro.

Tras su reciente viaje a Bethnal Green, encerrado en el sofocante vagón rojo del ferrocarril metropolitano, atestado de gente, y con las vaharadas de aire caliente que le confunden el cerebro, siente la necesidad de espacios abiertos. Tiene necesidad del viento.

Es una suerte que Londres ofrezca vastas zonas deshabitadas: parques inmensos donde poder olvidarse de los demás y acordarse tan solo de uno mismo. También hoy es así. También hoy recorre Imi el parque de la Reina Victoria como si ese aire desierto fuera, para él, un bálsamo indispensable.

Dentro de poco estará en casa. El vapor caliente de los brécoles hervidos se le pegará a la cara; se quitará los zapatos sin desatárselos, los colocará junto a los de su patrona de casa, y se encerrará en cuarto para leerse el manual que le han entregado hace poco. Es un volumencillo de escasas páginas, escritas con caracteres pequeños sobre un fino papel azulado.

Entre aquellas líneas, Imi descubrirá cómo convertirse en un buen asistente general y cómo hacer carrera en la cadena de cafeterías para la que acaba de empezar a trabajar.

PRIMERA PARTE

ACTO PRIMERO

El arte del truco

(...)

Hoy los niños del orfanato se han tapado la cara con pequeños adhesivos en forma de corazón. La verdad es que los llevan pegados por todas partes: sobre la frente, sobre la barbilla, por las mejillas, alrededor de los ojos e incluso sobre la punta de la nariz. En el gran caldero de cobre, el *gulasch* lleva ya un buen rato cociéndose y su aroma se difunde entre los árboles del parque que es una maravilla.

Lóránt y Laci, entre tanto, compiten en recoger ramitas para alimentar las brasas; Marcell y Gabor cantan las canciones de los Queen en un inglés aproximado; David procura atraer la atención general realizando espectaculares cabriolas; Konrád e István discuten acerca de las proezas de sus futbolistas preferidos.

Mientras tanto, Árpád –escondido detrás de un banquito– está robando los piñones tostados que adornan los bordes de las tartas, pero es descubierto a tiempo. Es Ádám quien da el chivatazo:

–*Otti neni Áрпи tarta idé* –le dice a una de las institutrices en su misterioso idioma, creado en el silencio del sótano en el que trascurrieron los primeros años de su infancia, al cuidado tan solo de un perro y de un guardián encargado de pasarle las comidas y mantenerlo limpio.

No son frecuentes fiestas como esas. Un cumpleaños doble con doble ración de tarta y jarras llenas de almíbar de frambuesas. Es la atmósfera del parque la que les vuelve a todos eufóricos, son los bancos en torno a las largas mesas improvisadas, es el ruido del río que discurre acompañado por sus márgenes verdísimos, son las ramas enormes de ciertos árboles de lo más extraño. Eso es: si la felicidad tuviera un sonido, sería exactamente el de esta fiesta.

En la mente de todos, ahora, el pasado no existe.

Eso es algo que los niños de Landor saben hacer a la perfección: vivir la vida instante tras instante, sin permitir que lo que ha sido les estropee un solo momento del presente.

Ahora el *gulasch* ya está listo, y todos se colocan en fila india con el plato en la mano. La mesa ha sido adornada con toda clase de detalles. Hay velas, las flores que Bianka neni ha recogido en los campos que limitan con Austria, y las servilletas rojas de doble capa reservadas para las ocasiones especiales.

Los niños atienden con compostura a que llegue su turno y miran encantados el *gulasch* humeante con aroma a abundancia. Los primeros tienen el plato bien lleno ya, pero no pueden comer todavía: deben esperar a que se les haya servido a todos y a que el director del orfanato haya pronunciado su discurso de felicitación.

Ada neni, mientras tanto, pasa entre las mesas con la cesta del pan.

–¿Puedo cogerme dos rebanadas? –pregunta Barnabás; hoy es su cumpleaños y sabe bien que una cortesía de esa clase no le será negada. Junto a él, Jancsi se ha metido en la boca un pimiento

picante entero, y es precisamente mientras todos se ríen de su repentino enrojecimiento cuando el director se pone de pie y empieza a hablar. Su voz es severa, temida, capaz de borrar, al instante, cualquier ruido.

El director habla poco, expresa su felicitación a los homenajeados y, al final, les estrecha la mano con cierta solemnidad.

–¡Felicitaciones! –exclama. Como si para los huérfanos cumplir años fuera un mérito, o una prueba de valor.

Por fin pueden empezar.

El *gulasch* está muy caliente, y es doloroso contra la lengua. Pero los niños se lo comen a toda prisa: temen que la segunda ración alcance tan solo para los más rápidos. Hoy, por el contrario, no hay necesidad alguna de preocuparse: el *gulasch* es abundante, hay pan de sobra, hay tartas y hay también almíbar de frambuesas diluido con soda.

Barnabás sonríe. Acaba de cumplir once años. De haber nacido en Norteamérica sería ya actor. Tiene todo lo que hace falta: espontaneidad, un rostro de pilluelo y una forma de gesticular capaz de hacer cada palabra eficaz y apasionante.

Su hermano Filip, en cambio, son diez los años que cumple: es tímido, tiene una personalidad menos pronunciada y cuenta siempre un montón de mentiras.

Ambos llegaron al orfanato hace escasos meses. Es como si estuvieran de vacaciones, y se sienten tan eufóricos como los hijos de los ricos cuando van a las colonias veraniegas a experimentar por vez primera la libertad.

Hoy, de entre todos los niños, son ellos sin duda los más felices. Se sienten felices por el *gulasch* y por la tarta, y, sobre todo, se sienten felices por los regalos que recibirán dentro de poco. Y está bien que esa felicidad la disfruten a manos llenas. Está bien que hagan provisión, que la acumulen en una especie de despensa interior: un almacén del alma donde poder conservarla a salvo, para poder disponer de ella durante los inviernos del alma. Que no tardarán en llegar.

Porque Filip y Barnabás comenzarán a recelar. Preguntarán a Ada neni cómo es que madre no ha vuelta todavía de Austria. En determinado momento se cansarán de escucharla tan solo por teléfono, querrán volver a verla.

Para no andar con apreturas de excusas, Ada y las otras neni seguirán repitiéndoles que el trabajo en Austria es muy absorbente y que su madre se ha visto obligada a quedarse más de lo previsto. Estas mentiras durarán mucho tiempo: un año, tal vez dos, acaso tres incluso. Luego, sin embargo, Filip y Barnabás descubrirán lo que ocurre, sucederá de repente. El secreto dejará de sostenerse, empezará a desmoronarse y la verdad saldrá a relucir en todo su triunfo: un triunfo inútil, que se limitará a destrozarlos.

Ocurrirá un día cualquiera: acaso en un precioso y soleado día. Alguien sin escrúpulos, en la aldea, les dirá que su madre no está en Austria trabajando en la vendimia, sino que, por el contrario, se encuentra en la cárcel, cumpliendo una condena sin fin por haber matado a su hijo más pequeño, ahogándolo en la bañera del baño. Vendrán a saber esto y vendrán a saber muchos otros detalles. Descubrirán que la madre estaba deprimida, agotada por los demasiados embarazos afrontados uno a continuación de otro, que su hermanito –una vez muerto– fue envuelto en una bolsa negra de basura; y que, así, en aquel frágil ataúd de plástico, fue arrojado a un río.

La verdad será atroz, pero, puesto que hoy queda todavía lejana, Barnabás y Filip se están divirtiendo como locos. Soplan las velas con bravuconería, y cuando el director del orfanato les entrega su regalo, se emocionan. ¡Qué maravilla, una tableta de chocolate y un frasco de gel de

baño al aroma de chicle, atados juntos con dos vueltas de celo transparente! Es un momento hermosísimo. Sobre todo cuando el director anuncia que también Imi, desde Londres, ha mandado un paquete lleno de regalos. El paquete se coloca en el centro de la mesa y los niños lo observan con estupor, como si fuera una linterna mágica o un objeto de cuentos de hadas.

Filip y Barnabás sienten gran curiosidad. Es la primera vez que ven su nombre escrito en un paquete postal y les causa cierta impresión. Les hace sentirse mayores. A decir verdad, les causa un cierto efecto también el sello naranja con la silueta de la reina Isabel impresa. Para ellos es un objeto nuevo, precioso. Barnabás piensa ya en despegarlo con vapor y consérvalo en la caja roja, junto con las canicas y a todas las demás cosas importantes.

Los regalos son muchísimos: hay caramelos de todas las formas, una peonza, un ratoncito de madera con la cola hecha de cuerda, un paquete de galletas de mantequilla y diez rollos de regaliz.

Por fin se reparten las raciones de tarta. ¡Caramba, son realmente grandes! ¿Y qué más da si falta algún piñón de la decoración?

Los niños las saborean en silencio. Después, cuando han acabado, rebañan las migas con los dedos y, como de costumbre, lamen el plato para cerciorarse de que no se desperdicie nada.

(...)

El día en el que Imi abandonó el orfanato llovía. Los niños se fueron despidiendo de él por turno: los mayores no lloraron. Los pequeños sí. Imi se dirigió a pie, solo, hacia la pequeña estación verde de Landor. Como siempre, le pareció un lugar tétrico: los cristales hilados de la sala de espera, las pintadas de amor en las paredes de los baños, la taquillera prisionera en su garita con los visillos de encaje amarillentos por el tiempo, los billetes escritos a mano, el reloj de plástico negro con su ruidosa manecilla de los segundos y las vías herrumbrosas, que acaban allí, porque Landor es la última estación. El final de Hungría, pero también el principio del resto de Europa.

Imi había estado esperando aquel viaje durante mucho tiempo y miles de veces al menos se lo había imaginado, antes de quedarse dormido. Había fantaseado también sobre el último momento de todos: aquel en el que el jefe de estación, que llevaría un gorro rojo –cómicamente y un poco circense–, atravesaría a la carrera los andenes, levantando la paleta verde y silbando el vía libre al maquinista: el tren empezaría a moverse, y se lo llevaría lejos de su pasado, para entregarlo a un futuro que él soñaba lleno de encanto y de maravillas.

Todo sucedió exactamente tal como Imi se lo había imaginado.

En el momento en que el tren arrancó, él cerró los ojos y se acordó de cuando, todavía niño, consiguió completar el puzle de Carlos y Diana. Lady Diana, mientras tanto, había muerto y aquel puzle había perdido algunas piezas; pero seguía existiendo, colgado encima de su litera, la misma que, muy pronto, será asignada a un nuevo ocupante.

Para Imi, Londres lo era todo. Un todo cósmico, un horno de emociones que, en su mente, se contraponía a la nada del orfanato, a la absoluta previsibilidad de jornadas siempre idénticas unas a otras.

El viaje había comenzado entre campiñas abiertas y pequeños pueblecitos, que cruzaba en un tren muy antiguo: los asientos de plástico, los brazos heridos, con la gomaespuma amarilla desbordándose por esos cortes nunca recosidos. Los espantapájaros bastos, las casas blancas con los techos destrozados, los campanarios rojos de iglesitas lejanas. El conductor, con sus bigotes vanidosos. Los viajeros pobres, los cigarrillos sin filtro.

A medida que el tren avanzaba hacia Szombathely, se cruzaban con estaciones sin letreros. Subían y bajaban personas singulares. Miradas intensas y rostros devastados por el cansancio: manos ásperas, aliento a aguardiente, cebollas frescas de aroma prepotente, huevos todavía tibios en las bolsas y pijamas de hombre bajo las faldas, con tal de proteger las piernas del frío. Por la ventanilla podían divisarse gallineros desvencijados, viveros de cipreses, ardillas y plácidas cabras que seguían pastando hierba con toda tranquilidad, a pesar de que el tren pasara a su lado

traqueteando. En los huertos, las coles crecían enormes y también las calabazas alcanzaban dimensiones desproporcionadas.

Todo esto, Imi había decidido abandonarlo.

(...)

La fiesta ya ha terminado y los niños están subiendo por la larga escalinata que conduce al dormitorio: es una escalinata imponente y resuena por doquier a causa de su alegría. Incluso Andras, hoy, se siente feliz; hasta él –al que le han apodado «Tristeza»– tiene por fin las mejillas encarnadas por la emoción. Es un rojo encendido, brillante de sudor y contrasta mucho con la grisura circunstante. Todos los demás niños también están eufóricos: suben los escalones de dos en dos, se persiguen, compiten por alcanzar el descansillo de la segunda planta y no dejan de jugar hasta que les toca retirarse a su propia «esquina de paraíso». Así es como Ada neni llama al espacio de cada niño en el interior del dormitorio común. Un espacio pequeño y, sin embargo, lo suficientemente grande como para contener una existencia entera.

Aquí, en estas casas sin secretos, en estas esquinas de paraíso (que a ojos de la gente rica parecerían infernales) entre literas rechinantes y colchones húmedos, entre carteles de futbolistas y adhesivos descoloridos, entre notas escolares pegadas en los armarios e imágenes de modelos con el pecho desnudo, cada niño es libre de expresar su propia creatividad con fantasía.

Pueden pintar las paredes de colores diversos, recortar mariposas de papel y dejar que cuelguen del techo, pueden criar diminutos cactus en viejas tazas de té ya sin asa, desecar flores campestres, coleccionar erizos de castaños, modificar radios de transistor y custodiar tesoros emotivos, valiosos tan solo en clave simbólica y personal. También la vida abunda en todas sus formas: hay hámsteres, conejillos de Indias, caracoles, coleópteros, tortugas y canarios. Hay quien colecciona pilas gastadas y quien, en cambio, recoge tornillos y tuercas. Y hay quien pasa tardes enteras rellenando páginas y páginas con palabras sin sentido, escritas en una grafía impecable, bien alineadas entre las rayas de una vieja agenda.

De entre todos, Jákob es el que más animales posee. Tiene un jilguero, siete hámsteres –con los que habitualmente conversa–, pero también una gruesa tortuga, a la que él besa y acaricia cada día. Por ella va a caza de arañas: las captura y las guarda, vivas todavía, en el estuche de un viejo carrete. A la tortuga las arañas le gustan mucho y se las come con glotonería, casi como si fueran nata montada.

Jákob adora a su tortuga y la mira siempre como hechizado. La suya es una mirada difícil de describir, es una mirada llena de cuidados y de amor.

Mientras tanto, Filip ha alineado sobre la sábana los regalos que ha recibido. ¡Cáspita, es realmente un rico botín! Hay, entre otras cosas, tres tabletas de chocolate, un tubito de pasta de dientes con dinosaurios dibujados, un saquito de canicas, una peonza y hasta un tarrito de Nocilla. Filip se lo enseña todo a su hermano Barnabás y le encarga hacer de intermediario para aquellos objetos que ha decidido destinar al trueque.

El trueque –una práctica definitivamente en desuso en el mundo contemporáneo– es en el

orfanato de Landor la forma de comercio más extendida.

Barnabás es un verdadero maestro en esta arcaica actividad: logra siempre hacer deseable lo que posee y sus intercambios acaban por convertirse en auténticas subastas, capaces de acarrearle excelentes ganancias.

Barnabás es muy hábil en manipular a las personas. Logra hacerlo casi siempre. Lo consigue con los niños, lo consigue con Ada neni y lo consigue también con todas las demás institutrices. De mayor será un seductor o un político, y es indudable que hará infeliz a un montón de gente. Pero él, eso, todavía no lo sabe. En pose, delante de un espejo roto, colocado de mala manera detrás su litera, levanta con enorme esfuerzo una mancuerna de cinco kilos y, al hacerlo, observa complacido la rotundidad de sus pequeños bíceps, encantado de haber logrado engrosarlos un poco por lo menos.

Barnabás está enamorado de sí mismo. Es fuerte. No llora nunca. Y sin embargo por la noche – antes de quedarse dormido – tiene que tomarse la pastilla amarilla. La que sirve para no hacerse pis en la cama. De esta necesidad se avergüenza muchísimo. Él, la verdad, preferiría que Ada y las otras neni fueran más discretas y que evitasen entregarle la pastillita delante de todos. Sería mejor que lo hicieran a escondidas: acaso en el cuarto del teléfono, donde no hay nunca nadie. Está harto de que los niños lo llamen «Barni el meón» o «Barni sábana de hule». Una fama poco noble, que él se ve obligado a redimir a fuerza de pruebas de coraje cada vez más asombrosas, como cuando se agujereó el lóbulo de una oreja con un clavo. Lo hizo así, sin más, como si no pasara nada, sus ojos permanecieron inmóviles. El clavo, sin embargo, estaba oxidado y le provocó una buena infección: la oreja se le hinchó y requirió dos semanas de antibióticos para curarse.

Desde luego, para clavarse un clavo en la oreja sin pestañear hace falta tener mucho valor, y es eso lo que Barnabás necesita demostrar, si quiere borrar su apodo de boca de todos.

Pero los apodosos no son fáciles de borrar.

Y así, este niño, fuerte y débil al mismo tiempo, se acuesta cada noche confiando en no mojar la cama, y soñando que, algún día, se convertirá en piloto de Fórmula Uno.

Los sueños son la droga de los pobres. Y los pobres acaban volviéndose empleados de ellos. Ada neni lo sabe bien por lo que, con sabiduría, les recomienda siempre a los huérfanos que expresen un solo deseo a la vez, y que concentren todas sus fuerzas en su realización. De esta forma, los niños exploran el impalpable mundo de los deseos. Los hay de todas clases: desde las zapatillas de tenis hasta los Ferrari.

La elección no resulta fácil, desde luego; y ellos se pasan horas y horas buscando su deseo preferido, hasta que –en determinado momento– lo encuentran, y comienzan a dispensarle cuidados, alimentándolo de esperanzas diarias y dedicándole todo el entusiasmo y toda la energía de la que son capaces.

Ada neni tiene razón: los deseos son oxígeno para el futuro, pero es el presente el único instante en el que es posible ser realmente felices. Lamentar lo que ha ocurrido o preocuparse por lo que aún ha de acaecer es fatigoso para el alma, la agota.

Es ese el secreto de los huérfanos de Landor, esa es la razón por la que son capaces de disfrutar, a pesar de lo desventajoso de su condición. Esa es la razón por la que han aprendido a apreciar cada momento, viviéndolo plenamente, como no hubiera otro en toda su existencia.

En las fiestas de cumpleaños se divierten, disfrutan de las gruesas porciones de *strudel* que las neni preparan para ellos, y son felices cuando –durante un paseo por el campo– encuentran una fresa, una cereza o algún otro fruto maduro.

Las pocas veces en las que piensan en el futuro lo hacen para cultivar su sueño, en la esperanza

que este, algún día, pueda hacerse realidad. Porque la esperanza es fuerte: una droga inocua y potente capaz de imponerse siempre y en cualquier circunstancia sobre todo. Incluso sobre la desesperación.

(...)

Imi ha nacido en junio, pero el día exacto de su nacimiento tan solo su madre lo sabe. Como les sucede a muchos otros huérfanos de Landor, también en su caso el cumpleaños coincide con la fecha en la que fue abandonado. Ada neni le ha contado, con todo lujo de detalles, cómo lo encontraron al menos un centenar de veces; e Imi, todavía hoy, lo revive a menudo con la fantasía, con la esperanza de llegar a recordar el rostro de su madre. Un rostro que él, durante unos cuantos días, llegó efectivamente a conocer; pero que, por desgracia, le ha desaparecido de la memoria.

Y en eso está: imaginándose todo ahora también, a bordo de un tétrico vagón de la Circle Line londinense.

Hace calor, un automóvil rojo se detiene ante la verja del orfanato. Trascurren dos o tres minutos. Son dos o tres minutos importantes: aquellos en los que la madre de Imi decide que se separará de él para siempre.

Mientras tanto, el portero está aburrido.

En su garita, protegido del sol, está mirando un telefilm en un viejo televisor en blanco y negro. Los subtítulos están escritos en letra pequeña y a él le cuesta leerlos. Tal vez por ello, no presta atención al automóvil rojo que se ha parado justo allí delante. Ni siquiera se percata de que una muchacha ha bajado para dejar ante la verja una caja de cartón.

En su interior, envuelto en un chal rosa, está Imi.

El portero acaba de ver su telefilm, y cuando siente la necesidad de estirar las piernas sale de la garita, hace realmente un día precioso, el sol luce con fuerza y no hay una sola nube siquiera que filtre sus rayos. El hombre se aproxima a la entrada. Rebusca en el bolsillo de la camisa el paquete de cigarrillos y descubre una mancha de salsa en uno de sus puños. Se la quita con la uña del dedo índice. Luego, fumando, echa a andar, hasta toparse con la caja de cartón delante de él. Imi está allí dentro, inmóvil, y no llora.

El portero, sirviéndose del transmisor-receptor, llama al director del orfanato:

–Han dejado otro niño en la verja –dice sin demasiado alboroto. Como si, en Landor, el abandono de un bebé fuera, a fin de cuentas, un hecho normal.

Ada neni es la primera en acudir y en coger en brazos a Imi, y es ella la que descubre una nota prendida en el chal que lo envuelve: «He intentado quedármelo, pero llora demasiado y los clientes se quejan. Se llama Imre. Queredlo vosotros, porque yo no puedo». Una grafía infantil, redonda. Como la de los niños en la escuela primaria. Y de esta forma, quedó claro desde el principio que la madre de Imi debía de ser una prostituta, muy joven, probablemente.

Aquella misma tarde, horas después, el portero fue convocado por la policía para testificar. Pero su testimonio sirvió de bien poco. El hombre se limitó a referir tan solo que el coche era

rojo y con matrícula de Győr. De este hecho, por lo demás, ni siquiera estaba seguro porque, mientras tenía lugar el abandono (como en diversas ocasiones precisó), él estaba viendo un telefilm.

Imi, por lo tanto, no había nacido el 24 junio, sino antes. Que hubieran sido dos, cinco o diez días, nadie llegó a establecerlo nunca. De modo que, cuando leía el horóscopo, no sabía a cuál atender.

—¿Soy cáncer o géminis? —le preguntó una vez a Ada neni. Y ella, con su habitual sabiduría, le contestó que lo mejor era que eligiera, en cada ocasión, el horóscopo que le conviniera más.

(...)

En este momento, muchos huérfanos están duchándose en el enorme baño común. Se sienten eufóricos. Barnabás acaba de abrir el gel de baño al chicle que ha recibido como regalo del director del orfanato, ese nuevo aroma se difunde pronto en la húmeda dependencia de las duchas, suscitando la inmediata curiosidad de todos los niños. Barnabás se los ve de pronto a todos frente a él:

–¡Si me dejas probar un poco, te doy dos tiras de regaliz! –le dice Árpád. Y, de la misma forma, todos los demás empiezan a hacerle también las ofertas más disparatadas. ¡El gel de baño al chicle es de lo más molón y vale la pena renunciar a algo con tal de probarlo!

Al término de las negociaciones, los niños tienden la mano en espera de que Barnabás deposite sobre sus palmas una cantidad de gel de baño variable según lo que, a cambio, le han ofrecido. Mientras tanto, Lóránt empieza a sentir un fuerte dolor de tripas. ¡Caramba! Ya se le ha acabado el rollo de papel higiénico que el orfanato pone a su disposición cada semana. Un auténtico problema. Los calambres en el abdomen son cada vez más fuertes, ahora, y no le queda mucho tiempo. Lóránt corre hacia la sala de las duchas y chilla:

–¿Alguien me cambia un poco de papel higiénico por dos caramelos de miel?

Jákob –que con el retrete tiene relaciones muy ocasionales– se muestra encantado de contentarlo.

Así es como se vive en el orfanato de Landor. Los niños se convierten en auténticos mercaderes. Se intercambian de todo constantemente, hasta el punto de que un mismo objeto puede pasar por las manos de decenas de niños; y a veces, después de meses de negociaciones cruzadas, volver a su primer propietario.

Jákob ha recibido por Navidad un espejito rojo y se lo ha cambiado a Árpád, quien –algo después– lo ha trocado con el pequeño David. David, a su vez, le ha ofrecido ese mismo espejito (y muchas otras cosas) a Barnabás por sus guantes de portero. Un intercambio que soñaba desde hacía tiempo, pero que Barnabás, una y otra vez, se negaba a concluir. Al final, sin embargo, ha cedido: es un niño vanidoso, y la idea de poder verse reflejado en cualquier momento debe de haberlo tentado mucho.

¿Qué más da si los guantes de portero son demasiado grandes para sus manos de niño? A David le gustan igual, y cuando se los pone sueña siempre con clamorosas paradas de penaltis. Lo está haciendo ahora también.

Mientras tanto, Marcell ha cogido dos viejos cepillos de dientes. Se imagina que son las baquetas de una batería y se sienta sobre un taburete naranja. Se pone a tocarla como si ante él hubiera realmente platillos y tambores. Siempre ha deseado ser el batería de un grupo.

Igual que él, también Árpád tiene un sueño complicado. Quiere llegar a ser cantante. Le gustan

mucho Céline Dion y Barbra Streisand. A causa de este hecho, los demás niños lo han apodado «Buzsi» que en húngaro significa, precisamente, marica.

En realidad, Árpád tiene un oído realmente espectacular para la música. El director del orfanato lo sabe, y pronto le tocará decidir si dejarle participar en las audiciones para la escuela de canto de Budapest. El problema es que Árpád es un poco retrasado, y necesita un profesor de apoyo. Exactamente igual que Jákob, que hoy se siente realmente feliz porque su hámster preferido – durante la fiesta– ha parido varios cachorros blancos que, muy pronto, podrán ser intercambiados por quién sabe cuántas cosas. ¡Por fin podrá pedirle a Arnold su radio transistor y conseguir chucherías en abundancia!; y jabón, pasta de dientes y, ojalá, ¡un tarro de Nocilla incluso! Para cerrar intercambios más ventajosos, siempre puede contar con la ayuda de Laci. Este no tiene desde luego el carisma de Barnabás, pero es, con todo, un profesional del trueque, que practica con los gitanos del campamento cercano. Intercambia cables de cobre por dinero del de verdad. Decenas y decenas de florines (alguna vez cientos de ellos) que él confía a Berta neni, quien anota el progresivo importe en un grueso cuaderno de cuadrícula.

«Banco de Laci» está escrito sobre la carátula.

A sus once años, Laci trabaja duramente para encontrar los cables de cobre. Visita vertederos, rebusca en los contenedores y, cuando encuentra un televisor abandonado, un ordenador o una vieja radio recoge las bobinas y, con infinita paciencia, las desenrolla, envolviendo el cobre en pequeñas madejitas. Una vez que las madejas son lo bastante grandes, pide permiso para coger el autobús que lleva a Szombathely, va hasta el campamento de los gitanos y cambia cada kilo de cobre por un billete de quinientos florines. En Austria, ese escaso dinero apenas bastaría para pagar un café, pero Laci se conforma. En dos años –a base de paciencia– ya ha acumulado una pequeña fortuna. Berta neni le acaba de comunicar el montante. ¡Caramba! Es realmente una bonita cifra: por más que sea aún insuficiente para realizar su sueño, que es muy ambicioso y, por lo tanto, requiere una enorme determinación y ulteriores sacrificios.

(...)

Ahora son casi las ocho y, dentro de poco, en la sala del dormitorio, se apagarán las luces. Los niños están poniéndose sus pijamas descoloridos, que tienen siempre las mangas demasiado cortas o demasiado largas, y que –con los años– han pasado de mano en mano, de remendada en remendada.

Berta neni les da un beso a todos en la frente y se retira en su cuartito, feliz de que los niños hayan pasado un día inolvidable.

«Es increíble la de veces que la felicidad puede reinar en un sitio como este», piensa. Y se da cuenta de que, tal vez, la felicidad no dependa tanto de lo que se posee, sino de saberse resignar a lo que no se tiene.

(...)

A pesar de sus cincuenta y dos años, Lynne sigue vistiéndose como una chica joven. Se adorna el pelo con mariposas de colores y se pone faldas cortas y ceñidas, demasiado incluso.

«Baby Jane Hudson» la ha apodado con malicia su vecina. Y, sin embargo, cada vez que se mira al espejo, Lynne se siente feliz con su aspecto. Es una mujer despreocupada, aunque tan asediada por las deudas que no abre nunca el correo, prefiere almacenarlo en un gran cesto de mimbre.

Están a punto de cerrarle su cuenta en el banco; y, antes o después, un oficial del juzgado vendrá a embargarle los muebles, la ropa y, tal vez, hasta sus pasadores del pelo en forma de mariposa.

En compensación, es una buena profesora de tango. Alumnos no le faltan, y le pagan en metálico. El problema es que en cuanto Lynne tiene un poco de dinero en el bolsillo, se siente rica de repente: va al mercado de Borough y compra vieiras, azafrán, espárragos, fruta confitada y grandes tarros de miel de castaño. Cocinar le encanta, sobre todo cuando tiene el dinero necesario para hacerse con tantas gollerías.

Pese a ser una mujer cargada de deudas, Lynne es muy generosa y acoge cada año, durante cierto periodo, a uno de los huérfanos de Landor. Esta vez le ha tocado el turno a Imi.

Lynne lo ha recibido como a un hijo, sin poner límites a su estancia, y hasta le ha encontrado un puesto de trabajo como asistente general en una cadena de cafeterías de moda.

Desde que ha llegado Imi, Lynne es más feliz. La idea de tener por su casa a un muchacho capaz de ofrecerle gratitud y atenciones le gusta. Esta tarde, sin embargo, está un poco preocupada: Imi debería estar de vuelta ya hace rato. Han pasado las siete y todo está oscuro como boca de lobo: «¡Esperemos que no se le haya ocurrido cruzar el parque hoy también!», piensa, mientras pela las patatas y las lava bajo un chorro de agua helada.

Londres es una ciudad oscura, y su oscuridad llega a penetrar dentro de las personas, contrastando levemente con el gris de sus almas. Lynne está metiendo las patatas en el horno cuando Imi abre la puerta. Por el estrecho pasillo de la entrada le llega nítido su saludo. Al momento, Lynne se lo encuentra delante, con una hoja de cuaderno muy bien escrita en la mano.

—¿Qué es eso? —le pregunta.

Y él:

—¡Otro mensaje de la loca!

—¡Déjame ver! —exclama Lynne secándose las manos en el delantal—. ¡Oh, no! ¡Otra vez mi vecina! ¡Que se sigue quejando!

Y empieza a leer con mucho énfasis: «Estimada Lynne, anoche pusiste la lavadora a las 23.20, a pesar de que hubiéramos acordado que eso no volvería a ocurrir nunca más. ¿Puedo tomarme la libertad de recordarte que cuando centrifuga es muy ruidosa y retumba en mi dormitorio, impidiéndome descansar? Confío en que se haya tratado de un descuido y en que tú, en un

futuro, sepas atenerte con mayor escrúpulo a nuestros acuerdos: ¡nada de ruidos después de las 22.00 ni antes de las 07.30 de la mañana, ni radio, ni música, ni lavadora, ni lavavajillas, ni mucho menos risas chabacanas!».

La vecina de Lynne es una mujer infeliz. Sale poco de casa, abre raramente las ventanas y ha colocado delante de la puerta de la entrada una gruesa cortina de terciopelo oscuro para protegerse los bronquios de las rendijas y de las corrientes de aire. Es una persona precisa, ordenada. Le quita el polvo a los bibelots de mal gusto de sus muebles casi cada día, y cuando no encuentra tiempo para hacerlo se siente culpable y se va a la cama angustiada. Con el banco mantiene una excelente relación. Su cuenta corriente no ha estado nunca en números rojos (ni siquiera cuando era estudiante) y, si bien no acogería nunca a un huérfano, se considera generosa porque –de vez en cuando– da una limosna a los músicos autorizados que se exhiben en las estaciones del metro.

Con cierta regularidad, deja debajo la puerta de sus vecinos notitas de advertencia por sus comportamientos antisociales y, una vez, llegó incluso a escribir a las autoridades locales quejándose de que los camiones, por la noche, hacían ruido al pasar.

Es una mujer asustada, llena de terrores. Antes de irse a la cama, cierra siempre la llave del gas y no compra nunca el abono mensual del metro: por miedo a perderlo, o a desmagnetizarlo. Recientemente, hasta se ha hecho con una pequeña caja fuerte, una compra inútil, visto que no posee joyas y que en casa guarda poquísimo dinero en metálico, pero la idea de tener una le hace sentirse mejor. En sus momentos de miedo más intenso, la caja fuerte la ayuda: ella la mira, la admira en su inviolable robustez, y, de inmediato, se siente más serena.

A Imi esta mujer –que abre enseguida y con una cierta aprensión todo el correo que recibe– no le gusta y piensa que Lynne, a pesar de su ropa algo ridícula y del cesto lleno de facturas sin pagar, es, con mucho, mejor persona.

(...)

Son las ocho en punto, y, como cada noche, Berta neni ha entrado en el dormitorio para anunciar que, muy pronto, las luces se apagarán. Los niños tienen todavía los cabellos húmedos; se han acostumbrado a dormir así, incluso en invierno.

Berta neni comienza a distribuir las pastillas amarillas contra la enuresis nocturna. Un problema muy común en el orfanato, incluso entre los mayores. Barnabás se enfurece como un toro cuando ella se la entrega delante de todos: ¡habían quedado en que lo haría en secreto, en el cuarto del teléfono!

Pero Berta neni se ha vuelto a olvidar una vez más.

–¡Barni meón! ¡Barni meón! –grita David, orgulloso de no haber mojado la cama nunca desde el día en el que llegó al orfanato.

Fábián, mientras tanto, está triste. Tumbado sobre su litera (en realidad un viejo sofá), está mirando la foto de la mujer desnuda que se encuentra pegada al techo. No ve la hora de que las luces se apaguen y de que la oscuridad le traiga esa intimidad de la que tanta necesidad tiene.

Pronto cumplirá dieciocho años. Una fecha importantísima para cualquier adolescente, pero más significativa aun para los chicos como él.

A partir de ese día, en efecto, Fábián será libre para abandonar el orfanato y para probar suerte en otra parte.

Para muchos, se trata de una buena oportunidad. Su hermano Georg, en cambio, ha acabado prostituyéndose en la estación de Keleti pu, en Budapest. Su última carta era espeluznante: le refería de forma detallada todo lo que los clientes le hacen y todo lo que él debe hacerles a ellos.

«Quédate donde estás, Fábián: la felicidad no tiene nada que ver con las grandes ciudades», le escribía al final. Más que una frase, una sentencia, que lo ha dejado aterrorizado. Para Imi ha sido distinto: él a Londres quiso marcharse por propia iniciativa, en la certeza de que aquella metrópoli bastante más célebre y lejana sería notablemente menos despiadada que Budapest.

Pero para Fábián ¿qué futuro habrá? El orfanato puede ofrecerle un techo, un sueldo y tres comidas calientes al día durante otros seis años por lo menos. A cambio, él deberá trabajar como jardinero, o acaso en la carpintería junto con los demás carpinteros. Y la vida continuaría sin peligros.

Pero el orfanato, que es un sitio divertido para los más pequeños, se vuelve mortal para los chicos de su edad: una prisión del alma. En eso piensa Fábián mientras Berta neni les da las buenas noches y apaga las luces, amenazándoles con que –si se produce el menor ruido– al día siguiente se quedarán todos sin desayuno.

Finalmente, en la oscuridad, Fábián goza de la intimidad que le hace falta para dedicarse a su secreto, de modo que se mete una mano en el bolsillo del pijama y, muy despacio, con mucho

cuidado, procurando ser silencioso y que no le descubran, saca un pañuelito de papel bien doblado y lo extiende hasta sentir con los dedos el frío del metal que contiene. Es una cuchilla de afeitar, y está muy afilada. Fábían libera el brazo de la manga y empieza a hacerse muchos pequeños cortes, que él siente necesarios. Los primeros son superficiales. Los últimos, un poco más profundos. En la oscuridad el dolor da menos miedo. Y da menos miedo la sangre, restañada de inmediato con el papel higiénico.

Los labios de Fábían comienzan a temblar. El corazón le late en las sienas. Sabe que es una equivocación, y, sin embargo, sigue cortándose. La necesidad de hacerse daño se está volviendo cada vez más fuerte y ahora ya le resulta imposible oponerse. Es una suerte que nadie se haya dado cuenta nunca. ¡Por una cosa así, Ada neni lo mandaría de inmediato al director! Y tendría problemas muy serios...

Entre tanto, en la esquina de paraíso al lado de la suya, Árpád, gracias a un viejo walkman con cascos –que Laci ha recogido en un vertedero durante sus exploraciones en busca de hilos de cobre–, está escuchando *Tell Him* de Barbra Streisand y Céline Dion.

La música es tan bonita y emocionante que una lágrima se abre camino dentro de él hasta deslizarse a lo largo de su rolliza mejilla. A pesar de que sea de noche, y a pesar de que esté prohibido, Árpád no se resiste a la tentación de cantar. Lo hace en voz bajísima. Casi musitando. Y, pese a todo, esos susurros suyos en falsete irritan tremendamente a Fábían quien, cuando se corta los brazos, necesita silencio y concentración. De modo que agarra uno de sus zapatos y lo lanza con violencia contra la cama de Árpád.

–¡Cállate, maricón! –le grita, desatando, en la oscuridad, una carcajada general. Al hacerlo ensucia de mala manera las sábanas con su sangre. Una sangre que –mañana por la mañana– habrá de ser explicada con todo detenimiento.

ACTO SEGUNDO

El manual del café

Esta noche Imi está muy cansado, pero ha empezado de todas formas a leerse el manual que la directora de la cafetería le ha entregado hace un rato. Quiere mejorar en todo, y ganarse la estima de sus superiores.

El manual presenta un aspecto de lo más ordenado: está dividido en tres partes y cuenta con numerosos capítulos. Algunas frases han sido escritas en negrita; otras, en cambio, en una elegante cursiva.

Imi empieza por la introducción:

Bienvenido al prestigioso mundo de Proper Coffee: la más célebre cadena de cafeterías del Reino Unido. Este manual informativo te ayudará a conocer mejor nuestra empresa. Un consejo: empieza por el principio y no te saltes ningún pasaje, toda la información recogida en las páginas que siguen serán fundamentales para una correcta comprensión de tu trabajo.

Imi está emocionado, las palabras del manual, desde el principio, suscitan en él la sensación de ser muy amables y consideradas hacia él. Toma una decisión: no se irá a dormir hasta que no se lo haya leído por entero. En las primeras páginas, se cuenta la historia de Proper Coffee. Hay un montón de números y de estadísticas. Está escrito que la compañía puede presumir en ese momento de más de trescientas cafeterías por todo el Reino Unido y que pronto comenzará a expandirse al otro lado del canal de la Mancha. Y, entre otras cosas, se precisa:

En nuestras cafeterías, el cliente encuentra siempre las mismas tartas, idénticos cuadros, cruasanes, sillones, mini-panettoni y hasta las mismas tazas de té. Tampoco varía la mezcla del café, al igual que la manera de preparar el capuchino, o de adornar el chocolate con la nata. En resumen, nada de cambios: porque en cada cafetería Proper Coffee el cliente debe poder sentirse como en casa.

A Imi se le viene a la cabeza la teoría comunista de la igualdad social que ha estudiado en el colegio. «Eso es», se señala, «Proper Coffee se basa sin duda en la misma filosofía, porque quiere que cada cosa sea igual para todos, de la misma manera».

La lectura del manual prosigue. En la página cinco hay dibujado un extraño diagrama en forma de pirámide que representa la estructura de Proper Coffee: en lo más alto está el señor Julian

Carruthers, consejero delegado de la compañía, en el escalón inmediatamente inferior se encuentran los cuatro directores de área, responsables respectivamente de Irlanda, Escocia, Gales e Inglaterra. Cada uno de ellos, a su vez, tiene por debajo a los directores de zona, a los que siguen los numerosos directores de filial, después los supervisores, los cajeros, los camareros y, por últimos, los asistentes generales.

Imi es uno de ellos y no lo lamenta. Al contrario, observa con optimismo:

–La filosofía de Proper Coffee no bebe para inspirarse tan solo en el comunismo, sino también en el Antiguo Egipto. Todos sus empleados, en efecto, están organizados en una verdadera pirámide, en lo alto de la cual se encuentra el señor Carruthers (que sería el faraón). Puesto que yo soy un asistente general, por ahora me encuentro en el escalón más bajo. A diferencia de cuanto sucedía en el Antiguo Egipto, sin embargo, Proper Coffee ofrece a sus empleados la posibilidad de hacer carrera para alcanzar, en el curso de los años, progresivamente los escalones superiores. Algo así como en los juegos de ordenador: esos en los que se pasa de nivel en nivel hasta alcanzar la victoria final.

Luego, como conclusión de su razonamiento, escribe en caracteres cubitales: «En mi opinión, Proper Coffee es una empresa que se basa en un comunismo informático de molde faraónico».

Satisfecho por la originalidad de tal definición, Imi comienza a leer el capítulo titulado «Mis deberes», que ha sido escrito en forma dialogada, para facilitar su aprendizaje.

En él, a decenas de posibles preguntas se les proporciona preventivamente exhaustivas respuestas:

¿Por qué es importante este manual?

Este manual es importante porque recoge todas las reglas que deberás seguir dentro de la cafetería. Y recuerda: cada una de estas se inspira en la divisa de las tres pes: PUNTUALIDAD, PASIÓN Y PRECISIÓN.

¿Cuáles son mis cometidos en la organización de la cafetería?

A un asistente general se le confían variadas tareas: retirarlo todo de las mesas, mantener limpios los suelos, abastecer el mostrador frigorífico, ocuparse de la máquina lavavajillas y encargarse de los desperdicios. Tal variedad de tareas te permitirá ganar experiencia en distintos campos, favoreciendo tu carrera en el interior de la compañía.

Ha sido probado científicamente que desempeñar de forma repetida la misma actividad durante ocho horas consecutivas puede resultar extenuante: mantenerse ocupado en tareas diferentes, por el contrario, hace que el transcurso de la jornada resulte notablemente más agradable y variado.

Imi está de acuerdo. Ya se imagina cómo, muy pronto, adquirirá experiencia en todos los frentes y cómo, si se muestra diligente, sus supervisores lo notarán y le permitirán comenzar a escalar la gran pirámide de Proper Coffee.

El manual del café prosigue:

¿Qué ocurre si me doy cuenta de que voy a llegar tarde a mi turno de trabajo?

Llegar tarde es grave. Si te das cuenta de que vas a llegar tarde, contacta inmediatamente con la centralita de la compañía Proper Coffee: comunica sin dilación tu número de registro, el motivo de tu retraso y la estimación del horario en el que calculas que podrás entrar de servicio. Esta precaución limitará los daños de tu ausencia temporal. Te aconsejamos que te aprendas el número de la centralita de memoria o que la apuntes en distintos sitios para que esté siempre a tu

disposición.

La palabra «Puntualidad» es uno de los tres pilares de nuestro lema: de esta depende la excelencia del servicio que ofrecemos a los clientes. Y recuerda: ¡si un mismo día todos los empleados llegaran tarde, el café no podría abrir!

¿Qué medidas puedo adoptar para evitar llegar tarde?

Para evitar llegar tarde es aconsejable cronometrar el tiempo del recorrido entre la puerta de tu casa hasta la de la cafetería y añadir veinte minutos por lo menos para los imprevistos (retraso del metro, lluvia, algo indispensable que hayas olvidado en casa...). Esta precaución te permitirá llegar puntual y aprovechar tu eventual adelanto para familiarizarte con tus colegas y para demostrar que eres persona de fiar al director de la filial.

Capítulo a capítulo, Imi va avanzando con su lectura. Le gusta la idea de trabajar para una empresa que te lo explica todo con tanto detalle.

¿Son necesarios cuidados particulares en relación con mi higiene personal?

Llevar el uniforme de Proper Coffee significa representar a la compañía con nuestro propio cuerpo también. Esa es la razón por la que se requiere que tu higiene personal sea impecable. Pírsines y tatuajes no serán admisibles si están a la vista del cliente.

Se requiere, además: los cabellos arreglados (si los tienes largos podrás atártelos en una coleta y ocultarlos debajo de la gorra), las uñas de las manos muy cortas y –para los empleados de sexo masculino– un afeitado diario.

Se aconsejan desodorantes antitranspiración y –en caso de pequeñas heridas– el uso de tiritas coloreados que darán al cliente una impresión más optimista frente a las tradicionales. (Vuestro supervisor estará encantado de proporcionaros, bajo pedido, un paquete de tiritas variadas.)

A Imi le entran las dudas. Ada neni le ha dicho miles de veces que los desodorantes antitranspiración provocan alzheimer. No cabe duda de que la gente de Proper Coffee no lo sabe.

De repente, el manual se pone más serio:

¿Qué ocurre en caso de que mi rendimiento laboral sea considerada insatisfactorio?

En caso de que tu rendimiento laboral fuera pobre, se te convocará a un coloquio con tu director de filial, quien te comunicará los motivos de su insatisfacción. Volveréis a leer juntos el manual del café y estableceréis una estrategia de mejora. En las dos semanas siguientes, un supervisor tendrá el cometido de monitorizar y revalorizar el desempeño de tus tareas.

¿Debo preocuparme por la posibilidad de un despido?

Proper Coffee adopta procedimientos muy severos ante retrasos injustificados, informalidad en el trabajo, lenguaje inoportuno y discriminación racial.

El despido fulminante, en cambio, tan solo está previsto para casos de robo o violencia (tanto física como verbal). En todos los demás casos, recibirás siempre una amonestación escrita antes de cada procedimiento disciplinario aunque, en todo caso, se te ofrecerá la posibilidad de salvaguardar tu carrera.

Recuerda que, durante el periodo de prueba, no estarás tutelado por ninguno de estos procedimientos y que tu relación de trabajo con la compañía podrá quedar extinguida en cualquier momento, y sin previo aviso.

Imi suelta un suspiro de alivio: ¡él nunca se mostrará violento, ni robará, así que no corre el menor riesgo de ser despedido!

¿Es posible dirigirse a otros miembros del staff en un idioma que no sea el inglés?

Proper Coffee contrata a sus empleados con total independencia de su nación de origen, de su religión, del color de su piel o de sus preferencias sexuales. En cambio, en el interior de la cafetería, tan solo está permitido el uso de la lengua inglesa. Tal decisión no pretende ser discriminatoria, sino únicamente proteger a los clientes que –por corrección– siempre deben estar en condiciones de entender aquello de lo que se está hablando en su presencia.

En las cocinas, o en las áreas ajenas a la clientela, ¿podré dirigirme a otros miembros del staff en un idioma que no sea el inglés?

No está prohibido, pero es desaconsejable, porque los demás miembros del personal podrían pensar que estáis hablando mal de ellos.

¿Cómo debo comportarme en todos aquellos casos que no estén recogidos en el presente manual?

La jornada laboral está compuesta por una imprevisible variedad de acontecimientos: en la eventualidad de que se verifiquen algunos no previstos por el manual, te invitamos a confiar en tu sentido común.

La lectura avanza. Después de todos esos deberes, llega por fin el capítulo dedicado a los derechos, Imi está sorprendido de que sean tantos. Está escrito que por cada doce semanas de trabajo realizado se tendrá derecho a siete días de vacaciones y que, con ocasión de las celebraciones de Navidad, Proper Coffee organiza una gran fiesta a bordo de un barco en el Támesis.

Está escrito incluso que, al cumplir el quinto año de servicio, se le ofrecerá al empleado una cena para dos personas (bebidas excluidas) en el lujoso restaurante Bombay Brasserie de Gloucester Road.

Imi se muestra entusiasta: Proper Coffee es realmente una gran compañía y trabajar para ellos debe de ser una pasada. ¡Y además pagan bien! Cuatro esterlinas y veinte la hora. En Hungría salarios de esa clase se ven solo con los prismáticos.

Entre tanto, se ha hecho tarde: son casi las dos de la madrugada. Pero Imi no se deja desanimar por el cansancio; le falta poco para acabarse el manual, y quiere seguir leyendo. El capítulo conclusivo se titula «Por vuestra seguridad» y reza como sigue:

Es nuestra obligación informarte de los posibles riesgos que conlleva trabajar en un lugar público. He aquí la razón por la que encontrarás enumeradas a continuación las instrucciones a seguir en el infausto caso de un atentado.

Existen dos timbres de alarma, ambos conectados con la dirección general: presionando estos botones harás posible la intervención de la policía al cabo de pocos minutos. Atención: activar el botón de alarma es una cuestión muy delicada y tendrás que servirte de todo tu sentido común antes de hacer uso de él. Recuerda: si lo utilizas de forma inapropiada, cuando te encuentres ante un peligro real corres el riesgo de no ser creído.

Con el fin de hacer más expeditos y familiares los procedimientos de emergencia, dos veces el año se organizarán simulacros de atentado en el que todos los miembros del personal deberán participar. El tiempo que dediques a tales ensayos te será regularmente retribuido.

Esta última parte del manual ha despertado mucha curiosidad en Imi: ¡él, que siempre ha adorado a James Bond! Oír hablar de simulacros de atentados y de botones de alarma! No cabe en sí de alegría. Pero se ha hecho tarde y los sueños con los ojos abiertos deben ceder su sitio a los sueños reales, inducidos por un reposo profundo y reparador.

Ya es de día. Imi se ha puesto el despertador a las seis y media porque se ha leído a la perfección el manual del café y lo último que quiere es llegar tarde. Fuera todavía es de noche. Imi se viste, apura mucho el corte de las uñas de las manos y saca de la hucha un billete de veinte libras esterlinas: la fianza para su uniforme de asistente general.

Anoche, el director de filial le explicó que los uniformes de Proper Coffee se confeccionan con los mejores materiales y, en consecuencia, son muy costosos. La fianza, por lo demás, le será retenida tan solo si llega a perder el uniforme o lo estropea; y, considerando lo cuidadoso que es, no hay motivo por el que preocuparse.

Se le exigirán además otras fianzas para la llave de la taquilla y para la tarjeta magnética de identificación: nada menos que cuarenta libras esterlinas que Imi tendrá que desembolsar a Proper Coffee antes incluso de recibir su primer sueldo. Una cifra desorbitada para él, pero que el director de filial, con una sonrisa, había definido «razonable».

Sonríe siempre Andrew, lo hace para transmitir serenidad a sus empleados. Un truco que ha aprendido en el *Manual del Director*, en la sección «Cómo tranquilizar a los empleados».

Cuando Imi baja a la cocina a tomarse el desayuno, la gata Daisy sale a su encuentro con la mirada llena de expectativas: quiere sus croquetas, pero él no tiene tiempo para contentarla. Está repasando los apuntes que ha tomado durante la lectura del manual: quiere causar un excelente impresión en el trabajo y empezar con buen pie su brillante carrera en el mundo de Proper Coffee.

De momento, se bebe la leche caliente con miel (Ada neni se lo ha recomendado encarecidamente para prevenir la gripe) y, cuando termina, emprende, con un amplio margen, la larga caminata hacia la estación de metro de Bethnal Green.

(...)

Ada neni se ha quedado sin palabras. Mira las heridas y las cicatrices en los brazos de Fábían y se maldice por no haberlo descubierto antes.

–Pero ¿cómo demonios se te ha ocurrido? ¡Rebanarte en lonchas de ese modo! Y además, ¿para qué? ¡Eres un huérfano! Eres un niño desafortunado, ¡deberías aspirar a la felicidad! ¡Preocuparte por estar sereno! Y en cambio ¿a qué te dedicas? ¡A hacerte heridas a ti mismo! ¡A cortarte los brazos!

Ada neni está furibunda. Para ella es absurdo hacerse daño a uno mismo, no se da cuenta de que lo de Fábían es una enfermedad, una forma compulsiva que habría que someter a cura. Piensa únicamente que es culpa suya.

Fábían la mira en silencio, con los ojos llenos de vergüenza.

–Podría mandarte a ver al director, ¿lo sabes? ¡Ya ibas a ver lo que es tener problemas! –insiste Ada neni. Quiere mostrarse severa, lo intenta; pero, al final, no resiste a la tentación de abrazarlo. Como si fuera hijo suyo.

Fábían siente que lo abraza contra su pecho con amor. Y se emociona. Nadie lo ha abrazado nunca así.

Es un abrazo de madre. Un abrazo de los de verdad.

Jákob, mientras tanto, ha abierto las negociaciones para el trueque de sus hámsteres. El procedimiento es bastante complicado. Cada niño que desee uno deberá escribir en una hoja lo que está dispuesto a ofrecer a cambio (una especie de contrato, de seguro). Los hámsteres son mercancía rara en el orfanato de Landor, y Jákob quiere estar seguro de poder sacar de ellos el máximo provecho.

Imi ha sido contratado a prueba por Proper Coffee después de una larga entrevista de trabajo en la sede central de la compañía.

Su formulario de admisión –relleno por Lynne en perfecto inglés– le había permitido entrar a formar parte de los diez candidatos, entre los que la responsable del personal elegiría a tres nuevos asistentes generales.

En cuanto supieron la noticia, Imi y Lynne empezaron a imaginarse la entrevista, fingiendo que se producía realmente: Lynne se puso un par de gafas de vista cansada y, con voz severa, se metió en el papel de directora de personal.

–Deberás presentarte elegante, en chaqueta y corbata, las uñas bien cortadas y perfectamente peinado. En la carta se te dice que te reunirás con la señora Archard. Así que ya lo sabes: apréndete su nombre de memoria, y cuando te la encuentres delante (ella probablemente estará sentada al otro lado del escritorio), ve a su encuentro con una sonrisa y dile: «¡La señora Archard, supongo!».

Pequeñas detalles como esos serán fundamentales, exactamente igual que la posición que Imi adopte al sentarse:

–¡Mucho cuidadito con cruzar los brazos! ¡Y ni se te ocurra apoyar los codos en el escritorio!

La compostura iba a ser decisiva en la evaluación de su personalidad, y una postura descuidada podría mandarlo todo al garete.

El formulario de admisión de Proper Coffee había resultado un verdadero rompecabezas: un laberinto de preguntas con trampa que Lynne había sabido afrontar con respuestas sugestivas, vivaces y extensas de los lugares comunes que pondrían como unas castañuelas a la señora Archard.

Como cuando había sugerido a Imi que escribiera: «En la sociedad moderna, el papel del asistente general está injustamente considerado como secundario; por el contrario, se trata de un trabajo importantísimo, porque se halla a la base de una estructura colosal, y es bien sabido que, sin bases sólidas, hasta la más imponente de las pirámides está destinada a derrumbarse».

Al leer aquella respuesta, la señora Archard, literalmente, se había conmovido. Era una frase perfecta, que ella hubiera podido proponer como posible añadido al *Manual del Director*, para el capítulo titulado «Motivar a los miembros del equipo».

Al llegar el día de la entrevista, Imi –confiando en su apostura, en su educación y en las

respuestas que Lynne había astutamente preparado para él— logró causar una excelente impresión y ante la señora Archard, que le pedía que resumiera brevemente la filosofía de Proper Coffee, contestó:

—Verá, señora Archard («Repíte muchas veces su nombre, la hará sentirse importante», le había recomendado Lynne), Proper Coffee garantiza al cliente la máxima calidad: usa materias primas de altísimo nivel e importa el azúcar de caña de países subdesarrollados para impulsar su inserción en la economía mundial. Y no solo eso, Proper Coffee propone idénticos estándares en cada una de sus más de trescientas cafeterías. Un resultado importante, que garantiza al cliente el agrado de la costumbre y la sensación de sentirse siempre como en casa.

Con estas palabras Imi se había asegurado un puesto de trabajo como asistente general en la prestigiosa cadena de cafeterías Proper Coffee. Su contrato le había llegado para correo, unos días más tarde, firmado por el señor Carruthers en persona. Una firma importante, la suya, como la del director del orfanato: elegante, pero imposible de descifrar.

Imi se había precipitado a coger una pluma y, no sin cierta emoción, había estampado su ingenua firma junto a la del señor Carruthers.

«¡Quién sabe qué vida llevará este hombre!», pensó, y se lo imaginó yendo y viniendo entre yates, helicópteros y lujosos automóviles descapotables.

Imi vive en Londres desde hace ya varias semanas y, sin embargo, apenas conoce nada de la ciudad. El problema es que si las metrópolis son demasiado grandes para nuestra mente, imaginémosnos Londres. Imaginémosnos una ciudad tan vasta y heterogénea, millonificada en hilos de lo más enmarañados. Tupida y pululante como las ramas de un seto, ordenados en apariencia, pero monstruosos después, al contemplarlos de cerca, y llenos de miles de nudos.

En este lugar tan incomprensible, destinado a la más completa impenetrabilidad por los siglos de los siglos, Imi ha experimentado desde el principio una sensación de impotencia, y se ha sentido pequeño, como un gusanillo, uno de los muchos que se mueven por Londres siempre de prisa, y sin pausa.

¿Cómo podrá apañárselas él, acostumbrado a los bosques y a los ciervos de una pequeña aldea húngara, para entender esta ciudad? ¿Para interpretar un lugar que en sus sueños le parecía sencillo, pero que ahora, en la realidad, se le mostraba gigantesco, oscuro y alargado como una sombra sin límites?

Para vencer tanta imprevista complejidad se imponía coger en la mano el gran mapa de Londres y observarlo largo rato, en un tentativo de memorizar al menos los nombres de las plazas, la posición de los parques y el discurrir de las calles más importantes.

Lugares todos ellos que Imi no conocía aún, pero que –gracias a su nombre– podría intentar imaginarse de todas maneras.

A pesar del hielo invernal, ha pensado que Green Park estaría verdísimo y repleto de ardillas. Regent Street le ha parecido una calle complicada, porque continuaba después de haberse cruzado con varias plazas. La estación de Oval no podía dejar de ser oval. Mientras Swiss Cottage era sin suda un lugar capaz de ofrecer la calma de Suiza y la atmósfera familiar de una casa de campo.

Otra estrategia seguida por Imi para familiarizarse con Londres ha sido la de escoger una calle determinada y transformarla en algo familiar: un lugar bien conocido y notorio, un fragmento londinense que, sin dilación, él pudiera sentir como suyo. Era el breve tramo de calle que –desde la estación de Embankment– llevaba hasta el Strand.

Imi empezó casi de inmediato a estudiar cada uno de sus rincones: hizo amistad con los comerciantes, con los vendedores de flores, y hasta con los voceadores del *Evening Standard* que, día tras día, se turnaban con la misma imprevisibilidad de sus noticias de primera plana.

Procuró memorizar el aspecto de los edificios: cuáles eran las tiendas situadas a lo largo del

pasillo elevado que llevaba hasta el interior de la estación de Charing Cross. Y pudo darse cuenta de que en aquella única calle había un mundo entero, tan grande al menos cuanto la aldea de Landor.

Y así, con la misma determinación con la que un niño entra por primera vez en el colegio para construir desde la nada su futuro saber, Imi empezó a enfrentarse a Londres partiendo de una de sus calles más breves.

De Embankment le gustó de inmediato el parque, con sus vistas al Támesis, y la tienda de pescado crudo regentada por unos delgadísimos chicos orientales que, orgullosos de sus ojos almendrados, hacían siempre una leve reverencia a los clientes al agradecerles cada compra.

Desde esta calle, pequeña pero intensa, Imi ha empezado a descifrar Londres: una tupida maraña de miles de lanas coloradas, confusamente atadas juntas en un enredo absurdo, destinada a convertirse, para él, en la más infalible y la más insidiosa de todas las telarañas.

(...)

Laci acaba de montar en el autobús que lleva al campamento gitano de Szombathely. En una mochilita amarilla ha metido la bolsa con los pequeños ovillos del cobre extraído con gran esfuerzo de los viejos televisores y de los electrodomésticos abandonados en los vertederos. Confía en que pesen mucho, ojalá pasen de un kilo. En el orfanato no hay báscula, y él no ha aprendido todavía a cuantificar con precisión el cobre acumulado: tiene miedo a que los gitanos le engatusen. Por eso le ha pedido a Jancsi que le acompañe. Tanto el padre como la madre de Jancsi son gitanos, por lo que será él quien lleve las negociaciones. Los gitanos, entre ellos, no se engatusan nunca. Es una regla de honor. Un hecho comprobado.

Por eso también Laci ha aprendido algunas palabras en gitano, y cuando por fin se encuentra delante del gitano del cobre lo saluda en su idioma.

El otro sonrío, mira con satisfacción la bolsa que le tiende Jancsi, y la pesa.

La báscula marca un kilo y doscientos gramos.

Jancsi y Laci regresan al orfanato con los bolsillos llenos de dinero.

A sus jefes Imi les gusta, es un chico muy guapo, trabaja mucho, llega siempre puntual y –tal como Lynne le ha enseñado– no discute nunca con nadie. Desde el principio, a Victoria le ha caído simpático y no ha tardado en darse cuenta de que seguir teniéndolo escondido en las cocinas lavando la ensalada supondría un despilfarro. Se lo ha comentado también a Andrew:

–¿Te has fijado en qué buenos modales tiene? ¡Se ve que está bien educado! Y además, un chico con tan buena presencia quedaría estupendamente detrás de la barra; ¿por qué no lo apuntamos al curso de camarero?

Andrew, como siempre, está de acuerdo con Victoria y le ha hecho notar que el acento extranjero de Imi serviría para subrayar ante los clientes la política antirracista de Proper Coffee. ¡Qué narices, en su cafetería esa política tan importante para el señor Carruthers no venía aplicada a conciencia, dado que el único empleado de color se encontraba relegado como lavaplatos!

Y así fue cómo Imi fue ascendido a camarero y tuvo que aprender a hacer café filtrado, capuchinos, expresos y también chocolate con nata.

Ahora se halla detrás la barra, acaba de terminar de montar la espuma de la leche y está limpiando diligentemente la boquilla del vapor. Le gusta mucho la máquina del café, le gustan los olores que desprende y el hecho que esté siempre tibia y refunfuñe contra el hielo londinense. Lo que más le gusta es montar la espuma de la leche. Ahora ya ha aprendido a hacerlo realmente bien, pero no ha sido fácil, le ha hecho falta bastante tiempo. Su instructor –un chico napolitano– le insistía una y otra vez en que el secreto residía exclusivamente en la experiencia y en la práctica. Y que, como le dice Amanda Sandrelli a Massimo Troisi, para que te salga bien es necesario «intentarlo, intentarlo, intentarlo...».

Imi no sabe quién es Amanda Sandrelli, pero se ha tomado esa recomendación suya al pie de la letra y se está ejercitado con constancia, incluso durante la pausa para la comida: hasta el punto de que, al final, ha encontrado la forma de hacer un capuchino aún más rico y más cremoso de lo habitual. Los clientes habituales del café se han dado cuenta, y ahora ya piden que sea él y nadie más quien se lo prepare.

Un hecho positivo, y sin embargo la extraordinaria bondad de su capuchino ha acabado por despertar la preocupación de Andrew y Victoria.

Para entendernos, el de Imi es un capuchino realmente delicioso, pero es distinto a los demás; y

eso pone en peligro la política de Proper Coffee, que garantiza al cliente una calidad constante de los productos en todas sus cafeterías.

Esa es la razón por la que, al final, Andrew y Victoria han convocado a Imi en su despacho y, después de haberle felicitado por su capacidad de inspiración y por su inventiva, se han visto obligados a prohibirle que siga haciendo capuchinos tan buenos, invitándolo a atenerse con mayor escrúpulo a las líneas maestras recogidas en el *Manual del Camarero*.

Hoy una oronda clienta americana le ha pedido a Imi algo con su marcado acento tejano. Él no ha entendido nada, como es lógico. Sabe bastante bien inglés, pero con los americanos tiene siempre dificultades, especialmente cuando hablan demasiado deprisa y unen todas las palabras en una especie de trabalenguas.

Después de haber repetido su pedido hasta tres veces, la clienta estadounidense ha perdido la paciencia: *I Wanna Talk To Your Supervisor!*, ha estallado. Andrew ha acudido al instante para intentar apaciguarla:

–¡Señora, tiene usted toda la razón! ¡Lo que ha ocurrido es realmente imperdonable! Es que el chico es nuevo, extranjero, sabe usted; se ha puesto nervioso, y ya no ha sido capaz de comprenderle. ¡Le garantizo que no volverá a suceder nunca más!

La típica estrategia de dar coba, siempre acertada con los clientes difíciles. Hasta el punto de que, al final, la mujer se ha excusado por todo el jaleo y ha dejado incluso una libra esterlina en el cestillo de las propinas.

Andrew odia a los clientes tocapelotas, pero le pagan para soportarlos. A Imi, en cambio, le dan miedo, sobre todo cuando se trata de mujeres tan robustas y corpulentas. Le recuerdan a las gruesas matronas austriacas que abarrotan los institutos de belleza de su pueblo, siempre pomposas, elegantes, y deseosas de exhibir sus joyas por miedo a pasar inadvertidas entre la miseria de Landor. Una aldea de frontera, pobre, al que acuden de lo más estiradas, pero que eligen con tal de ahorrarse unos cuartos en sus inútiles tratamientos estéticos.

Desde el otro lado del escaparate, Imi siempre las veía con disgusto sentadas en los sillones de barbero antes del tradicional masaje facial, y se reía al verles ponerse las ridículas cofias protectoras (que hacían que parecieran calvas, enfermas y ya próximas a la muerte) para acabar la final con las piernas al aire cuando las jóvenes esteticistas reclinaban el respaldo de la poltrona sin demasiada gracia.

En aquellas caras enormes, definitivamente manchadas por el tiempo, las chicas del instituto intentaban resucitar algo de la marchita belleza. Restregaban sobre la piel copos de algodón impregnados con una crema rosada, y practicaban con los dedos un rápido masaje que movía las mejillas flácidas de las clientas de forma grotesca e innatural.

Viendo aquel espectáculo, Imi se imaginaba que su madre era una de aquellas mujeres. Lo hacía siempre, para sentirse afortunado por ser huérfano. Y para convencerse de que, a veces, es mejor

no tener padres.

(...)

Los apodosos son algo horrendo. Especialmente cuando hunden sus raíces en la verdad. En el orfanato todos los niños tienen uno. También Imi lo tenía: todos le llamaban «Hijo de puta». Un apodo apresurado e injusto porque no era seguro en absoluto que su madre fuera realmente una prostituta. Podría ser perfectamente una peluquera, una esteticista o –quién sabe– la cajera de un bar. La nota que dejó el día del abandono, por lo demás, no aclaraba nada: «He intentado quedármelo, pero llora demasiado y los clientes se quejan», lo que puede querer decir cualquier cosa.

Para consolarse, Imi se imagina siempre un hipotético bar-estanco, un lugar pobre y abarrotado.

Su madre está acucillada en un taburete ante la caja registradora. A su lado se encuentra un cesto oval, con un bebé dentro que no para de llorar: es él.

Durante cuatro o cinco días nadie se queja, hasta que un cliente pierde la paciencia: «¡Pero bueno, ya está bien de tantos berridos! ¡Es insoportable!», exclama en voz alta. El propietario del bar, entonces, se acerca a la madre de Imi y le dice que las cosas no pueden seguir así, que el bebé molesta a los clientes y que si vuelve a traérselo al trabajo, aunque no sea más que una sola vez, se verá obligado a despedirla.

Seguro que todo ocurrió así, la culpa fue tan solo suya: si no hubiera sido tan llorica, su madre nunca lo habría abandonado.

Así es cómo conjura Imi la posibilidad de que su concepción haya podido tener lugar en los baños de una estación de servicio, en algún lugar de la autopista de Budapest.

¿Y su padre? Imi teme que también él sea una persona de la que tendría de avergonzarse.

En cambio, es un encalador de Györ que, para celebrar su decimoctavo cumpleaños, decidió irse de putas en compañía de un amigo. Los dos se lo pasaron en grande en el burdel y, gracias a su buena presencia, hasta lograron arrancar un precio de favor.

Por si pudiera servir de algo referirlo, en el momento en el que Imi fue concebido, su madre y su padre eran felices.

Y después estuvieron incluso acariciándose.

El padre de Imi, a esas alturas, tiene casi treinta y siete años.

Y es un hombre tan correcto y escrupuloso que se haría cargo de él sin duda si supiera que lo había concebido.

En cambio, no lo sabe.

Porque el destino, demasiado a menudo, vuelve imposible la verdad. La oculta, la altera; la destruye. La aleja de nosotros para siempre e irremediabilmente.

Imi no conocerá nunca a su padre, y durante toda su vida no dejará de entristecerse

imaginándose a su madre dedicada a humillantes relaciones sexuales con clientes con sobrepeso.

Tal vez por ello, desde que vive en Londres, el barrio del Soho le revuelve el estómago.

Ahora ha acabado por casualidad en Rupert Street, una calle llena de prostitutas que paran a los transeúntes, invitándoles a entrar en sus asquerosos cuartuchos.

Como es natural, se esfuerzan por engatusarle a él también. Lo llaman, silbando, procuran llamar su atención de todas las maneras. Una prostituta no muy joven se le acerca y le pregunta si no tiene ganas de divertirse un rato.

Imi se queda inmóvil, se siente aterrorizado por ella, pero al mismo tiempo atraído por su pecho generoso. A sus dieciocho años, aún es virgen, y eso le molesta bastante. Con las prostitutas, sin embargo, se siente incapaz de hacer nada, sobre todo con una de esa edad.

Y cuando la puta sigue insistiéndole y le pone una mano en el hombro, él, con timidez y sin mirarla siquiera a los ojos, le dice:

–No puedo, podrías ser mi madre.

Lo dice en voz baja, casi avergonzándose, sin imaginar que su confesión, tan íntima y personal, será malinterpretada por la mujer como un insulto a su juventud definitivamente marchita.

(...)

Imi ha telefoneado hace un momento al orfanato de Landor. Ha pedido que le pasen a Árpád y le ha dicho que acaba de comprar para él un gigantesco póster de Barbra Streisand.

El póster le será enviado hoy mismo y llegará a Landor en menos de una semana. Árpád se siente feliz. Siente dentro de sí una alegría sin límites. Deambula por las salas del orfanato y abraza a todos. Pero no explica a nadie el motivo de tanta felicidad, tiene miedo de que le tomen el pelo por esa pasión suya.

Andrew y Victoria han finalizado hace poco su turno de trabajo y están volviendo a casa en el metro. Durante el largo trayecto, en vez de leer un libro o un periódico, se conforman con mirar fijamente un punto en el vacío, con la mirada perdida. Casi parece como si estuvieran muertos. A sus treinta y dos años no han aprendido todavía a observar el mundo. Sus vidas, pese a ser distintas, son parecidas, exactamente igual que las casas en las que viven: estudios anónimos, decorados con muebles impersonales y sin un ramo de flores siquiera que colorea la atmósfera. Lugares que permanecen demasiado tiempo en silencio, carentes de acontecimientos extraordinarios; apenas rozados por una rutina mínima, hecha de unas cuantas costumbres y de escasísimos momentos de felicidad.

Igual que en el caso de Andrew, también para Victoria la cena se resuelve con una ración de macarrones congelados o, mejor, con una llamada al *take away* de debajo de casa. ¡Lo importante es que no se ensucien más platos! Ambos se sienten exhaustos por tanto plato sucio. Y sienten auténtica necesidad de que al menos en sus casas reine el orden.

Igual que en el caso de Andrew, también para Victoria la televisión se revela una compañera ideal para las horas que siguen a la cena y preceden el sueño.

Ella ve los *talent shows*, le gusta votar electrónicamente. Quiere que se oiga su voz. Y no le importa que el televoto, en el fondo, sea una tasa para idiotas, ni que resulte absurdo pagar por expresar la propia opinión. Ella lo hace de todas formas, siente esa necesidad, sobre todo cuando –una vez que finaliza el horario de trabajo– su autoridad viene a faltar de repente.

A Andrew, en cambio, le gusta el fútbol, ve todos los partidos que puede. En especial, los del Manchester United.

Ayer, para ir contra su costumbre, hubo un apagón que le metió en casa una oscuridad densa e inesperada. Andrew miró por la ventana y se dio cuenta de que sobre las tinieblas habían caído todo el barrio; entonces encendió enseguida una vela y se sentó en el sofá esperando a que volviera la corriente eléctrica. Así se quedó un buen rato, inmóvil y sin pensar en nada, aturdido por encontrarse solo, en su propia casa; y asustado al percatarse de repente de que la vida, si uno la mira a la cara, da miedo de verdad. Lo mejor es no reflexionar sobre nada. A través de la reflexión es imposible llegar a ninguna clase de felicidad posible, conviene distraerse, entretenerse y acaso dedicarse a cultivar un gran sueño, como el de ganar el viaje que ha puesto en juego Proper Coffee para los directores de las cafeterías más productivas.

En la cabeza de Andrew ese viaje se ha convertido en una auténtica obsesión: siempre está pensando en ello, a la menor ocasión, incluso bajo la ducha, incluso cuando se pasa el hilo dental antes de acostarse por las noches.

Para Victoria es distinto: ella ha ganado ya ese viaje. Pero fue una auténtica desilusión. Era febrero y no dejó de llover, el gran hotel de Palma de Mallorca escogido por Proper Coffee tenía la piscina exterior vacía, llena tan solo de agua lluvia, de hojas, de lagartijas ahogadas y de mosquitos destinados a la descomposición.

Desde la ventana de su lujosa habitación, Victoria observaba con pesar aquel deprimente espectáculo, lamentando el haber alcanzado los objetivos empresariales en los meses invernales y no, por el contrario, en los de verano.

Otros colegas más afortunados que ella habían podido partir en junio, en julio o incluso en agosto. Pero eran los directores de las filiales de Brighton, de Bognor Regis y de Deal, localidades de playa, populares en verano y con abundancia de veraneantes.

Embankment, en cambio, era una zona de negocios y cuando las grandes oficinas cerraban por vacaciones, la clientela, como era obligado, disminuía.

En definitiva, había sido un viaje detestable, entre otras cosas porque Proper Coffee pagaba únicamente el alojamiento y Victoria –a causa de la continua lluvia y de lo apartado que estaba el hotel– se había visto obligada a comer y a cenar en su habitación, de su bolsillo, escogiendo del menú del servicio de habitaciones lo más económico que ofrecía. Tuvo incluso que beberse el agua del grifo (aunque sabía a cañería) con tal de ahorrar algo de las exorbitantes tarifas propuestas por el minibar. ¡Menuda engañifa! Tanto trabajo para unas vacaciones fallidas.

La verdad, hubiera podido decírselo a Andrew, confesarle que, en el fondo, se trataba de un timo. En cambio, prefirió mantener la debida discreción, para seguir estimulando su motivación. Le importaba mucho que la cafetería que dirigía fuera rentable. En sus ansias de poder, confiaba en que el señor Carruthers se fijara en ella y soñaba con poder convertirse en uno de los cuatro directores de área, para tener finalmente bajo su mando los Proper Coffee de toda Inglaterra.

(...)

Hoy la madre de Imi ha muerto. Pero de eso él no sabe nada.

La mujer ha sido hallada asesinada en un aparcamiento cerca del estadio de Sopron.

Le han cortado la garganta con un cuchillo de cocina.

Mientras su madre era agredida, Imi se sentía feliz, porque un cliente le había dejado una libra de propina en la barra. Él ha cogido esa moneda entre sus dedos y estaba mirando la silueta en relieve de la reina Isabel, cuando, a causa de la emoción, se le ha resbalado de la mano.

Al caer al suelo, la moneda ha hecho ruido. El ruido sordo y oscuro de la libra esterlina.

Fue en ese momento cuando su madre murió.

No haber conocido nunca a tus propios padres tiene una única ventaja: la de no tener que afrontar su desaparición. Y, todo lo contrario, el mismo día de su muerte, poder ser feliz como nunca; y pensar que la vida está realmente llena de encanto y de maravilla.

(...)

La frontera con Austria está a apenas dos kilómetros del orfanato en el que Imi se ha criado. A él siempre le gustó caminar en esa dirección: llegar hasta las garitas de la aduana húngara y divisar, un poco más adelante, a los austriacos, de bastante más autoridad y solemnidad. En medio, hay una especie de tierra de nadie, campos de girasol que a Imi le costaba encuadrar políticamente.

Cuando todavía era menor, y no podía expatriarse, se contentaba con mirar Austria en la lejanía.

Particularmente emblemático se había vuelto para él el blanco mojón cuadrado que –no lejos de la garita de los aduaneros– marcaba el exacto límite entre los dos estados. Era un mojón pequeño, irrisorio frente al significado que representaba. Sobre su superficie había sido trazada una línea negra, muy fina. Por un lado se encontraba esculpida la letra Ö (símbolo de Austria) y, por el otro, la letra M (símbolo de Hungría).

Con los años, los aduaneros le habían cogido simpatía a Imi, lo trataban con amabilidad, le ofrecían sus salchichas y alguna vez le permitían sentarse sobre aquel mojón que tanto le gustaba, a caballo entre los dos Estados, con una pierna en Austria y la otra en Hungría.

Imi había crecido así, con el mito de una Europa occidental tan cercana como inaccesible, escuchando los relatos de los aduaneros que hablaban de supermercados con veinte tipos distintos de agua mineral, y de lujosos chalés en cuyos jardines podían encontrarse columpios, piscinas y hasta estatuas de Blancanieves y los siete enanitos.

Más allá de la línea de la frontera, todo cambiaba de repente. Incluso el asfalto se volvía de inmediato negrísimo y homogéneo, sin baches ni imperfecciones.

Atraído por tanta maravilla, el día de su decimoctavo cumpleaños, Imi se presentó en su distrito municipal por la mañana temprano para requerir del funcionario un documento de identidad válido para salir del país. Inmediatamente después –con una emoción difícil de describir e incluso de imaginar–, fue en bicicleta hasta la garita de los aduaneros, y por fin pudo cruzar la frontera de verdad.

Sentía curiosidad por el mundo. Quería conocerlo todo; le impulsaba la necesidad de enfrentarse a esa realidad distinta que, durante demasiado tiempo, le había sido negada.

Austria era exactamente igual a como se la había imaginado: había carriles para las bicicletas y, en los campos de trigo, crecían amapolas violetas. Las casas estaban immaculadas, los chalés eran suntuosos y encima de una montaña había un castillo blanco que parecía suspendido entre las nubes. Los supermercados eran realmente grandiosos, y vendían cosas que nunca había visto: brotes de soja para echar a la ensalada, áspic de verduras en gelatina, fruta exótica y pan con

zanahorias.

Desde aquel día, de vez en cuando, Imi iba a la misa dominical al pueblo de Lockenhaus para ver a los niños de los ricos prisioneros en sus horrendas ropas almidonadas. Lo hacía para sentirse afortunado por su propio destino y para recordarse a sí mismo que, a veces, los hijos resultan mucho más útiles a los padres de cuanto los padres lo son a los hijos.

Le gustaba también cuando los motociclistas, enjaezados con sus negras armaduras gomosas, salían de la heladería sosteniendo en manos infantiles cucuruchos de helado de fresa, rosa y con la nata montada.

Todo era muy caro, costaba por lo menos el triple que en su aldea. Y sin embargo, con el escaso dinero del que disponía, Imi compraba a menudo pequeñas exquisiteces para compartirlas con el resto de los huérfanos: chocolate con yogur, bolitas de mazapán, caramelos efervescentes e incluso espárragos (que Ádám, la primera vez que los vio, había confundido con rotuladores).

Imi está reviviendo todo aquello con los ojos de la memoria cuando Lynne le pide que la acompañe al mercado de Borough.

Borough es el mercado más famoso de Inglaterra. Muy diferente al húngaro de Landor, donde los pobres campesinos, como mucho, se limitan a vender un poco de perejil, una ramita de menta, dos cebollitas y una cabeza de ajo. Algunos ofrecen coles en vinagre y carne ahumada y hay quien trae leche de cabra recién ordeñada. En los días de fiesta viene incluso un pastelero que, en el reducido espacio de su furgoneta azul, prepara unos extraños dulces en forma de chimenea, los deshorna sin parar y los espolvorea, según los gustos, con azúcar o con canela.

En otoño, una viejecita trae algunas pequeñas setas que crecen en las cortezas de los árboles. Se pasa días enteros recogiendo, y, esperanzada, se los ofrece a los transeúntes sobre su banco de piedra. Delante de ella tiene tres tazas distintas, son de hierro esmaltado y sirven para dosificar las setas. Es delicada con ellas, las maneja como si fueran mariposas; sobre todo cuando, con gracia, las vuelve a meter en las bolsas vacías de harina que se ha traído expresamente de casa. Sonríe a todo el mundo, pero es recelosa y, cuando le pagan, cuenta siempre el dinero dos veces.

–¡Imi! ¡Ven! ¡Mira! ¡Hay vieiras! –exclama Lynne con impaciencia. Imi observa aquellos extraños moluscos blanco-anaranjados con desconfianza y dice que le parecen botones. Lynne sonríe ante su ingenuidad. De regreso a casa, sin embargo, le asa dos deprisa, quiere darle a conocer su exquisito sabor.

Imi prueba las vieiras no sin vacilación, e inmediatamente después pronuncia la frase más errónea que podía. Pregunta:

–En la otra, ¿puedo echarme un poco de ketchup?

El rostro de Lynne se transforma al instante en una mueca de desconcierto.

La preparación de la cena transcurre así, en gastronómica armonía hasta que Lynne no se da cuenta de que no les queda ni una sola pizca de sal.

–¡Imi! ¡Se nos ha acabado la sal! Vete a ver si la vecina nos puede prestar un poco...

Y él contesta:

–¿Estás como una cabra? ¡No voy a ver a esa loca ni aunque me maten!

–Haces mal, tesoro, ¡es toda experiencia! Uno se hace mayor también así.

–Si tú lo dices... pero ¿qué puede aprender uno de una mujer como esa?

–Bueno, veamos: para empezar puedes considerarte afortunado de no ser como ella. ¡Y además tendrías que ver su casa! ¡Un mausoleo, un tanatorio! ¡Todo desinfectado y reluciente!

–De acuerdo, de acuerdo, iré, pero ¡ya verás cuántas notitas de reproche nos costará ese

puñadito de sal!

La señora Haines acaba de abrir la puerta. Va vestida de negro y lleva una falda muy larga. Su casa está tan impoluta como las vitrinas de los museos. Por esa razón también se dirige a ella Imi con deferencia:

–Señora Haines, lamento muchísimo molestarla, pero esta noche damos una fiesta y nos hemos quedado sin sal...

–¿Una fiesta? ¡Dios mío! ¿Otra? Y ¿a qué ahora acabaréis? ¿No será como la última vez? ¡A las dos de la madrugada seguían oyéndose unas carcajadas de lo más grosero!

–¡No, señora Haines, esta noche los huéspedes serán más disciplinados y no la molestaremos! – improvisa Imi.

–Hummm... tengo mis dudas; en todo caso, si puede saberse, ¿qué celebráis esta vez?

–Nada de particular.

–¡Pues sí que estamos bien! Ya hemos llegado a celebrar fiestas sin motivo, como el Sombrero loco. ¡Feliz no-cumpleaños a todos!

–Pero las fiestas son bonitas, señora Haines.

–Muchachito, las fiestas no son más que una ocasión de alboroto y de cotilleo. No te dejes engañar por las apariencias. Toda la gente que acuda lo hará para comer de gorra.

–Pero si nos divertimos, nos lo pasamos bien, se conoce a gente nueva...

–Como si hubiera mucha que hiciera gracia. ¿No te has enterado del terremoto de anoche? Todas esas personas muertas, y vosotros a partiros de risa en su propia cara, ¿no os da vergüenza?

Imi permanece en silencio. Se imagina que, si la señora Haines estuviera al corriente de sus competiciones de eructos con los otros huérfanos de Landorm, ¡lo echaría al instante con cajas destempladas!

Mientras él piensa eso, ella lo mira con envidia, siente celos de que Lynne tenga en casa a un chico tan joven y tan guapo. De hecho, le hierve la sangre:

–Si yo estuviera en tu lugar, Imi, tendría mucho cuidado con esa mujer.

–¿Con Lynne?

–¡Sí! Es una que solo tiene tratos con jovenzuelos, exactamente como tú y como ese estudiante suyo de tango con quien se entretiene todos los miércoles por la noche. ¿Es que crees que no los oigo? Menudo jaleo que montan. ¿Y te has preguntado alguna vez por qué? Te has preguntado alguna vez por qué en su casa eres tú el huésped *gratis et amore dei*?

–Porque Lynne es una persona generosa –contesta Imi.

La vecina, entonces, empieza a perder la paciencia:

–¡La generosidad no existe, muchacho mío! Nadie hace nada por nadie, Lynne es una mujer que está sola y que no se resigna, necesita robarle la energía a las personas jóvenes como tú. Nada más mudarse aquí, intentó miles de veces invitarme a cenar y a sus absurdas fiestas. Pero a mí no me la da. Las invitaciones a cenar son terribles: hay que comer de todo lo que te ofrezcan. No hay nada que hacer, es una cuestión de educación. Una auténtica encerrona, muchacho mío. Por no hablar del hecho de que, además, tienes encima que darle las gracias. ¡Desde luego, porque, a fin de cuentas, quien te invita a cenar queda al final como si fuera el benefactor! ¿Es que no lo ves?

Para Imi la situación es muy embarazosa, si tuviera ya la sal en la mano se despediría de la señora Haines y se iría de allí a la carrera.

En cambio, ella sigue hablando sin darle la sal:

–Te lo digo por ti, muchacho mío: esa mujer es una dominadora. Una que quiere modelarte e imponerte su personalidad. Ha intentado hacerlo conmigo también, ¿o qué te crees? Una vez, en Navidad, me trajo un regalo enorme: un espejo con un marco dorado de lo más zafio (un objeto de burdel). ¿Cómo se permite una cosa así? ¿Te lo imaginas? Quería imponerme su espejo, su estilo, su personalidad. Quería invadir mi casa. Pero yo no se lo consentí. Y el espejo se lo di a los pobres. Date cuenta, también el caballo de Troya era un regalo. Los regalos son peligrosísimos, aún más peligrosos que las invitaciones a cenar.

Imi contesta incisivo:

–A mí los regalos me gustan siempre, tal vez porque me han hecho tan pocos...

–¡No hay peor sordo que el que no quiere oír, muchacho! Yo, en cualquier caso, ya te he avisado: estate atento a esa mujer. Total, es que crees que no sé que siempre está buscando la manera de expugnar mi casa, cualquier excusa es buena. ¡Ahora, la sal! Pues de acuerdo, ¡aquí la tienes! Quédatela. Siempre tengo un paquete de repuesto, de forma que no me vea obligada a molestar a nadie. En la vida habría que ser autosuficiente. En cambio, ¿ella qué hace? Depende de todos, mañana y noche. Depende de mí, depende de ti, depende de los amigos. Y ¿sabes por qué? Porque es una que vive día a día. No sabe... ¡hacer planes! Mira el fregadero de su cocina, estoy segura de que no pone ni siquiera filtros para proteger las tuberías. ¡Y venga a echar hojas de perejil, palillos, restos varios! Pronto se le atascará todo y, como es lógico, no tendrá dinero para pagar al fontanero y tendrá que pedirle ayuda a alguien, para seguir dependiendo de los demás...

A Imi, definitivamente, ya no le quedan más palabras. Mira a la señora Haines y piensa que el mundo está lleno de personas inútilmente complicadas.

Esta mañana Imi está un poco confuso, a pesar de las promesas que hizo a la señora Haines, la fiesta, anoche, se prolongó hasta tarde entre música española, velas y bebidas alcohólicas. «¡Madre mía, menudo dolor de cabeza!», piensa Imi en cuanto suena el despertador, percatándose de que, hoy, no tiene ni la menor gana de ir a trabajar. En cambio, le toca darse prisa, de lo contrario, llegará tarde.

Como de costumbre, la línea roja del metro está hasta arriba de gente y se ve obligado a abrirse paso a codazos para encontrar un sitio de pie. ¡Maldita sea, qué aire viciado, qué peste a sudor!

Afortunadamente Jordi, el chico español, estará con él de turno en el bar. Una amistad reciente la suya, nacida gracias a una anciana señora que, hace unas cuantas semanas, entró en la cafetería de Embankment a pedir un vaso de agua del grifo para tomarse una pastilla.

Al complacerla, Imi no podía imaginarse que Victoria se pondría hecha una furia:

–¿No le habrás dado un vaso de agua del grifo a esa mujer?

–Pues, sí, claro. ¿Por qué?, ¿me he equivocado?

Y ella:

–¿Es que no te das cuenta? Esa mujer no ha consumido nada. No es ni siquiera cliente de nuestra cafetería. ¡Para nosotros no es nada! Tenemos botellitas de agua a la venta por una libra y sesenta y cinco; sin contar con que, si no las quiere, ¡en las fuentes del parque puede abrevarse gratuitamente!

A Imi tanto jaleo por un vaso de agua le pareció absurdo y –a pesar de que Lynne le ha prohibido contradecir a sus superiores– le dijo a Victoria que no había nada de malo en dar de beber a los sedientos. Al hacerlo levantó algo excesivamente el tono de la voz. Un comportamiento poco conveniente en Inglaterra.

Jordi –que se encontraba allí al lado– se entrometió con su estilo beligerante. Y empezó a defender a Imi; de este modo, al finalizar su turno, ambos fueron convocados al despacho de Victoria para recibir un buen rapapolvo. Por esa vez no habría amonestación escrita alguna, pero que les quedara claro a ambos que, en un futuro, comportamientos parecidos (y no en consonancia con el manual del café) serían severamente castigados.

(...)

Ahora es de noche en el orfanato de Landor. Y está muy oscuro, porque Berta neni ha apagado todas las luces. Y sin embargo, en la tercera crujía, una vieja velita de cumpleaños se ha encendido furtivamente, y los niños se han reunido alrededor de la cama de Fábián, quien, al haber cumplido hace poco dieciocho años, ha podido cruzar la frontera con Austria e ir en bicicleta hasta Lockenhaus.

Lockenhaus es un lugar maldito y su castillo blanco, suspendido entre las nubes, está lleno de fantasmas. Los niños se mueren de curiosidad. Quieren que les hable de la condesa sanguinaria y de sus víctimas, torturadas en nombre del sadismo, de la magia negra y de la vanidad.

A Fábián se le dan muy bien los relatos y logra mantener alta la tensión susurrando:

–Eran todas vírgenes –dice–, la condesa las raptaba y las mataba una a una. Sin piedad. Luego se bañaba en su sangre con el fin de mantener intacta su belleza y de alejar el espectro de la vejez.

»Nacida en Nyírbátor el 7 agosto de 1560, Elisabetta Báthory padeció de epilepsia y esquizofrenia desde niña. Le gustaba vestirse de hombre. A los once años se prometió con Ferenc Nádasdy, un primo suyo, príncipe de Transilvania.

»Él también era un sádico; embadurnaba con miel a sus jóvenes criadas y las ataba junto a las colmenas, para verlas morir a causa de las picaduras de las abejas.

Mientras el relato de Fábián prosigue, los niños se agolpan en torno a su litera. Y lo escuchan con el corazón en la boca. Incluso los hámsteres de Jákob, ahora, han dejado de corretear en la rueda en plástico, y hasta ellos parecen absortos en escuchar aquella historia con cierto asombro.

–La condesa Báthory era de lo más perversa. Organizaba orgías y sesiones de magia negra. Era malvada hasta lo inverosímil con las chicas que aprisionaba, les sacaba los ojos y las torturaba con hierros incandescentes. Gritaba de placer al hacerlo, y su rostro se volvía demoniaco. Era bestial, incluso con sus criadas, y bastaba un pequeño retraso o cualquier olvido para que las castigara dando fuego a sus manos embadurnadas de aceite. A las que intentaban la fuga, además, Elisabetta reservaba una suerte aún más atroz: las exponía desnudas al hielo invernal, empapadas en agua para que murieran congeladas.

–¿A cuántas personas mató? –pregunta Filip con un hilo de voz.

–¿A cuántas...? ¿A cuántas...? –le hacen eco los demás niños entre susurros, por miedo a que Berta neni pueda oírlos.

Fábián contesta que la condesa Báthory mató a más de seiscientas jóvenes. Casi setecientas, para ser más precisos. Y añade que sus víctimas habrían sido muchas más si el emperador Matías II no la hubiera detenido incriminándola por sus delitos y condenándola a ser emparedada viva.

El relato de Fábián resulta espeluznante, sobre todo porque es verdad. Esta noche, las pastillas contra el pis en la cama servirán de bien poco y mañana por la mañana habrá que sacar muchos

colchones al jardín para que se sequen a toda prisa al sol.

Tan solo István parece no tener miedo. Sus ojos malvados, iluminados por la luz trémula de la velita, son turbadores enormes, azules y rodeados por tupidas pestañas negras. Lo que da miedo, ahora, es sobre todo su sonrisa satisfecha. István es un niño malo: mordió la mano del policía que lo llevaba al orfanato, rompió a propósito el cristal de una ventana y, mientras todos duermen, se divierte embadurnando con pasta de dientes los cabellos de los demás. Entre todos los niños del orfanato él es sin duda el menos querido. Hace poco que ha llegado a ocupar el sitio de Imre. Y ahora duerme en su cama. Para todos ha sido un mal cambio.

Y mientras István sonríe complacido ante las atrocidades cometidas por la condesa sanguinaria, justo entonces se acaba la velita de cumpleaños y la oscuridad se presenta de improviso, en su totalidad, para alimentar el miedo.

De inmediato, en silencio, cada niño regresa a su propia litera. Al contar la historia de Elisabetta Báthory, Fábián se percata de la peligrosidad del mundo. Hasta el punto de que, en esos momentos, ya no concibe el orfanato como una prisión, sino como una cáscara, capaz de protegerlo y de hacer que se sienta a salvo. A pesar de todo, se mete la mano en el bolsillo del pijama en busca de su cuchilla de afeitar. Está a punto de sacarla. Está a punto de cortarse de nuevo. Pero se acuerda de lo que le ha dicho Ada neni, y se da cuenta de que seguir haciéndolo sería realmente una equivocación. Está casi convencido ya. Está a punto de dejarlo correr. Pero es incapaz. El reclamo del dolor que él mismo se inflige es más fuerte que todo razonamiento. Y, como cualquier otro día, también esta noche acabará por imponerse a su voluntad.

(...)

¿Por qué se corta Fábían? ¿Por qué esta noche lo ha hecho de nuevo pese a haber entendido que es una equivocación?

La verdad es que cortarse se ha vuelto para él algo necesario, porque lo libera de un peso, de un sentimiento de culpa que siente crecer dentro de él, pero que es incapaz de interpretar. Los reproches de Ada neni, esta mañana, solo han empeorado las cosas, agravando su malestar. Y no importa que ella, después, lo haya abrazado como una madre. Fábían acaba de terminar de cortarse de nuevo, y mañana lo hará otra vez.

Si fuera hijo de padres acomodados, sería sometido a las sesiones de una eminencia de la psiquiatría y este psiquiatra, a fuerza de excavar en su mente y de horadar su inconsciente, descubriría la verdad. Una verdad pagada a un alto precio, que, tal vez, le permitiría curarse de su compulsión.

Pero él vive en un orfanato. Y dinero, desde luego, no tiene.

De modo que no le queda otra que luchar como un ciego, desafiando cada día la parte oscura de su voluntad, a costa de continuar fallando y de no entender nunca por qué ha comenzado a cortarse, ni a qué asidero puede aferrarse para conseguir dejar de hacerlo.

Imi y Jordi pasean a menudo, juntos, para descubrir Londres, el colosal rompecabezas que ambos han elegido para su nueva vida. Jordi vive en la ciudad ya desde hace tiempo, es un chico despierto, avisado y también algo cínico. Siente cariño por Imi, pero no soporta su entusiasmo por Proper Coffee. Él, por el contrario, la considera una empresa deshonesta.

Dice siempre que allí dentro «son todos unos bastardos y que su único objetivo es el de invadir el mundo». Pero Imi no está nunca de acuerdo con él. Jordi entonces pierde la paciencia:

–¿Te has fijado en el chico nigeriano? Siempre escondido en la trastienda lavando la ensalada y preparando sándwiches... ¡Menuda política antirracista! ¡Estos listillos enarbolan como virtudes sus propios defectos!

Además, Jordi le cuenta a Imi que a los chicos lituanos les ha caducado el permiso de residencia en el país desde hace tiempo, deberían ser despedidos; en cambio, Victoria y Andrew ni se lo plantean. Prefieren intercambiar su silencio con muchas horas de horas extraordinarias no retribuidas. Todo por ese maldito viaje a Palma de Mallorca suyo, premio de productividad para los directores de las cafeterías más rentables. Esa es la razón por la que chantajean a los chicos de las repúblicas bálticas: sus horas extraordinarias no pagadas falsean las estadísticas y casi ciertamente permitirán a Victoria y Andrew marcharse de vacaciones a costa de la compañía.

Imi se ha quedado sin palabras. Proper Coffee le había parecido una empresa fantástica, un verdadero ejemplo de democracia y de justicia:

–En Hungría no ves ni en sueños una paga como esta, y además los de Proper Coffee no son tan racistas como dices tú, fíjate que importan el azúcar de caña de Guatemala, y la pagan a un precio justo, en vez de explotar esas poblaciones subdesarrolladas. Se llama *fair trade*, ¿no lo has leído en el manual?

Jordi pierde la paciencia:

–¡Hay que ver lo ingenuo que eres, Imi! Estás realmente convencido de que son una especie de benefactores; claro, es verdad, compran el azúcar de caña en Guatemala y tienen otras muchas pequeñas tretas para pegársela a gente como tú. Pero el café, el chocolate y lo demás, ¿de dónde provienen? ¿Te lo has preguntado? ¿Y lo asientos, las copas? Todo «*Made in China*» en naves industriales que sacan adelante niños obligados a trabajar durante doce o trece horas al día.

Imi se siente confundido. Las argumentaciones de Jordi parecen convincentes, pero continúan pareciéndole absurdas. Será mejor hablar de ello con Lynne, ella es sabia y sabrá ayudarlo sin

duda a descubrir la verdad.

En estos momentos, la vecina de Lynne se encuentra en un café de Pimlico. No se siente muy bien, y acaba de pedirle al camarero que le traiga un vaso de agua. Mira a su alrededor. Tiene miedo de que alguien haya podido verla; ¡afortunadamente, las mesas de alrededor están vacías!

La señora Haines empieza a sentir palpitaciones, se guarda la moneda que sujetaba entre los dedos y mira a su alrededor una vez más. Un camarero se está aproximando hacia ella con el vaso de agua que le ha pedido.

–¿Se encuentra usted bien? –pregunta, cuando nota que la señora Haines tiene la frente perlada de sudor.

–Estoy perfectamente –se apresura a replicar ella. Pero el camarero no se marcha. Quiere que se le pague de inmediato, 2,30.

La vecina se siente agitada. Vuelve a sacar la moneda que acaba de meterse en el bolsillo, la deja sobre la mesa y rebusca nerviosa en el bolso para encontrar más. Mientras lo hace, empieza a sentir mucho calor. Un calor exasperante que hace que el sudor le goteé entre los senos mojándole la blusa.

–¿Está usted segura de que se encuentra bien? –pregunta de nuevo el camarero.

–¡Ya le he dicho que estoy perfectamente! –insiste la señora Haines. Luego, casi inmediatamente después, deja sobre la mesa las tres libras necesarias, se levanta y se va.

Fuera hace mucho frío.

«¡Acabaré cogiendo una bronquitis!», piensa abotonándose el abrigo y colocándose la bufanda bien apretada alrededor del cuello.

No sabe adónde ir. Nota cómo el sudor le pega la camiseta al cuerpo; se siente muy incómoda por ello, y también molesta.

La parada de metro de Pimlico, a pie, queda lejos; a ella, en cambio, le gustaría estar en casa, ahora mismo, poder quitarse las ropas húmedas y darse un baño caliente. Pero debe continuar caminando. Está nerviosa, se mueve deprisa, y eso hace que sude todavía más. Las palpitaciones arrecian. La señora Haines se preocupa, ya ha estado en el cardiólogo por lo menos cuatro o cinco veces a causa de esas malditas palpitaciones. Y el médico no ha sabido hacer otra cosa más que prescribirlle flores de Bach en gotas. Para que se las tome cuando surja la necesidad, debajo de la lengua. Un remedio homeopático. Para molestias psicósomáticas.

La señora Haines lleva siempre un frasquito consigo. Ahora lo está buscando en su amplio

bolso, pero no lo encuentra. Mientras sigue caminando, expedita, su mano rebusca entre carteras, rosarios, caramelos y cachivaches de todas clases. Afortunadamente, un taxi libre empieza a entereverse a lo lejos.

La señora Haines lo para con un gesto militar, no se lo piensa dos veces:

–Lléveme a Gore Road, en Victoria Park –dice jadeando.

¡Quién sabe cuánto le costará la broma! Con el tráfico que hay ¡serán veinte libras por lo menos! Pero no importa. La salud ante todo.

Y así, en la intimidad que proporcionan los taxis británicos –con el conductor aislado por una gruesa mampara de cristal– la vecina puede por fin desabrocharse el abrigo, encontrar las flores de Bach y, sirviéndose de un espejito para maquillarse, depositar once gotas bajo la lengua. Luego busca un pañuelo y, cuando lo encuentra, se seca la frente y el pecho. Las gotas le hacen efecto de inmediato, el corazón aminora sus latidos. Hay realmente mucho tráfico hoy, en Londres. Y para llegar en Gore Road el chófer empleará al menos una hora.

La vecina se mete furtivamente una mano en el bolsillo y acaricia con los pulgares el cartoncito cuadrado que, con circunspección, había escondido poco antes de que el camarero se acercara a traerle el agua.

Cuatro mil libras esterlinas. ¿Qué hará con todo ese dinero?

Y pensar que siempre había sido contraria a los Rasca y Gana por miedo a coger la costumbre y a acabar convertida en una jugadora empedernida. De calle en calle, de semáforo en semáforo, la señora Haines fantasea con vacaciones asiáticas en suntuosos hoteles de cinco estrellas, cenas superlativas en Rule's, en Covent Garden, asientos en el patio de butacas para el Teatro de la Ópera y, además, con un nuevo sofá forrado de damasco veneciano.

Hasta que llega a casa y, con alivio, puede abandonarse a la tranquilizadora tibieza de la bañera.

Allí, con la cabeza bien apoyada en una toalla enrollada detrás la nuca, cierra los ojos y vuelve a pensar en todo ese dinero. Lo tiene claro, no lo malgastará en fútiles estupideces. Todo lo contrario, lo meterá en el banco. El dinero se quedará allí, a su disposición en caso de emergencia. Esta decisión es para la señora Haines la mejor posible.

La idea de poder contar con tanto dinero, intacto, contra los embates del destino, la hace plenamente feliz.

ACTO TERCERO

**Cientes misteriosos
y otras complicaciones del café**

El cartero acaba de entregarle a Imi una importante carta de parte de Proper Coffee. Imi se la lee de un tirón y exclama de inmediato:

–¡Lynne! ¡Lynne! ¡Hay grandes noticias de la cafetería! ¡Mira! Está escrito aquí: ¡nuevas oportunidades y nuevos beneficios para todos!

Extrañada ante tanta inesperada generosidad, Lynne lee la carta cuidadosamente.

–¿Por qué no dices nada? –le pregunta Imi.

A lo que ella responde:

–Porque detrás de esta carta hay gato encerrado.

–¿Qué gato?

–Un gato que huele a chamusquina, Imi.

–¿Por qué dices eso? La carta solo habla de noticias extraordinarias. ¿Es que no la has leído?

–No me convence mucho; ya verás que, como casi siempre, se trata de una mala noticia enmascarada como es debido por un ejército de expertos en comunicación y de maestros del embaucamiento.

Imi se siente confundido.

–Bueno... una compañía como Proper Coffee está claro que no puede anunciar de un día para otro una rebaja de los sueldos, o más recortes. Y de este modo, intenta dorar la píldora como puede. Ya lo verás: con esta novedad te ofrecerán un pequeño beneficio, pero puedes estar seguro de que, al final, te acabarán quitando bastante más. –Luego prosigue–: Por el tono de la carta, mi joven amigo, creo sin ninguna duda que se trata de un timo. Acordaos, ¡cuando alguien menciona la palabra *oportunidad* hay que ponerse en guardia!

Imi se siente bastante confundido: ¿por qué razón Lynne y Jordi hablan siempre mal de Proper Coffee, una empresa tan honesta y generosa como para ofrecer a sus propios empleados excelentes sueldos y hasta el privilegio de una fiesta navideña con mucho *panettone* y vino espumoso gratis para todo el mundo?

La cafetería de Embankment, en la que trabaja Imi, todavía está cerrada al público, pero sus empleados se encuentran ya en su interior. Victoria y Andrew acaban de colocarse detrás de la barra y sostienen en la mano unas hojas azules. Son las ocho en punto, y en todas las cafeterías de Proper Coffee los directores de las distintos sucursales están a punto de informar a los empleados de las extraordinarias novedades destinadas a revolucionar su vida laboral.

Con una amplia sonrisa empresarial, Victoria toma la palabra. Anoche, después haber cenado una buena porción de lasaña congelada, estuvo ensayando su discurso tres veces seguidas delante del espejo, y le salió estupendamente. Por tal razón ahora no tiene miedo a equivocarse y está segura de que todo saldrá bien. De modo que empieza:

–Apreciados empleados, hoy es una jornada importante en la historia de Proper Coffee: desde hace ya diez años nuestras cafeterías arrasan en el Reino Unido. Y dentro de menos de una hora (lo dice después de haber mirado de soslayo el reloj) en París, en el bulevar Saint-Germain quedará inaugurada la primera cafetería Proper Coffee al otro lado del canal de la Mancha. Para cortar la cinta acudirán el señor Carruthers, el ministro francés de Economía y la estrella del pop Lilli Wanhore. Una conquista importantísima que marca el principio de nuestra expansión por todo el mundo: de Italia a Estados Unidos, de Holanda a Argentina. Hasta los más remotos rincones de Rusia.

Imi escucha con emoción aquellas palabras y confía en que, algún día, Proper Coffee inaugure una de sus filiales también en la aldea de Landor; y quién sabe, tal vez, con un poco de suerte, él pueda convertirse en su director.

¡No cabe duda de que Lynne se equivocaba ayer! ¡No hay truco alguno, y las noticias que van a comunicarnos serán todas estupendas!

Victoria, mientras tanto, sigue pronunciando el discurso que se ha aprendido de memoria ante el espejo del baño de su casa:

–Para celebrar este memorable acontecimiento, Proper Coffee ha decidido instaurar una nueva política empresarial, orientada a premiar a sus mejores empleados.

Pausa. Así estaba escrito en las instrucciones del señor Carruthers (por más que de ese silencio no se especificara la duración). Una estratagema para aumentar la tensión emotiva entre los empleados. De manera que Victoria cuenta hasta cinco antes de retomar la palabra –cinco segundos deben de haberle parecido un tiempo lo suficientemente largo–:

–De hoy en adelante, un cliente misterioso especializado en los elevados estándares de Proper Coffee visitará regularmente nuestras cafeterías. No será reconocible en modo alguno y tendrá el cometido de valorar vuestras prestaciones incluso cuándo nosotros, los directores de sucursal, estemos atareados en otras actividades. La gran noticia es que este cliente misterioso podrá asignar a los empleados más destacados nada menos que diez vales de compra de cien libras cada uno cada día. Estos vales podrán gastarse en Harrods, en Selfridges, en Virgin Megastore de Piccadilly Circus y en otros muchos templos londinenses del *shopping*.

Otra pequeña pausa. Luego Victoria continúa:

–Una extraordinaria oportunidad (*oportunidad*, repite Imi para sus adentros, recordando las palabras de Lynne...) gracias a la cual los empleados más destacados podrán permitirse el lujo de adquirir zapatos de marca, DVD, juegos para la PlayStation; en definitiva, lo más apetecible que puede hallarse hoy en el mercado.

En cuanto Victoria termina de hablar, un espontáneo entusiasmo se expande entre todos los empleados de la cafetería.

Ella sonríe de nuevo, deja que la confusión reine unos momentos y, cuando ya solo quedan pocos minutos para la apertura, reclama de nuevo la atención general, para rematar su discurso:

–Como es natural, el cliente misterioso tendrá también la prerrogativa de señalar a la dirección las negligencias de los empleados menos válidos, los cuales podrán ser objeto de amonestaciones escritas y de procedimientos disciplinarios.

Pero, con adulación, puntualiza:

–Pero vosotros no debéis preocuparos de algo así: ¡trabajáis todos a la perfección y la novedad del cliente misterioso está destinada a traer tan solo alegría y felicidad a vuestras vidas!

Imi no se da cuenta todavía de que Lynne tenía toda la razón. Jordi, en cambio, con la astucia que le caracteriza, comenta:

–A partir de hoy nos hemos convertido en asnos con la zanahoria delante.

Gracias a la novedad del cliente misterioso, los empleados de Proper Coffee trabajan con mayor empeño y dedicación. Sonríen con frecuencia y procuran impresionar a los clientes con su cortesía y atención. Confían siempre en encontrarse ante el cliente misterioso y en poder recibir un vale de compra de cien libras, obtenido gracias a su opinión positiva. Y de esta manera – exactamente igual a como Andrew sueña con poder ganar el viaje premio a Palma de Mallorca – los demás empleados de Proper Coffee fantasean a menudo sobre cómo gastar todo ese dinero. Entre ellos, unos comprarían vestidos, otros libros, hay quienes optarían por perfumes y otros, en cambio, preferirían derrocharlo todo en la *food hall de Selfridges*, acaso en una prestigiosa botella de champán.

Como es habitual, el señor Carruthers ha logrado dar en la diana. Con un gasto contenido, ha puesto las pilas a sus empleados, motivándolos para trabajar mejor, por lo menos hasta que se den cuenta de que, de hecho, la posibilidad de recibir el premio era bastante irrisoria. Jordi ha sido de los primeros en percatarse de que el asunto del cliente misterioso era un auténtico timo. Según el cálculo de las probabilidades, un empleado tendría que trabajar a la perfección durante años, antes de recibir un vale de compra; y en cambio arriesgarse a quedarse expuesto a amonestaciones escritas, a procedimientos disciplinarios e incluso al despido, acaso por una estupidez o un olvido, referido a los dirigentes de la cafetería por ese mismo cliente misterioso, disfrazado de benefactor.

Sábado por la mañana. No son aún las diez, pero la señora Haines ya está esperando ante la puerta de la peluquería. Llega siempre anticipadamente a las escasas citas que tiene. Le encanta ser la primera cliente de la jornada y tener la certeza de que no habrá periodos de espera que pasar en el saloncito de las lenguas viperinas: un lugar poco conveniente, en el que los secretos de los demás se airean arbitrariamente en voz alta. ¡Qué vulgaridad! ¡Qué falta de contención! A la cháchara y al chismorreo, la señora Haines prefiere el consuelo del silencio que hace posible la atmósfera al vacío de su casa monacal, una fortaleza, en la que la soledad siempre se considera una conquista, y nunca una derrota.

La peluquera siente pena por ella, la considera una mujer incapaz de darse cuenta de que poder compartir las propias emociones con los demás es un aspecto fundamental de la existencia, un intercambio necesario y obligado para garantizar al mundo armonía y continuidad. De lo contrario, corremos el riesgo de convertirnos en una especie de habitaciones vacías, ocupadas tan solo por nosotros mismos, personas egoístas, capaces de devorarnos el corazón a mordiscos con tal de no ofrecérselo a los demás desinteresadamente.

Qué extraño, uno se imagina que en el salón de una peluquería lo normal es que reine el alboroto: la radio sintonizada en una emisora al azar, el agua que cae de los grifos, el resoplido eléctrico del secador de pelo, el vocerío de las clientes en espera, el teléfono que suena, el ruido rítmico y constante de las tijeras... Por el contrario, esta mañana el silencio es tan denso e innatural que un golpe de tos resultaría tan clamoroso como un choque en la autopista.

La cuestión es que a la señora Haines no le gustan las chácharas mientras la peluquera se esmera en ocultar con un tinte negro las raíces de sus cabellos con canas. De modo que permanece callada, y el silencio se expande por todo el salón como una niebla pesada.

De repente, todo ocurre justo en un momento: Lynne se acerca al quiosco y compra un periódico. En primera plana aparece la foto en blanco y negro de una mujer. Una Medusa moderna. Sus ojos son una pura y auténtica representación del mal. Cuatro letras tan solo destacan en caracteres cubitales: *DEAD*, escrito a toda página, para anunciar una muerte esperada y deseada por millones de personas.

Las manos de Lynne empiezan a temblar a causa de la emoción.

¡Por fin ha muerto! Por fin ya no está en el mundo, ¡ha dejado de existir y ya no podrá hacer daño a nadie nunca más!

No ha sido Dios quien la ha matado (porque si Dios hubiera podido lo habría hecho mucho antes de que ella destruyera tantas vidas), sino una infección pulmonar, causada por el exceso de cigarrillos. Eso es lo que está escrito en el periódico: está escrito que pronto será incinerada y que, poco antes de su fallecimiento, el cura le concedió la extremaunción. Quién sabe, acaso la haya absuelto incluso de sus atroces pecados, ¡haciéndole concebir la ilusión de que eso bastaría para salvarla de las manos del diablo!

Lynne, en cambio, espera que anoche, para recibir a semejante zorrón, las puertas más imponentes del infierno se hayan abierto de par en par, y que una larga alfombra roja haya sido expresamente tendida en su honor por el propio demonio. Mientras piensa estas cosas, se da cuenta de estar tan excitada que es incapaz de contener toda esa alegría dentro de ella. Una noticia de ese calibre no puede vivirse en soledad, hay que compartirla, necesita correr a abrazar a alguien, necesita gritar de rabia y de alegría; pero no a solas. Esa es la razón por la que Lynne, instintivamente, entra en el salón de belleza, justo mientras la peluquera está acabando de aplicar el tinte negro sobre las raíces blancas de la señora Haines. Abre la puerta de golpe con la potencia de un tanque, y grita:

—¡Myra Hindley ha muerto!

Su vecina y la peluquera se vuelven inmediatamente a mirarla. A la señora Haines le molesta la interrupción, pero siente cómo la emoción crece dentro de ella. La peluquera, en cambio, chilla de alegría y da un brinco con el pincel todavía en la mano, es una noticia realmente extraordinaria, la mejor posible en una jornada gris como aquella. Al final, tampoco la vecina se resiste a la tentación de ponerse de pie, aun sabiendo que el tinte, que le gotea por el protector de plástico que lleva puesto alrededor del cuello, acabará por mancharle la falda y acaso también las medias tupidas. Pero ¿qué importa, ahora? ¡Myra Hindley ha muerto! A tomar por culo la falda. ¡Y a tomar por culo las medias también!

Lynne ha empezado a contar todos los detalles que ha leído en el periódico.

—Espero que sus cenizas sean arrojadas al primer váter que encuentren —comenta la señora Haines nada más enterarse de la cremación. Y, pese a ser una ferviente católica, añade que le gustaría darle de bofetadas al sacerdote que le ha concedido los sacramentos.

—¿Cómo? ¡La extremaunción! —exclama la peluquera, con la certeza de que para alguien como Myra Hindley el perdón debería estar prohibido.

¿Qué perdón puede haber para una mujer que ha matado a niños con tal de sentirse omnipotente? ¿Qué piedad puede alguien sentir por una novia devota capaz de mirar complacida al megalómano de su compañero descuartizar a golpes de hacha a un jovencísimo aprendiz, sirviendo de testigo impasible al absurdo de una muerte tan atroz? Y, por último, ¿qué extremaunción puede concederse a quien escondió debajo de la cama a un registrador, para poder volver a escuchar una y mil veces los gritos desesperados de la pequeña Lesley Anne Downey mientras era violada, torturada y al final estrangulada?

¡Aquellas grabaciones infernales —que durante el proceso habían provocado escalofríos, lágrimas y desmayos—, Myra Hindley, probablemente, las escuchaba delante de la chimenea, con una sonrisa diabólica, para montar luego en el coche, conducir hasta los Moors y hacer que su novio la fotografiara sobre las tumbas de sus víctimas en poses místicas y provocativas!

Esa es la razón por la que, hoy, los ingleses se sienten felices de que ella haya dejado de existir para siempre. Esa es la razón por la que esta noche se organizarán en Londres procesiones de velas y todos celebrarán su desaparición del mundo abrazándose, incluso Lynne y su vecina de casa, que ahora lo están haciendo por primera vez.

La muerte de Myra Hindley las ha unido finalmente también a ellas, en un instante mágico que Lynne ha hecho posible gracias a su entusiasmo y a su deseo de compartir; con la certeza de que el mayor privilegio, en este mundo gélido y sin esperanza, es el de conseguir que salte una chispa, una emoción capaz de lograr que nos lata con más fuerza el corazón.

Al acabar su turno de trabajo, Imi y Jordi van a menudo a la estación de Waterloo, pero no lo hacen para coger el tren; lo que pretenden es aprovecharse de las campañas publicitarias promocionales organizadas a diario en el atrio de la estación y llevadas a cabo por un ejército de patinadoras que giran incansablemente entre los andenes distribuyendo muestras gratis de aperitivos salados, bebidas, detergente para los platos, suavizante, pasta de dientes y otras maravillas. La distribución empieza a las seis en punto: una hora emblemática en Londres, en el que casi todo el mundo acaba de trabajar y se dispone a regresar a casa.

Con el tiempo, Imi y Jordi se han convertido en unos auténticos profesionales de las muestras gratuitas. Deambulan con astucia entre los andenes y consiguen que cada una de las patinadoras les dé como obsequio todo lo que aquel día se reparte. Han aprendido a llamar la atención lo menos posible y, en cuanto reciben el regalo, lo esconden en la mochila.

Compiten entre ellos para ver quién logra más productos. El recuento y la proclamación del ganador tienen lugar, más tarde, en la escalinata de entrada de la estación. Jordi gana casi siempre; pero Imi cada vez lo hace mejor, y hoy incluso ha logrado que una misma patinadora le diera dos latas de refresco, dado que, evidentemente, en la confusión, no lo ha reconocido.

Imi no logra explicarse el motivo por el que ciertas empresas deciden regalar sus productos en las estaciones de los trenes. Jordi, entonces, le dice que el marketing es una ciencia compleja y que repartos en masa semejantes seguro que resultan convenientes a la larga para las empresas promotoras.

A él, sin embargo, tanta misteriosa generosidad sigue pareciéndole un milagro, capaz de transformar su dormitorio en un almacén lleno de productos por los que no ha pagado.

Lynne se queda siempre sorprendida por la precisión con la que Imi alinea el botín acumulado en las numerosas estanterías disponibles. Y le asombra el hecho de que lleve un minucioso registro para catalogar el valor de todo el botín con el que logra hacerse cada día.

El concepto de orden Imi lo ha aprendido en el orfanato de Landor desde que era niño. Como Ada neni, por lo demás, también él está convencido de que el desorden es la casa de la desgracia, y de que en el caos tan solo puedan reinar el vicio y la depravación.

Lynne le está explicando a Imi los grandes beneficios que Proper Coffee obtendrá de sus clientes misteriosos. En su opinión, el verdadero motivo de esa puesta en escena es poder identificar a los empleados con los que se corre el riesgo de enfangar el buen nombre de la empresa, para deshacerse de ellos:

–Verás, Imi, en una gran empresa, un empleado descuidado y descortés no daña tan solo la cafetería para la que trabaja, sino que inevitablemente enfanga también la reputación de todas las demás sucursales del grupo.

»¿Te acuerdas de Rebecca Maxwell, la parlamentaria inglesa a la que mataron en una de las *boutiques Q Fashion*? Pues bien, las *boutiques Q Fashion* se resintieron todas de aquel homicidio, registrando una significativa caída de las ventas. Si el asesinato se hubiera producido en una tienda cualquiera (por ejemplo en la lechería de debajo de casa), tan solo esa lechería habría sufrido las consecuencias; en cambio, dado que la parlamentaria inglesa fue asesinada en una *boutique Q Fashion*, ese acontecimiento quedó asociado, en la imaginación colectiva, también con todos los demás puntos de venta de la compañía.

Imi empieza a entender. Esa es la razón por la que Andrew y Victoria tienen siempre miedo a disgustar a los clientes y les entra el pánico si alguien empieza a protestar.

Ocurrió hace unos días, cuando un cliente se encontró un araña en el sándwich de rúcula y gambitas.

El hombre quiso hablar con un responsable y, de inmediato, empezó a desgañitarse sujetando la araña agonizante entre sus dedos, quejándose del hecho de que era absurdo encontrar arañas vivas en los sándwiches (como si de estar muertas hubiera sido más fácil tolerarlas) y amenazando con informar a las autoridades sanitarias para denunciar el hecho (y mientras decía esto se llevó la mano al móvil, con lo que Andrew casi se desmaya del miedo).

–A ver si puede usted explicármelo, si no le importa –prosiguió el hombre–, ¿cómo es que esta araña ha acabado en mi sándwich?

Pero Andrew permaneció en silencio, con los ojos contraídos por la tensión, y la memoria concentrada en el *Manual del Director* que, sin embargo –a pesar de sus innumerables capítulos–, no contemplaba la eventualidad «Araña en el sándwich».

Y fue solo gracias a Imi que las cosas pudieron solucionarse. Percatándose de todo aquel alboroto, en efecto, se acercó a Andrew, como para protegerlo, e intervino diciendo que en

Hungría, de donde él venía, encontrar pequeños animales en la ensalada siempre se consideraba un índice de calidad. La mejor prueba de que la verdura no había sido tratada con anticriptogámicos o abonos dañinos para el organismo.

Lo dijo con tal pureza y honestidad que, al final, el cliente se tranquilizó y llegó incluso a reírse. Nervioso sonrió también Andrew (aunque tuviera la frente toda sudada, y la camisa –pese a estar oculta por la chaqueta– se le hubiera pegado ya al pecho).

En un país en el que todo ocurre según reglas y manuales que enumeran las posibilidades A, B, C y D, un chico agudo como Imi es precioso, porque tiene los reflejos necesarios para solucionar también los casos Y, F y G; es decir, todos aquellos que ningún manual logrará contemplar nunca.

(...)

Hoy es el último día de plazo para presentar la solicitud de inscripción en la escuela de canto de Budapest. Después ya no será posible que se cumpla el sueño de Árpád.

El director del orfanato es consciente de ello. Acaba de encenderse un cigarrillo, y está muy nervioso. Su despacho es amplio, en perfecto orden; con la bandera húngara y la foto del presidente bien expuestos en la pared principal. Hay diplomas, reconocimientos y honores. Hay fotografías en blanco y negro de niños que ahora ya son adultos, de huérfanos que –entre tanto– se han convertido en padres.

El director se debate entre las dudas. Es verdad, Árpád siente una gran pasión por la música y su oído es realmente extraordinario. Pero es un niño poco capacitado, con dificultades de aprendizaje; y la escuela de canto de Budapest nunca acepta a niños incapacitados.

Quizá le ofrezcan la posibilidad de una audición: Árpád irá a Budapest lleno de esperanzas, y cantará las canciones de Barbra Streisand ante el jurado. Pero será inútil, porque ese mismo jurado, al final, lo estropeará todo con su veredicto injusto. Un veredicto negativo. Que, como siempre, premiará a los niños normales. A los *más capacitados*.

Será eso exactamente lo que ocurrirá, el director lo sabe bien. A pesar de su talento, Árpád quedará descartado, considerado no idóneo para el estudio de la música. Y no importa que su pasión sea enorme, ni importa que su voz sea realmente entonada. Es inevitable: el jurado pronunciará su veredicto negativo. Una circunstancia inútilmente dolorosa para Árpád, una nueva complicación absurda en una vida ya marcada por demasiado dolor.

–¡Maldición! –impreca el director.

Odia tener que decidir por otros.

Odia que sea imposible prever el futuro.

Odia tener que ser el padre de tantos niños sin haber engendrado nunca uno propio. Pero, sobre todo, detesta que la evaluación sobre las cualidades artísticas de Árpád no pueda estar libre de prejuicios.

De modo que cierra los ojos. Confía en que la oscuridad le ayude a decidir. Pero la oscuridad no le ayuda. Y de este modo, coge en sus manos la solicitud de inscripción para la escuela de canto y la observa. El formulario está vacío, lleno de espacios en blanco todavía por rellenar. El director quisiera empezar a rellenarlos todos. Quisiera hacerlo ahora, pero tiene demasiado miedo a que Árpád pueda sufrir una vez más.

Y así, cuando el muchacho, lleno de esperanzas, le pida noticias sobre la escuela de canto, él no podrá reunir el valor para decirle la verdad. Se refugiará en el arte de los poderosos: el de cambiar de tema.

Dirá: «Todavía no se sabe nada», o bien: «Es necesario tener paciencia». Se esconderá detrás de

frases parecidas hasta que, un día, Árpád se cansa de preguntar, porque, poco a poco, habrá perdido toda esperanza.

–Nunca lo admitirán –se susurra a sí mismo. Y con rabia apretona el formulario formando una bola irregular. Su despacho está vacío, él se halla solo. Y sin embargo, ahora mismo, se siente observado por miles de ojos.

Son los ojos de un jurado interior, que lo está mirando en silencio y sin escapatoria. Es un silencio doloroso, capaz de sofocar todos los demás pensamientos. El director se asoma a la ventana, quiere mirar los colores del parque, buscar alivio en el amarillo oscuro de las hojas. Tiene miedo de haber tomado la decisión equivocada. Y esta duda lo acompañará mucho tiempo. Como una carcoma de la mente. Que socavará sus signos, con determinada obstinación. Desde ese día, cuando oiga a Árpád cantar las canciones de Barbra Streisand, este hombre se pondrá triste.

Será así una y otra vez, siempre e inexorablemente.

Ahora es de noche. Imi está muy cansado y, dentro de poco, se irá a dormir. Antes, sin embargo, escribe una carta a los niños del orfanato:

Queridos niños:

Londres es la ciudad más grande de todas. No podéis ni imaginaros lo bonita y gigantesca que es. No acaba nunca, y está llena de toda clase de cosas.

Pero vayamos por orden: tengo ya un trabajo importante, soy camarero y he empezado a escalar una gran pirámide en lo alto de la cual se encuentra el señor Carruthers, un hombre riquísimo que viaja en helicóptero y que, entre otras cosas, ha conocido a la reina Isabel.

Los clientes del bar son muy amables, lo piden todo por favor y siempre nos dan las gracias cuando les servimos el capuchino. Es bonito ser tratado con respeto.

Mis directores se llaman Andrew y Victoria. Son muy severos y nos hacen trabajar mucho. Para compensar, en cambio, al final del día, si hay sándwiches a punto de caducar o mini panettoni que no se han vendido, podemos llevárnoslos a casa. Nos dan tantos que algunos se los dejamos a los mendigos del puente de Embankment.

Otra cosa. Andrew debe de ser una persona muy desmemoriada. La primera vez que nos vimos le expliqué que no tenía padres. Y me pareció que lo sentía mucho, soltó un montón de frases como: «¡Oh, Dios mío, Imi! ¡Es algo terrible! ¡Pero qué desgracia!». Después, sin embargo, algunas semanas más tarde, me preguntó cuándo iba a regresar a Hungría a ver a mi familia. Entonces le repetí que era huérfano, pero ya no se acordaba. Era como si no se lo hubiera dicho nunca. De manera que repitió de nuevo: «¡Oh, Dios mío, Imi! ¡Es algo terrible! ¡Pero qué desgracia!». En resumen, que parecía de verdad como estar viendo la misma película otra vez.

¿Os acordáis de cuando os hablaba de Austria? Pues eso, Londres es aún más grandioso. En el centro de la ciudad hay una noria panorámica que es una locura, es completamente transparente y, cuando estás arriba, te da la impresión de estar volando. Jordi (un amigo mío español) y yo hemos montado ya tres veces durante la pausa de la comida (la cafetería está justo allí delante, al otro lado del río). Jordi es un chico muy simpático, aunque algo extraño, y le gusta enredar un montón las cosas. Un poco como la vecina de Lynne. Pero vayamos por partes, de lo contrario me confundo. Os estaba hablando de Jordi. Tiene un par de años más que yo y conoce Londres

estupendamente. Hemos ido juntos al teatro Vaudeville para ver una comedia con el niño que hizo Solo en casa. ¿Os acordáis? Ahora ya es mayor, pero sigue pareciendo que es pequeño, la verdad, y tiene voz de pato. En determinado momento, me dio mucha vergüenza porque estábamos sentados en primera fila y él se quedó en calzoncillos mientras recitaba. Las entradas eran carísimas, pero Jordi le dijo a la taquillera que éramos estudiantes, así que nos dejaron entrar a mitad de precio.

Madre mía, la de cosas que tengo que contaros; me da la impresión de que hoy no me dará tiempo. Hay una cosa, sin embargo, que no puedo dejar de deciros: Jordi vive en el barrio de Vauxhall, donde hay dos edificios enormes, todos de cristal. Parecen la casa de Batman en Gotham City. El primero es la sede de los servicios secretos. El otro, en cambio, se llama St George Wharf, y es uno de los edificios más exclusivos de toda Inglaterra. Jordi me ha contado que, en los pisos más altos, hay viviendas con piscina privada e invernaderos repletos de plantas trepadoras. Cuestan una infinidad de florines y en ellas viven todas las personas más ricas de la ciudad.

Jordi me ha dicho también que en Londres hay un montón de personas multimillonarias y, como yo no me lo creía, me llevó a una tienda donde las alcachofas cuestan treinta libras cada una y los pollos se venden a peso de oro. Como nosotros también queríamos jugar a hacernos los ricos se nos ocurrió comprarnos lo que fuera entre todos los productos, el menos costoso: una fresa. El frutero era un señor anciano, elegantísimo, llevaba un delantal color burdeos de franjas blancas y un sombrero del mismo color; parecía como si se fuera a ir a una fiesta de disfraces. Nos preguntó: «¿Qué desean los señores?», y Jordi le dijo –sin reírse– que quería una fresa más bien grande y no demasiado madura. De modo que el frutero –con aire profesional– empezó a rebuscar en el cestito que tenía delante y, una vez localizada la fresa más adecuada, la metió en una bolsita de papel transparente; luego la cerró con un lazo de rafia y le pegó una etiqueta adhesiva con el precio. Cincuenta gramos de fresa: ¡dos libras! ¡Un verdadero robo!

La tienda está en Sloane Street. Jordi dice que en esta misma calle arrestaron a un escritor importante porque iba con hombres. Pero eso ocurrió hace mucho tiempo, y la verdad es que tampoco me acuerdo de su nombre.

La zona en la que vivo es muy bonita. La señora Lynne es siempre muy amable conmigo y nos lo pasamos en grande tomándole el pelo a su vecina: una loca obsesionada con los filtros del lavabo y otras cosas parecidas. En resumen, todo va a maravilla. La única cosa fea me ocurrió en unos grandes almacenes. Jordi y yo fuimos allí con la esperanza de encontrar alguna buena oferta; bueno, pues estábamos allí, metidos en el probador, y Jordi –para pagar menos– intercambió la etiqueta del jersey con la de una sudadera. Fue una suerte que la cajera no se diera cuenta de nada. ¡Pero la verdad es que yo estaba temblando de miedo! ¡Y después, además, me sentí culpable durante todo el día!

¡Desde luego yo no he venido a Londres para convertirme en un ladrón!

Ahora sí que me tengo que ir a dormir, de lo contrario mañana estaré hecho unos zorros cuando suene el despertador. Espero que todos vosotros estéis bien y que también los hámsteres y las tortugas estén bien. Os mando un abrazo fuerte.

Con todo cariño,

Imi

Los clientes que acuden habitualmente a la cafetería de Imi se presentan siempre a la misma hora, tienen prisa y se impacientan con facilidad. Un señor delgado y con gafas gruesas pide un expreso doble y un cruasán relleno de mermelada; come muy deprisa, se bebe el café de un solo trago y se mancha de migas el abrigo, igual que un niño pequeño. Imi lo ha apodado «Pulgarcito». Una mujer más bien robusta y con las cejas pintadas pide un vaso grande de leche manchada y un *panettone* pequeño a la cereza, lo moja y cuando algún trozo se le escapa de los dedos ella lo recoge con la cucharita antes de que se sumerja en la leche deshaciéndose del todo. Imi la ha apodado «la golosona». Un empleado de banco con la cabeza afeitada y barba pide siempre que su café americano le sea servido bien caliente (lo recalca siempre que viene, con cierta autoridad). Tiene la uña del dedo meñique más larga que las demás y el cuello de la camisa siempre perfectamente planchado. Imi ha encontrado un apodo también para él.

Tal vez a causa de las prisas, los clientes habituales son menos amables que los demás y nunca dejan propina. Los turistas, por el contrario, felices por estar de vacaciones y emocionados por la grandiosidad de Londres, dejan a menudo alguna moneda en el cestito que Imi ha colocado astutamente bien a la vista entre la caja y la barra del bar. Una pequeña irregularidad, que el manual del café no consiente, pero que Andrew ha decidido dejar correr.

Entre todos los clientes habituales, tan solo uno se toma la molestia de intercambiar algunas palabras con los camareros. Es un chico que viene de Oriente Medio. A Imi le gustaría preguntarle de dónde es exactamente, pero hay siempre mucha gente y no le queda más remedio que darse prisa en preparar los capuchinos; de lo contrario, los pedidos se acumulan y las personas empiezan a protestar. Especialmente a la hora de la comida, cuando todos van con prisas y se impacientan ante cada mínimo retraso.

Morgan –este es el nombre del chico– trabaja desde hace ya años en una librería no muy alejada del café. Sus ojos, oscuros y profundos, parecen pintados de negro con un lápiz fino.

Hoy, aprovechando un inesperado momento de calma, Morgan ha invitado a Imi a pasarse por la librería para la presentación de la nueva novela de Nadine Gordimer.

Imi no sabe quién es Nadine Gordimer, y con su habitual candor lo confiesa.

Morgan se queda sorprendido:

–¿Conoces a David Beckham? –le pregunta.

E Imi le contesta que sí, que a Beckham lo conoce bien.

–¿Conoces también a Elton John?

–Claro que lo conozco; ¡es un cantante famosísimo!

–Y ¿si digo Leonardo Di Caprio?

–¡Venga, hombre! Eso es demasiado fácil, ¡todo el mundo sabe quién es Leonardo Di Caprio!

–En definitiva, que conoces a toda esa gentuza y, en cambio, ¿no has oído hablar nunca de Nadine Gordimer?

–No, no la conozco. ¿Por qué?, ¿quién es?

–Es una escritora muy importante, ¡ha ganado el premio Nobel de Literatura!

–¿Y qué es eso del Nobel?

–Pues sí que estamos bien... pero ¿dónde has vivido hasta hora?

–En Hungría, en un orfanato...

Andrew, mientras tanto, se acaba de dar cuenta de que la conversación entre Imi y Morgan se está prolongando demasiado. Una circunstancia desaconsejada por el manual del café, que prevé que los empleados sean *amables* con los clientes, pero no *amistosos*.

Por esa razón, ahora él se dirige hacia donde están, con una sonrisa de circunstancias:

–¿Todo en orden? –pregunta molesto.

Imi le contesta que sí, y le informa de que el viernes por la noche Nadine Gordimer presentará su nueva novela en la gran librería del Strand, justo detrás de la esquina.

–¿Nadine Gordimer? –pregunta Andrew como si la escritora sudafricana fuera una desconocida.

Imi no puede resistirse a hacerse un poco el sabelotodo, y con tono de reproche recalca:

–¡Dios mío, Andrew! ¡No me digas que no conoces a Nadine Gordimer! ¡Si es un Premio Nobel de Literatura!

Humillado por su propia ignorancia –puesta despiadadamente en evidencia por un simple camarero–, Andrew decide alejarse con una excusa cualquiera. «Este chico está levantando la cresta demasiado...», murmura para sus adentros y, a pesar de la ayuda que recibió de él en el episodio de la araña en el sándwich, se hace la promesa de ser mucho más estricto con él.

Desde mañana mismo, el cestito de las propinas quedará prohibido: nada de favoritismos ya, nada de excepciones. De ahora en adelante Imi será tratado como todos los demás empleados.

(...)

Esta mañana ha llegado al orfanato un niño nuevo. La policía lo ha traído muy temprano. Ada neni estaba preparando el té en la cacerola. Como cada día: cinco litros de agua, tres bolsitas de té, cuatro cucharadas de azúcar.

El coche de la policía se ha presentado y ha hecho entrega del niño al portero. Ada neni lo ha visto todo por la ventana. El niño no ha llorado. Ha caminado conjunto al portero con la cabeza gacha a través del desnudo paseo del jardín. Al subir las escaleras, ha mirado a su alrededor asustado. Pero no ha hecho preguntas. Los policías han dicho que el niño no habla y que, quizá, sea sordomudo. Anoche su padre fue arrestado a causa de una pelea en el bar de la estación de Gyékényes.

A Ada neni se le da muy bien recibir a los niños nuevos y consolarlos. Pero su habilidad, hoy, no servirá de nada.

Jonatan tiene la mirada rebotante de odio. Está muy delgado, y sus grandes ojos parecen incluso enormes en su rostro de niño.

Son ojos verdes, distantes entre ellos. Y dan miedo.

Están llenos de hastío y de rabia. Ada neni se le acerca. Quiere hacerle una caricia en el pelo, para que se tranquilice. Pero Jonatan aparta su mano. La idea de que alguien le toque le molesta.

Ada neni le pregunta si tiene ganas de tomar una taza de té, o de comer una rebanada de pan caliente.

Él no contesta. Ni la mira. Se queda de pie; con la cabeza gacha y los ojos brillantes, repletos de lágrimas retenidas con orgullo.

La librería para la que Morgan trabaja es muy famosa y acoge las presentaciones londinenses de los más importantes escritores. Él no se pierde nunca ni una y, con los años, ha logrado reunir una gran colección de libros firmados.

Sus colegas podrían hacer lo mismo. En cambio, prefieren gastarse el dinero necesario para la compra de esos libros de otras formas. Como si una pizza, una cerveza o un paquete de cigarrillos pudieran realmente valer más.

Morgan nunca sería capaz de tanta superficialidad. Es un chico distinto, ajeno a las excesivas costumbres que regulan el mundo. Como buen estratega de las pequeñas cosas, ha aprendido a escoger siempre con cuidado entre las miles de posibilidades que el destino le ofrece.

La mayor parte de sus colegas, por el contrario, encuentra más cómodo confiarse al azar. Vivir sin esfuerzo, como ramas secas transportadas por la corriente.

Morgan no. Él siente la responsabilidad de ser plenamente él mismo en cada circunstancia: «No existe viento favorable para las barcas a la deriva». Una frase de Séneca que Morgan, siendo aún muchacho, se apuntó en su diario, convencido de que esas pocas palabras –tan descarnadas y rotundas– le ayudarían en la búsqueda de la felicidad.

(...)

El niño que no habla lleva ahora tres días en el orfanato. En estos tres días no ha hablado nunca, ni tampoco ha comido. Se ha bebido tan solo algún vaso de agua y azúcar que Ada neni, con paciencia, le ha convencido para que se tome.

Si sigue así, habrá que llamar al psicólogo.

El psicólogo viene raramente al orfanato. Se solicita sus servicios solo en casos graves, porque cuesta caro, y dinero no es que haya mucho.

Jonatan mira a Ada neni, mira el vaso de agua con azúcar y mira a los niños que están a su alrededor: odia todo y a todos.

«Ojos malos» lo han apodado.

Y eso a él no le gusta.

Echa de menos a su padre, echa de menos su casa en la aldea de Gyékényes. Echa de menos el trabajo de apicultor. Echa de menos la miel de acacia, dulcísima y transparente como el agua. Echa de menos a su madre. Aunque a su madre, a decir verdad, no es que la eche tanto de menos, porque murió hace muchos años y él ni siquiera la recuerda bien.

Quisiera regresar a casa, ahora. En cambio, debería sentirse feliz por hallarse en el orfanato, su padre está siempre borracho y le pega a menudo. Basta una nimiedad para hacerle perder los estribos. Una vez le dio tal paliza que le rompió el labio superior y el médico tuvo que darle tres puntos de sutura.

Jonatan está ahora rozándose con la lengua esa cicatriz reciente. Debería odiar a su padre por habérsela proporcionado. En cambio, echa de menos a ese hombre, porque es lo único que tiene.

El recuerdo de ese mínimo amor que tan solo él, en el fondo, ha logrado ofrecerle, le ha hecho indispensable a sus ojos.

Cuando se está completamente solo, cuando no se tiene nada con lo que contar, incluso un padre violento puede ser importante, y su repentina ausencia –en vez de proporcionarle alegría– se convierte en causa de un profundo dolor.

Por esa razón Jonatan no habla.

Desde que era muy pequeño, el silencio ha sido su única manera de sufrir.

Para él el dolor es algo íntimo, secreto. Imposible de compartir con los demás.

Imi y Jordi acaban de montar de nuevo en la noria panorámica a orillas del Támesis. Lo hacen a menudo, aunque cueste caro. Observar la inmensidad de Londres desde lo alto les encanta, sobre todo después de una jornada entera preparando cafés y capuchinos. También hoy, como siempre, Imi tiene las manos llenas de ampollas y de quemaduras. Pero ese dolor, ahora, no le molesta, porque, en el fondo, es un mínimo respecto a la enorme emoción que la noria panorámica consigue regalarle. Las tiritas de colores que Andrew le ha proporcionado son realmente alegres y, como sugiere el manual del café, transmiten al ánimo serenidad y optimismo.

Vista desde lo alto, Londres no es ya una maraña de calles, sino más bien un mapa en el que todo aparece diminuto, hasta la cúpula de la catedral de San Pablo.

El giro prosigue, hasta que la noria alcanza su máxima altura e Imi acerca la cara a la futurista cristalera que lo separa del vacío.

En aquel momento, por primera vez, siente con fuerza la nostalgia por su aldea. Vuelve a verlo todo delante de él, y se da cuenta de que Landor es un sitio realmente único y especial.

¿En qué otro lugar del mundo, frente a cada casa, se encuentran expuestas manzanas, galletas en forma de corazón, fresas, moras y frambuesas? Parece difícil de creer, y sin embargo se trata de tenderetes autónomos, uno se sirve solo, y deja las monedas necesarias para el pago en la hucha que los dueños colocan con cuidado junto a la mercancía expuesta.

Nadie roba nunca nada. Los recuerdos continúan reproduciéndose en la mente como imágenes de un álbum interior. Ahora Imi ha comprado una bandejita de moras negras y las está disfrutando una a una. Están muy maduras, su zumo colorado mancha un poco los yemas de los dedos y le gotea por los bordes de los labios.

Imi deja que los recuerdos sigan discurriendo en su interior sin obstáculos: he aquí la plaza principal de Landor, con sus árboles delgados de hojas enormes, que parecen vivas, de lo rugosas que son.

Aquí se encuentra la herboristería de El Unicornio de Plata, cuyo secadero rebosa de plantas medicinales. Es un lugar inusual que a Imi le gusta mucho. Lo que le fascina es el perfume intenso de la lavanda, el de la menta y el de las flores de azahar, el aroma insistente del tomillo silvestre y del resto de hierbas que, en otros tiempos –junto con las plegarias–, eran la única cura posible para todas las enfermedades. Incluso para las más graves.

La noria, entre tanto, ha completado su giro y hay que apresurarse a bajar.

Ahora para el pasado ya no le queda tiempo.

El presente, con su explosividad, borra de la mente todo recuerdo, devolviendo a Imi a su nueva vida londinense, esa con la que durante tanto tiempo estuvo soñando y que, a fuerza de tenacidad, al final, ha logrado hacer posible.

Nadine Gordimer habla en voz baja, casi susurrando. En su sencillez, es una mujer solemne. Morgan la observa y piensa que le gustaría ser como ella. No le envidia la fama, ni el talento, sino más bien la completa serenidad que se desprende de sus gestos y de sus palabras.

También Imi está admirado por Nadine Gordimer: quisiera reunir el valor para hacerle una pregunta. Quisiera preguntarle qué piensa de Proper Coffee. Ella, sin duda, sabría decirle la verdad. También el tiempo, algún día, lo hará. Solo que el tiempo es mucho más lento que una respuesta directa.

Nadine Gordimer, entre tanto, empieza a firmar autógrafos.

Los lectores, con rigor británico, se alinean ante ella en una fila ordenada.

Sin necesidad de sacarlas, Imi cuenta las monedas que le pesan en el bolsillo, ha aprendido a reconocerlas por su forma. La de cincuenta peniques es heptagonal; la de diez, redonda. La libra, en cambio, es gruesa y pesada.

¡Qué suerte! Tiene suficiente calderilla para comprar un libro y transformarlo en un objeto de colección gracias a la dedicatoria personal de la señora Gordimer: «A Imi, con el deseo de que se cumplan todos sus sueños», escribirá poco después la escritora sudafricana, en una letra humilde, diminuta y contraria a su grandeza.

Imi y Morgan están ahora cruzando juntos el puente de Embankment. Morgan quiere que le hable del orfanato, de cómo se vive en un lugar así y de qué reglas rigen. Imi le explica que su orfanato se aloja en un edificio muy antiguo en el que, en otros tiempos, eran adiestrados los cadetes.

La disciplina corre al amoroso cargo de diversas *neni*, que en húngaro significa «tía»: Rita neni, Andi neni, Bianka neni, Ada neni y muchas más.

En un edificio aparte se encuentra el colegio.

Los niños crecen en el amor al deporte y en el aprecio por la naturaleza. Al cumplir su decimoctavo año, se les brinda la posibilidad de emplearse como aprendices en la cooperativa del orfanato. Acabado el largo periodo de tirocinio, los huérfanos salen convertidos en albañiles, carpinteros o ebanistas: encuentran trabajo en las empresas de la aldea y empiezan a formar una familia.

—¿Una ciudad de huérfanos? —pregunta Morgan.

E Imi le contesta que en efecto es así, por más que los huérfanos, más tarde, se conviertan en padres llenos de cariño y de premura por sus hijos.

Morgan quisiera hacerle muchas otras preguntas. Pero Imi lo interrumpe. Siente curiosidad por ese Premio Nobel, quiere saber quién lo entrega y qué se hace para obtenerlo.

Morgan contesta que para ganar el Nobel hace falta tener mucho talento, y que el talento es algo que no se puede aprender, desde luego, porque es un don del destino. Algo inesperado; como cuando hallan un diamante en una cueva africana.

—¿Has visto? Mientras Nadine Gordimer hablaba, el público se ha quedado en absoluto silencio, hipnotizado por la magia de sus palabras.

—Ya lo entiendo, ¡quienes tienen talento crean silencio en la boca de los demás!

—Exacto, Imi, justo como Nadine Gordimer, Ingmar Bergman, José Saramago y Margaret Marshall. También ella, hace ya algunos años, obtuvo el premio Nobel de Literatura. Pobrecilla, tiene cáncer de piel y su rostro está desfigurado por decenas y decenas de cicatrices. Vive en Chelsea y es una cliente habitual de nuestra librería. Yo le llevo a menudo los libros a casa, porque ella ahora casi no sale para nada.

Imi siente curiosidad, quisiera leer algo de la señora Marshall y le pide a Morgan que le aconseje un libro.

Él promete que mañana le llevará uno a la cafetería.

—¡No! ¡No, que si nos ve Andrew nos echará la bronca! Prefiero pasarme a verte cuando acabe mi turno de trabajo. Mejor dicho, si encontramos alguna librería abierta todavía, lo compramos ahora mismo, y puede que la próxima vez que vayas a su casa, consigas que me lo dedique, ¡así yo también empiezo mi colección!

Morgan está sorprendido por la inocencia de Imi y por sus grandes deseos de aprender la vida.

Se acuerda de sus primeros años en Londres. Hijo de inmigrantes iraníes. La casa en Hackney, el contador del gas con el poco dinero que quedaba, el miedo al frío, el hambre, la falsa amabilidad de sus empleadores, las miradas recelosas en los autobuses. También por ello, minuto a minuto, la amistad fermentaba entre ellos con constancia. Crecía rápidamente, como la masa del pan; como de milagro, en el curso de una noche.

(...)

El psicólogo ha venido desde Szombathely y ha hablado con el niño que no habla.

Ha hablado durante una hora y media, y el niño lo ha escuchado todo en silencio.

El médico ha dicho un montón de cosas ciertas e interesantes. Pero a pesar de todo, el niño ha seguido sin hablar. Al final, el psicólogo se ha sentido inútil.

En la inauguración de la retrospectiva sobre Andy Warhol hay al menos mil invitados. Morgan ha llegado de los primeros, se ha sentado en la terraza que da al Támesis y se ha puesto a esperar. No está seguro de que su chica aparezca, es una mujer lunática, imprevisible y muy difícil de entusiasmar. Morgan se vuelve, observa a los invitados dirigirse hacia la primera sala. Los mira uno a uno y se divierte imaginando sus existencias.

Es su pasatiempo preferido, una de las muchas pasiones que le hacen indispensable la vida.

Hay personas de todas las edades y de todos los colores. Hay parejas cansadas que ya no se dan la mano, y hay novios jóvenes con la cabeza llena de sueños y de proyectos. Hay señoras ancianas con el pelo teñido de rojo y amplios brazaletes africanos y hay señores gordos con los botones de las camisas extenuadas por la vastedad de sus abdomenes. Hay también educadísimos niños encorbatados, pálidos, con las ojeras negras y las manitas bien sujetas a las de sus austeros padres. Hay también un chico alto con los labios pintados y las uñas de la mano izquierda pintadas de azul. Morgan lo mira y piensa que en su injusto país de origen los homosexuales son perseguidos y algunas veces hasta asesinados.

Justo en ese momento, Susan le pone una mano en el hombro.

Margaret Marshall está en su casa de Sloane Street. El salón-biblioteca, forrado de libros, es un lugar cálido, siempre, incluso en invierno. Un nocturno de Clara Schumann impregna el cuarto como un perfume antiguo. Las luces encendidas son escasas. A ella le gusta así: vive muy próxima a la oscuridad. Sobre todo hoy que ha debido afrontar una nueva intervención quirúrgica, un enésimo pequeño corte para desfigurarle el rostro, ahora ya lleno de cicatrices.

Dentro de poco, el recadero de Harvey Nichols pasará a traerle lo que ha pedido por teléfono: pan, azúcar, medio kilo de peras, unas hojas de menta fresca y un poco de canela.

Es un chico originario de Oriente Medio, bastante guapo. Siempre inseguro y cohibido con todos. Especialmente con ella.

Antes de entregarle la compra, en el pequeño espejo del ascensor, el mozo se ajusta el nudo de la corbata y comprueba que los cabellos se hallan en armonía entre ellos.

Está tenso, se siente incómodo. Nunca sabe qué decir. Sobre todo cuando la señora Marshall le ofrece un té en esa biblioteca-museo suya, donde él se descubre aún más impreciso y fuera de lugar.

En cambio, a Margaret su desmañada compañía le gusta. Ella, a esas alturas, ya no está en contacto con el mundo, y los jóvenes recaderos son las únicas personas que le quedan con las que mantener un intercambio personal de emociones. No importa, por lo tanto, que el chico sea muy tímido y conteste con monosílabos.

Su aspecto enclenque, sus cejas reducidas a un hilo por manos expertas, el pequeño *piercing* verde en el labio y la forma afeminada con la que cruza las piernas son para ella motivo de estudio y de profundización; y, en su aparente condición ordinaria, despiertan su curiosidad.

Las conversaciones intelectuales, por lo demás, quedan reservadas para el librero: ese sí que es un chico brillante y lleno de talento.

El elegante mozo oriental, de momento, se bebe el té a pequeños sorbos. Sin leche, sin azúcar, sin limón. Y, mientras tanto, contesta a todas las preguntas que se le dirigen, sin hacer nunca una.

Cuando más tarde, por fin, se marcha, en la relativa intimidad que le ofrece el ascensor se mete una mano en el bolsillo de la chaqueta y verifica el montante de la propina, que Margaret le entrega siempre con discreción, poco antes de despedirse.

Ahora Margaret está de nuevo sola. Está pelando las peras que el chico le acaba de traer hace un rato. Una a una las corta en rodajas, las alinea sobre el fondo de una fuente ligeramente untada de mantequilla. Las cubre de azúcar y de canela y las mete en horno. Un postre que preparaba su madre, mantenida con constancia entre las costumbres más apreciadas, hasta la vejez. No tardarán mucho. Dentro de menos de media hora estarán listas. Justo el tiempo para echarle un vistazo al suplemento dominical del *Financial Times*, el artículo de apertura habla de los japoneses y de sus absurdos complejos de superioridad.

Margaret siente curiosidad, está leyendo que los japoneses se consideran una nación de elegidos, y habría seguido leyendo con interés, pero el teléfono suena para interrumpir su concentración.

–*Hello...*

–¡Margaret, *tesoro*, soy yo! ¿Qué tal estás hoy? ¿Todo bien en la clínica? ¿No te habrán hecho daño también esta vez?

–No, Helena. No me han hecho daño, la anestesia local ha funcionado perfectamente. No he notado nada, créeme. Eres muy amable por haber llamado...

–Ya sabes lo mucho que lamento esas operaciones tuyas en la cara. Es una cosa horrenda. ¡Terrible...! Yo no sería capaz de afrontarlas. Lo que quiero decir... es que debe de ser un suplicio. Pobrecilla. En realidad... verás... te llamaba también por otro motivo, hoy nos ha llegado a la editorial una propuesta realmente extraordinaria. Sujétate fuerte: te quieren en el Nueva York Glamour Award para entregar el premio a su trayectoria a Sophia Loren. Y ofrecen 50.000 libras esterlinas, ¿entiendes lo que significa?

–Helena, sabes perfectamente que estas manifestaciones mundanas no me interesan; y además, ni siquiera me gusta la Loren.

–Pero ¿cómo dices eso? *Dos mujeres* la conoce todo el mundo. Es un obra maestra...

–Será tan obra maestra como tú quieras, pero para mí la Loren no deja de ser una mujer vulgarota; mejor dicho, últimamente lo es hasta más que antes.

–Margaret, te lo ruego; ¿sabes cuántos libros se venderían gracias a esos tres o cuatro minutos en mundovisión?

–Helena, acabo de sufrir la enésima intervención quirúrgica; ¿y tú crees realmente que puede interesarme salir en mundovisión premiando a una como la Loren? Si hubiera sido Audrey Hepburn...

–Pero si la Loren es una gran actriz, una mujer fatal. Ha hecho películas con Mastroianni. Es inteligentísima. Genial... y además, en definitiva, es bien sabido: es una persona con sentido del humor, no se da aires de diva como la Garbo o Marlene Dietrich...

–Bueno..., entre otras cosas, porque no puede permitírsele, cómo te lo explico... le falta el porte.

–Caramba, Margaret, porte o no porte, es una ocasión irrepetible. Esa gente te da un montón de dinero, una *suite* en el Four Seasons con el baño de mármol indonesio, el viaje en primera clase...

–¡A ver, Helena! ¿Puedes explicarme por qué debería hacer algo que va contra mis principios?

–¡Porque los tiempos están cambiando! Para existir es necesario llegar al público, entusiasmarlo. Llevamos ya años con la misma tiritera, ¡hoy en día, si no sales en la televisión no eres nadie, no cuentas nada!

–Una razón más para no ir.

–Pero si hasta la reina Isabel sale en tele, desde 1953. Y pronto lanzarán el canal de Buckingham Palace en internet. Y tú, en cambio, quieres seguir viviendo en una torre de marfil, aislada, amiga tan solo de los mozos que te llevan la compra a casa. Para resumir, tu existencia es una pesadilla. Podrías vivir una vida extraordinaria y ¿qué haces en cambio? Te encierras en ese sepulcro que es tu biblioteca a ver películas de Visconti; pero ¡si no hay quien las aguante! Con las películas de Visconti te mueres de aburrimiento. Te sientan mal. Por eso hace tanto que no escribes...

–Si no escribo es tan solo porque ya no tengo nada más que decir.

–Margaret, te lo ruego, hazme al menos este favor: ve a premiar a la Loren a Nueva York. Luego, te lo juro, te dejaré en paz. Es una promesa. Te lo garantizo. Escucha: te acompaño yo. Estaré contigo todo el rato, incluso detrás del escenario, y después de la ceremonia volvemos de inmediato al hotel...

–Helena tengo que dejarte, están llamando a la puerta...

–¡No es verdad, Margaret! ¡No están llamando!

–¡Está bien! He mentido. Pero no cambiaré de idea, aunque tú sigas llamándome cada cinco minutos de aquí a la eternidad.

–La verdad es que...

–La verdad es que tú quieres hacerme ir a esa jaula de grillos vestida como una deficiente con tal de ganar un montón de dinero. Eso es lo único que te interesa, ¡no te importa nada de mí, de mi dignidad, ni mucho menos de mi enésima operación en la cara!

–Pero, Margaret, si ganarías un montón de dinero tú también...

–No me hace falta más dinero.

–¿Y qué hay de la notoriedad?

–Hazme el favor...

–Entonces hazlo para llegar a los jóvenes...

–Que se jodan los jóvenes, son peor que los demás, se pasan todo el día en internet imaginándose la vida en vez de vivirla realmente; y cuando reseñan mis libros en sus blogs dicen que son tristes y aburridos.

–¡Margaret, la verdad es que eres una de las personas más odiosas que he conocido!

–Ya me doy cuenta. Y tienes razón. Soy insoportable; y con esto, si me lo permites, quisiera volver a mi lectura sobre los japoneses. ¿Sabes que creen ser un pueblo superior? ¿Que creen que son mejores que tú y que yo, por ejemplo?

–Margaret, esa no es forma de comportarse, ¡estás echando por la borda una oportunidad de oro a causa de tu orgullo y de tus irascibles manías!

–Helena, tu opinión no me interesa. Deberías haberte dado cuenta ya hace tiempo, me parece.

–¡Gracias, Margaret! ¡Gracias por todo! Como siempre. ¡Gracias!

–Gracias a ti...

–¡Ah! ¡Cuánta razón tienes en darme las gracias; fuimos nosotros los que publicamos tus libros cuando no eras nadie. No lo olvides. En 1953 todos rechazaban tus manuscritos. «La pastorcilla» te llamaban. Mi padre fue el único en creer en tu talento. Sin mi padre no serías nada. ¡El Nobel no lo habrías visto ni con prismáticos! ¿Por qué no lo admites?

–Helena, sabes perfectamente que tu padre me habría desaconsejado participar en una payasada como esa, tu padre era un caballero, era un soñador, por eso le gustaban tanto mis libros. Tú, en su lugar, los habrías rechazado: exactamente igual a como lo hicieron el resto de editores. De ahí que no te deba nada, y tú lo sabes perfectamente. Desde que tu padre murió, no has publicado nada más que porquerías, para ganar dinero. Libros sin futuro, y, entre otras cosas, con un presente muy limitado. Libros que serán barridos por la primera ráfaga de viento. Libros a la moda, pasajeros, como todas las tendencias. Y no piedras miliares de la literatura. Puntos fijos. Destinados a la eternidad.

–¡Eres una víbora, Margaret! Y además, perdóname, ¡estás también un poco alelada!

–Querida mía, ¡la próxima vez que me encuentre con tu padre en sueños, le contaré esta llamada telefónica! Alguien tendrá que decirle que has malvendido su imperio cultural en nombre del beneficio.

Una frase fuerte. Final. Marcada por un clic, la línea telefónica que se interrumpe. El repentino vacío de palabras.

La verdad, a menudo, resulta imposible de escuchar. La gente prefiere esquivarla. Colgar.

Sola, en su casa-museo de Sloane Street, Margaret agradece al destino su temperamento esquivo, que la mantiene siempre protegida de la vanidad y del exhibicionismo.

Los demás escritores no son como ella: su bulimia de fama y de protagonismo los lleva a viajar por el mundo y a presentar sus obras por doquier, casi como si fueran vendedores ambulantes, representantes de aspiradoras o acaso voceadores de feria empeñados en demostrar a las amas de casa la eficacia de exprimidores y batidoras. Presentación tras presentación, cinco, siete y algunas veces hasta diez en una semana en un deambular continuo, necesario para afianzar todo lo posible su popularidad en una suerte de delirio de omnipotencia.

Margaret no es así, a ella le gusta permanecer en la sombra. Los demás escritores aparecen continuamente en la prensa, expertos en todo y en nada, comentando con idéntica autoridad una coche bomba que ha explotado en pleno centro, los ganadores de los Oscar y una repentina onda sísmica registrada en la isla de Jersey. Margaret no. Detesta hacer pública la intimidad de su pensamiento. Y cuando los directores de los periódicos le piden un artículo en relación con esto o con lo otro ella, contesta con amabilidad que no se siente a la altura, y rechaza colaborar.

Por eso, entre otras cosas, a estas alturas, para la mayoría de la gente es como si estuviera muerta.

(...)

Hoy, el niño que no habla por fin ha hablado. Pero estaba solo en el cuarto y nadie le ha oído. Ha ocurrido hace un momento, mientras jugaba con el hámster de Barnabás, el hámster permanecía quieto sobre su mano. Tan solo los bigotes se le movían un poco, con esa especie de temblequeo típico de los roedores. Él ha ido levantando la mano muy despacio, por miedo a que el hámster se asustara, se ha acercado el animalillo a la cara y a media voz le ha susurrado:

–Te quiero mucho.

–¡Lynne! ¡Lynne! ¡Ha ocurrido una cosa terrible! –chilla Imi nada más llegar a casa.

Como de costumbre, Lynne atiende la llamada de su impaciencia y va a su encuentro con ternura.

–¿Qué te ha pasado esta vez?

–¡La directora del café se ha enfadado conmigo y ya no me habla!

–¡Dios mío! ¡Ya te dije que no la contradijeras!

–Pero ¡si yo no la he contradicho!

–Y ¿entonces por qué se ha ofendido? ¿Qué le has hecho?

–¡Nada! Hoy ha venido al café con un nuevo corte de pelo que le sentaba realmente fatal, es la verdad, Lynne; todo el mundo lo decía. Total, que debe de haberse dado cuenta de que todos la miraban de reojo, y en determinado momento me ha cogido por sorpresa y me ha preguntado si me gustaba su nuevo peinado. Yo le he contestado que no. Le he dicho que antes estaba mucho mejor, y que así se parecía a Jessica Fletcher; ya sabes a quién me refiero, a la de la *Se ha escrito un crimen...*

–¡Oh, Dios mío! ¡Imi! ¡La que has montado! ¡Cómo has podido hacer una estupidez semejante!

–Lynne, pero ¿por qué te pones así tú también? Yo no he hecho nada malo. Tan solo he contestado honestamente...

–Imi, aquí no estamos en Hungría. Inglaterra es un país que ha levantado su propio imperio sobre la habilidad con las palabras y sobre lo no dicho.

–Y eso ¿qué quiere decir? ¿Que en Inglaterra es necesario decir mentiras para poder llevarse bien con los demás?

–¡No! No es que se deba mentir, hay que decir la verdad, claro está, pero hay que hacerlo con delicadeza, teniendo en cuenta los sentimientos de las otras personas.

–¿O sea?

–O sea que es necesario aprender a ser diplomático, no se puede tratar a la gente de esa manera. Decirle a una mujer recién salida de la peluquería que se parece a Jessica Fletcher, ¡es echarle un jarro de agua fría! La honestidad puede ser causa de conflictos. Es afilada. Es necesario aprender a dosificarla, a refinarla.

–Pero ¿cómo voy a poder dosificar la verdad? ¡Ni que fuera un jarabe!

–Ponte que yo vaya a ver a la vecina para tomar el té y que la tacita esté sucia.

–Lynne, sabes perfectamente que eso es imposible, esa loca desinfecta hasta las cucharitas...

–Tienes razón. Entonces pongamos el caso de que tú vas a cenar a casa de ese amigo tuyo que trabaja en una librería.

–Ah, sí, claro. Morgan.

–Ese; pues imaginémonos que, antes de sentarte a la mesa, tú vas al baño a lavarte las manos. El baño es un desastre: la bañera roñosa, el váter sucio, el lavabo lleno de pelos. En definitiva, un verdadero asco. Dime, ¿tú que crees que sería apropiado hacer?

–Bueno, ¡pues bajar y decirle a Morgan que no he visto nunca un baño tan guarro!

–Lo ves, ya estás otra vez, esa es la manera más fácil para conseguir que los ingleses te odien...

–¿Y entonces? ¿Qué debo hacer? ¿Es mejor que no diga nada?

–Verás, tienes que aprender a expresarte con diplomacia.

–Y eso ¿cómo se hace?

–Te pongo un ejemplo: después de que te hayas lavado las manos, bajas y te sientas en la mesa; durante un rato haces como si no pasara nada, hablando de otras cosas; luego, en determinado momento, dices: «¡Ah! ¡Hoy estoy realmente cansado, estoy hecho trizas! ¡He estado trabajando en el café todo el día, y cuando he vuelto a casa me ha tocado hacer la limpieza! Una pesadilla: la lavadora, la ropa para tender, por no hablar de los platos sucios... ¡Y además el baño! ¡Estaba hecho un auténtico desastre! ¡Y no me ha quedado más remedio que limpiarlo, no podía dejarlo en esas condiciones...!».

–¿Y qué soluciono con esta payasada?

–Decir las cosas sin decirlas. Dejar a tu amigo con la duda. Se preguntará: ¿está hablando de su baño, o del mío? Y así, sin ofenderlo (y sin exponerte demasiado), conseguirás que tenga la mosca detrás de la oreja, comunicándole *indirectamente* tus perplejidades acerca de la dejadez de su higiene.

–¡Para mí eso quiere decir ser una persona falsa!

–¡Qué va! ¡Quiere decir ser una persona diplomática!

–¡Ah! ¡Esa diplomacia es absurda! ¿Cómo es posible que los ingleses tengan que complicarse la vida con tantos giros de palabras, cuando bastaría con ser sincero?

–Mi querido Imi, cada sociedad tiene sus reglas. Tú has querido venirte a vivir a Londres. ¿Verdad?

–Sí.

–Pues eso. Desde hace siglos los londinenses tienen sus propias reglas. Muchas de estas reglas son absurdas, ya me doy cuenta. Pero esas son las reglas, pese a todo, y si tú quieres jugar a su juego no te queda otra que adaptarte. Si estás de acuerdo, estupendo; de lo contrario, más te vale que te vuelvas a Hungría, porque, lo que es aquí, no tendrás una vida fácil.

–Vale, pero, entonces, ¿qué debería haberle contestado a Victoria?

–Por ejemplo, hubieras podido decirle que el nuevo corte la rejuvenecía mucho, pero que tú estabas encariñado con su aspecto de antes, o bien que aunque su nuevo peinado le daba un aire quizá excesivamente severo, efectivamente, le sentaba muy bien. Cosas así...

–En resumen: una de cal y una de arena...

–Exacto. Y luego habrías debido cambiar de tema inmediatamente. Ella se percataría de que el nuevo corte no te gustaba, pero no se habría ofendida. Eso es todo.

Imi se siente confuso. Esa forma de comportarse le parece inútilmente enrevesada. Y, sin

embargo, se da cuenta de que no tiene elección, deberá aprender pronto el arte de la diplomacia y volverse como los ingleses, las únicas personas del mundo capaces de decir la verdad mintiendo.

(...)

Hoy el niño que no habla es feliz. Su padre por fin ha salido de la cárcel, y dentro de poco vendrá a recogerlo.

Asomado a la ventana del orfanato, con el hámster de Barnabás sobre un hombro, lo espera en silencio. Y de vez en cuando sonrío.

Es una sonrisa amplia la suya. Bonita, aunque arruinada por la pobreza y ennegrecida por las muchas caries.

Morgan está saliendo ahora de la estación de metro de Sloane Square. Esa plaza no le importa. Para él, el barrio de Chelsea es un sitio a desmano, como toda la parte oeste de la ciudad. Él, en cambio, ha elegido vivir en el profundo este. En el gueto de la capital.

El este y el oeste de Londres son dos mundos opuestos. Representan una elección de vida, una etiqueta.

El libro de Dagerman, el que Margaret Marshall había encargado hace tiempo, ha llegado por fin. Un libro descatalogado, difícil de encontrar.

Curioso, Morgan ha leído algunas páginas en el metro. Le está pareciendo un libro atroz, lleno de rabia. A Margaret le gustará seguro. Ella encarga siempre libros que desafían la mente y dejan huellas profundas en la memoria.

–Tengo una entrega para la señora Marshall –dice Morgan al portero, y empieza a subir las escaleras sin esperar siquiera su permiso.

En el angosto espacio de su garita vecinal, entre un infinidad de cartas que revisar y otros muchos encargos que hacer todavía, el portero se concede un instante de perplejidad. Después de quince años de servicio tiene una intuición. Y piensa: «Qué extraño, en casa de la Marshall tan solo entran recaderos». Una circunstancia insólita, que merecería una ulterior profundización. En cambio el portero vuelve casi de inmediato a organizar la correspondencia. «Únicamente recaderos, siempre...», se repite a sí mismo, resignado definitivamente desde hace tiempo a la imposibilidad de conocer los secretos de las personas para las que trabaja.

A pesar de odiar la alta costura y de detestar el absurdo culto de las pasarelas, Margaret siempre ha admirado a Yves Saint Laurent, porque ese hombre melancólico, con sus vestidos un poco ambiguos, ha logrado refinar el mundo, haciendo a la mujer un poco menos mujer y al hombre un poco menos hombre. «No importa lo que vosotros penséis de mí; lo que importa únicamente es lo que yo pienso de vosotros.» Margaret lo leyó una vez en un enorme cartel publicitario de las creaciones del estilista argelino. Una frase poderosa contra el juicio de los demás, útil para cualquiera, pero indispensable para un artista.

En los años que siguieron, nació entre ellos una amistad construida sobre todo de cartas y de llamadas telefónicas. Dos almas muy parecidas: amantes de la soledad y del arte. Dos almas privilegiadas, pero condenadas a la incompreensión y a la incomunicabilidad.

Con ocasión de la entrega del Nobel, más tarde, Yves Saint Laurent creó para Margaret un vestido realmente especial inspirado en las elegantes geometrías del art déco. Un vestido azul ceniza, blanco y negro. Los mismos colores de sus ojos.

Ella se lo puso en Estocolmo durante la ceremonia de gala y luego nunca más. Lo guardaba encerrado en un armario, como una reliquia. Era un vestido de teatral elegancia, adecuado tan solo para grandes ocasiones mundanas, que en el resto de su vida no se habían vuelto a presentar. Dado que ella, de punta en blanco, había elegido la soledad, una soledad buscada, consciente, sin dolor. «La soledad es temida por los débiles, porque desvela los miedos, y saca a la luz los límites y los defectos de la personalidad», escribió en su primer libro. Y también: «La compañía es distracción. La soledad nunca».

Tanto desdén por la vida social no le impide aguardar la llegada del joven librero: Morgan, un chico de origen iraní, guapo, con ojos de adivino y manos largas, ahusadas, como las del hijo que hubiera querido tener, pero que el destino le había negado. Esa secreta impaciencia de verlo, Margaret la custodia en su interior sin admitirla nunca, por miedo a desvelar la naturaleza imperfecta de esa aparente serenidad que la soledad garantiza a sus seguidores.

Ahora él está subiendo el último tramo de escaleras a toda prisa, quiere hablarle a Margaret de Imi, de Nadine Gordimer y de su novia Susan. Qué raro: hoy la puerta de casa está ya abierta. Nunca antes había ocurrido.

–Entra, entra –dice Margaret en voz alta desde su salón-biblioteca. Morgan advierte de

inmediato que el habitual perfume de lavanda se desprende con delicadeza del piso.

–¿Ha llegado el libro de Dagerman?

–Aquí está, por fin –anuncia Morgan en un tono ligeramente triunfante, mientras con pasos ágiles cruza el largo pasillo flanqueado por cuadros extraños que él, a decir verdad, es incapaz de apreciar.

Margaret abre el libro y lee una frase al azar:

–¡Ah! ¡Cuánto me habría gustado escribir estas palabras! –exclama con algo de pesar. Luego pregunta–: ¿Té o café?

–Té –contesta Morgan mientras se sienta en una vieja butaca, tapizada con una tela roja ahora ya desvaída.

–¿Qué tal va todo por la librería?

–Bien; el otro día vino Nadine Gordimer.

–¡Qué mujer tan serena, parece un copo de algodón!

–Es verdad, estuvo leyendo algunas páginas, en voz baja, y contestó tímidamente a las preguntas. Sin hablar nunca de sí misma, ni una sola vez siquiera.

–Y eso confirma su grandeza.

–Yo estuve con un muchacho húngaro, un huérfano.

–Y ¿dónde lo has conocido?

–Trabaja cerca de mi librería, en una cafetería de Proper Coffee.

–¡Oh, Dios mío! ¡Están por todas partes ya, es insoportable! Una sucursal ha abierto también aquí detrás, en lugar de una vieja pastelería que hacía los mejores *shortbread* de todo el Reino Unido.

Morgan sonríe. Tampoco a él le gustan las cadenas de cafeterías, son impersonales, sin historia ni tradición.

–¿Sabe que hace poco han abierto una sucursal también en Francia?

–¿En París?

–En París. Sí. En el bulevar Saint-Germain; es increíble. Justo junto al Café de Flore.

Margaret abre los ojos.

–¡Sartre y Simone de Beauvoir se estarán revolviendo en sus tumbas! ¡Te imaginas a los existencialistas reunidos en un Proper Coffee para tomarse un mini *panettone* a la cereza, o a Juliette Griego que pide una leche manchada para llevar mediano con nata doble?

Margaret continúa imaginando con sarcasmo aquella paradójica eventualidad:

–¡Buenos días, señora De Beauvoir! ¿En qué puedo serle útil esta mañana? Y cuando ella pide un Croque Monsieur, el camarero le dice con una sonrisa de manual: «*Je suis desolé, Madame, Proper Coffee n'a pas de Croque Monsieur!*». Y, como alternativa, le propone un sándwich de rúcula y salmón. ¡Ay, Morgan..., adónde iremos a parar!

–En cambio, el chico huérfano, Imi, parece contento de trabajar para ellos, deben de haberle hecho un lavado de cerebro a fuerza de manuales, de premios y de políticas empresariales...

–¡Pobrecillo!

–Dese cuenta, señora Marshall, se le ha metido en la cabeza que quiere hacer carrera y convertirse en director de una cafetería.

–Si es lo que le apetece; ¿cuánto azúcar en el té?... No... tú lo quieres con miel, ¿verdad?

Morgan sonríe, le gusta que la señora Marshall se acuerde de sus preferencias. Le da las gracias con un gesto de la cabeza, luego sigue hablando:

–El muchacho húngaro del que le hablaba tiene un deseo irrealizable. Sueña con vivir en el St

George Wharf, ¿conoce usted el nuevo edificio que están construyendo junto al de los servicios secretos, al final del puente de Vauxhall? Dice que le parece la casa de Batman...

—¿Eso es todo? ¿Convertirse en director de una cafetería de serie y vivir en un palacio de nuevos ricos?

—Verá usted, ha vivido durante dieciocho años en una pequeña aldea de Hungría, es inevitable que edificios como ese le parezcan maravillosos.

—¡Entonces llévatelo a Canary Wharf!

—Tiene razón. No lo había pensado, ¡se quedará estupefacto en medio de tantos rascacielos!

—Una curiosidad, ¿cómo es que vosotros dos os habéis hecho amigos?

—En parte por casualidad. En parte lo ha querido el destino. En definitiva, que me he sentido a gusto con él desde el principio. Ambos somos inmigrantes y él me hace pensar en las dificultades de mis primeros años en Londres. La imposibilidad de entender la mentalidad de los ingleses, las complicadas reglas no escritas, su exceso de diplomacia. Eso es, tal vez sea esa la razón por la que le he cogido cariño. Y además, su espontaneidad me despierta ternura. Es un chico puro: incompleto todavía. Dese cuenta, ni siquiera sabía quién era Nadine Gordimer.

—Como la mayoría de los chicos jóvenes...

—Sí, pero él es realmente naïf, y además tiene una forma muy graciosa de equivocarse con las palabras.

—¿Por qué? ¿Cómo es que se equivoca?

—No sé, dice que siente un miedo *contumaz* en su interior, o que se está *operando* para conseguir que algo sucediese a tiempo.

—Qué tesoro...

—Está enamorado de Londres, cree casi que ha llegado al paraíso.

—¿Y tú no le has explicado que, en cambio, ha venido a habitar a una picadora de carne?

—Y ¿por qué habría de hacerlo? ¿Para qué destruir sus sueños?

—Por amor a la verdad.

—¡La verdad! ¡Claro! Pero a él la verdad pura y dura no le bastará, querrá saber más. Comenzará con sus miles de porqués.

—Y tú le cuentas que Londres es un desierto emotivo por culpa de los bancos.

—¿De los bancos?

—Desde luego, Morgan. Está claro: en Inglaterra los bancos conceden préstamos a diestro y siniestro, sin exigir demasiadas garantías.

—¿Y qué tiene que ver eso con el egoísmo general?

—Te hacía más agudo, muchacho mío: este es un país de gente que se endeuda hasta al cuello porque es incapaz de contentarse con lo que tiene. Parece que aquí, para sentirse vivo es necesario consumir, gastar y comprar continuamente. En definitiva: construirse una felicidad inestable basada en la posesión.

»En una sociedad así, en primer lugar se sitúa el trabajo, todos trabajan como locos: nueve, diez y hasta once horas al día. Y cuando los directivos ofrecen horas extraordinarias se aceptan siempre y sin condiciones. Lo extraordinario se convierte en oxígeno para quien ha comprado sin límites, y se ha endeudado hasta la penuria más absoluta. Hasta perder de vista la verdadera razón de la existencia.

Morgan permanece inmóvil en la enorme poltrona que lo envuelve. Lo que la señora Marshall acaba de decir da mucho miedo. Y sobre todo da miedo darse cuenta de que el hombre es esclavo de sus deseos.

Lo mejor es volver a hablar de Imi:

–Ese chico, el huérfano –dice–, ha comprado un libro de usted, y se sentiría un privilegiado si le escribe una dedicatoria personal.

–Desde luego, déjalo allí encima. Intentaré poner algo adecuado a su caso. ¿Y en cuanto a lo demás?, ¿qué tal las cosas con tu chica? La otra vez me dijiste que no conseguías que se enamorara de ti. ¿Por qué?

–No lo sé, el caso es que Susan está siempre triste, y cuando le propongo que hagamos algo juntos dice que no le apetece, que le parece una imposición...

–Así que es una mujer gato, vaya.

–¿Susan?

–Claro, si tú te topas con un gato la mejor manera de asustarlo es correr a su encuentro. ¡Te ve venir hacia él y huye! No importa las buenas intenciones que tengas. El gato no lo entiende: es instintivamente receloso. En cambio, si tú te quedas parado y extiendes delicadamente la mano hacia de él (mirando hacia otro lado, como es lógico), verás como antes o después el gato se te acerca, porque, por naturaleza, quiere tener el control. O, por lo menos, necesita creer que es así.

–Eso está claro; pero, y con Susan, ¿qué? ¿Qué tengo que hacer para comprometerla?

Margaret sonrío:

–Mi querido Morgan, la seducción es un arte. No es casualidad que la palabra «seducir» se derive del latín SE-DUCERE, literalmente, «conducir hacia uno». Para seducir a Susan, bastará con despertar su curiosidad. Y, si sabes hacerlo bien, verás cómo ella te sigue a cualquier parte.

–Por ejemplo: yo le pido a menudo que se venga a Lyme Regis conmigo. Pero ella se niega...

–Pues sedúcela, dile que tienes nostalgia de un buen paseo entre los guijarros a orillas del mar, o que, por ejemplo, te apetece mucho el *apple crumble* que hacen en cierto café cerca de la playa. Luego le comunicas que has sacado un billete de tren de más, por si acaso quisiera venirse ella también. Debes decírselo así, como si fuera una cuestión secundaria. E, inmediatamente después, debes cambiar de tema. Hablar de otra cosa. Ya verás cómo retoma el asunto para decirte que le apetece ir a Lyme Regis a ella también.

La señora Marshall tiene razón. Susan es realmente una mujer gato, y Morgan deberá aprender a aceptar sus reglas para lograr amarla de manera completa y respetuosa.

(...)

Ahora el niño que no habla está con su padre. El tren ha dejado hace rato la estación de Szombathely y en menos de una hora llegará a Gyékényes. Su vagón, gris, atraviesa una campiña áspera, pantanosa, plana, rica tan solo en cuervos negros. Es un paisaje de lo más tranquilo, no hay ni casas ni calles. En Murakeresztur, el tren se detiene un minuto tan solo; sube una chica con dos vistosos pendientes naranjas. La estación, soviética en todos sus detalles, exhibe con orgullo – y bien a la vista– su propio nombre escrito en azul sobre gruesos cubos de plástico blanco iluminados por lámparas de neón. Por las ventanillas abiertas entra el olor de la tierra arada hace poco.

La cercanía de la localidad de Gyékényes queda atestiguado por un cartel enmohecido. La estación, enorme, está desierta, durmiente. Hay una docena de andenes (casi todos en desuso) y una marquesina desvencijada, poblada de nidos de golondrinas.

La sala de espera y la taquilla son una sola cosa, las ilumina una única e insuficiente bombilla. El limitado cartel de las salidas y de las llegadas es un desordenado *collage* de hojitas. Entre los numerosos nombres de las aldeas húngaras, los de Zagreb, Budapest, Viena y Venecia destacan con cierta evidencia. Igual que en la estación de Landor, también aquí un reloj negro, de plástico, marca las horas rodeado de tupidas telarañas, pobladas por espantosas arañas. De minuto en minuto, el golpe seco de la aguja más larga resuena en el absoluto silencio de la sala vacía. Las paredes están recubiertas de letreros, y las puertas de los baños enumeran los números telefónicos de las prostitutas, junto con las tarifas de sus prestaciones. Al lado del váter, una vieja escobilla ha sido colocada de cualquier manera en el fondo de una botella de Coca-Cola cortada por la mitad.

Fuera de la estación, los árboles acogen gran cantidad de anuncios, en su mayoría escritos a mano en hojas volantes clavadas de mala manera en la corteza con una chincheta de dibujo. Se vende de todo: desde estufas a cocinas de gas, desde huevos de gallina a leña para hacer fuego.

Las calles secundarias no están asfaltadas, y basta un breve temporal para transformarlas en pantanos. Las numerosas viviendas medio en ruinas, protegidas por perros enjutos y agresivos, ocultan historias de dolor y de privación. Algunas han sido abandonadas y la hiedra ha acabado por enfilarse a través de los cristales rotos y colonizar su interior. Al mirar estas casas espectrales, de siglos de antigüedad, con los tejados inclinados, las chimeneas tambaleantes y los muros llenos de grietas, uno se pregunta cómo es posible que no se derrumben.

En una de esas frágiles casas, la peluquera recibe a su clientela. Horarios y precios están resumidos en un cartel pegado con papel celo en la ventana de un dormitorio, debajo de la cual escarban gallinas ya ancianas.

También el cementerio, en Gyékényes, resulta turbador. Lo son las flores falsas que

ornamentan las tumbas, pero sobre todo lo es el tremendo aviso latino que descuella en la entrada. MEMENTO MORI, en la eventualidad de que los visitantes se olvidaran de la irremediable cita con la muerte.

Parece este un lugar que ha dejado de existir hace un siglo. Un lugar imposible, fuera de toda realidad. Por el contrario, Gyékényes existe realmente. Y pensar que, en otros tiempos, pasaba por aquí el Orient Express. El tren de los multimillonarios. Hoy, en cambio, la estación está casi en completo desuso y sus enormes andenes están llenos tan solo de herrumbre y de deterioro.

Un absurdo carillón anuncia la llegada del tren.

El niño que no habla y su padre se bajan.

El niño se siente feliz. El padre, no.

A lo largo del camino hacia casa hay barro por todas partes, porque anoche llovió.

Una prostituta está sentada en un automóvil blanco, fumando un cigarrillo que tiene el filtro manchado de su carmín.

En los patios de las casas, las gallinas corretean de un lado a otro, agitándose sin razón.

–¡Papá, mira! –exclama Jonatan señalando una lagartija.

Pero el padre de Jonatan no le hace caso.

Jonatan, entonces, le coge de la mano. Se siente realmente feliz de tenerlo nuevamente a su lado.

–Te quiero mucho –le dice.

Pero es inútil. Porque su padre es incapaz de emocionarse ante la pureza de aquellas palabras.

**Tartas, sándwiches y
otras bondades del café**

Jordi se dispone ahora a servir una porción de tarta de fresas al cliente que tiene delante. Cortarla bien no es fácil. Jordi e Imi lo hacen siempre con una cierta aprensión, hace falta pulso firme para hacerlo, y conviene dar un golpe seco, sin demasiada vacilación. La pastaflora es muy delicada: basta con nada para que la fina capa que forma la base se quiebre. Exactamente como ocurre ahora, mientras Jordi intenta colocarla en el platito, el trozo se le resbala sobre la barra y se rompe.

–¡Al diablo! –murmura Jordi. Y se apresura a cortar una porción nueva, íntegra esta vez y aceptable para ser ofrecida al cliente.

Imi, mientras tanto, está eligiendo su almuerzo entre las numerosas exquisiteces disponibles en la cafetería. Quisiera coger un poco de todo, pero debe estar atento a no superar el límite de siete libras que prevé su bono de comidas, de lo contrario, deberá pagar la diferencia de su propio bolsillo.

–Imi –le dice Jordi–, cógete también ese trozo de tarta, se ha roto mientras lo cortaba y en el manual está escrito que en ese estado ya no se puede vender.

Imi se siente feliz. Sonríe al destino y se dirige a la pequeña sala que hace de comedor para los empleados con la boca haciéndosele agua. En ese momento, Victoria pasa a su lado. Imi podría permanecer en silencio, pero por el contrario habla. Quiere compensar su falta de delicadeza de unos días atrás.

–Hoy vas muy elegante –le dice para halagarla.

Victoria se detiene.

–Veo que para el almuerzo de hoy te has dado a la buena vida...

–Ah, sí..., la tarta. Bueno, la verdad es que ha sido una suerte. Jordi ha roto una porción por error justo cuando me disponía a tomarme la pausa; y dado que ya no se puede vender me la ha ofrecido.

Victoria pone unos ojos como platos.

–¿Desde cuándo está autorizado Jordi a disponer de los bienes de la cafetería?

–No, no; si no lo hace nunca. Hoy es la primera vez que ocurre, ha sido una casualidad: la tarta ya estaba rota, era por no tirarla...

Victoria se para a meditar y, a pesar de los límites de su inteligencia, se percata de que esta nueva práctica de la tarta rota podría revelarse perjudicial para la compañía. Si no se pone freno al

asunto, también los otros camareros comenzarán a romper a propósito las porciones, con tal de poder disponer de ellas en la pausa de la comida.

–En cuanto acabes de comer, Imi –dice Victoria–, quiero que Jordi y tú os presentéis en mi despacho. Es necesario aclarar completamente este asunto de la tarta rota.

Imi está muy preocupado. Se da cuenta de que no hubiera debido contarle a Victoria lo de la tarta rota. No cabe duda de que ella sigue todavía con un enfado terrible a causa de lo del corte de pelo, la comparación con Jessica Fletcher no debe de haberla digerido en absoluto.

Imi y Jordi están sentados ahora ante el escritorio de Victoria. Imi ha tenido la gran ocurrencia de no comerse la tarta y de llevarla a la reunión como demostración de su buena fe. La tarta ahora se encuentra allí, rota, inmóvil, marcando la peligrosa frontera entre director y empleado. En ese momento, ambos tienen miedo de lo que pueda ocurrir, aunque –a decir verdad– Jordi tiene un poco menos.

Victoria no tarda en asestar el primer golpe.

–A ver, Jordi, ¿desde cuándo dispones arbitrariamente de nuestros productos?

–¡Victoria, vamos! No me puedo creer que se esté montando este alboroto por una simple porción de tarta...

–Jordi, contesta a la pregunta.

–Pues verás, ha ocurrido todo por casualidad: estaba sirviendo la tarta de fresas a un cliente, ¡y ya sabes que se deshace con un suspiro! El trozo se me ha resbalado, ha caído sobre la barra y se ha roto. Imi se estaba yendo a comer y se me he ocurrido que lo mejor era dársela a él. ¿Qué es lo que habría debido hacer? ¿Tirlarla a la basura?

–Esa no es la cuestión. Antes de tomar una decisión como esa hubieras debido pedirnos permiso a uno de nosotros.

–Y ¿para qué? ¿Para no tirar a la basura un trozo de tarta rota?

–Jordi, recuerda que la tarta es un bien del café. Y, además, que quede claro, aquí no estamos discutiendo este incidente en concreto, es una cuestión de principios, que ha de ser considerada en general. Imagínate que se convirtiera en norma, ¡los camareros romperían las tartas a propósito para podérselas comer de gorra durante la pausa de la comida!

–Vamos, Victoria, si yo soy una persona honrada... Y además, lo sabes perfectamente, ¡hace semanas que no se me rompía un trozo de tarta!

–Jordi, a ti se te dará bien cortar la tarta y es indudable que eres una persona honrada, pero no todos nuestros empleados lo son. Imagináoslo por un momento: dos o tres trozos de tarta rotos a propósito en cada una de nuestras más de trescientas cafeterías, eso significa miles de trozos de tarta al día por lo menos, ¡es decir, 90.000 libras al mes! ¿Os hacéis una idea de que una práctica semejante podría llegar a convertirse en la ruina de Proper Coffee?

Victoria está preocupada. Este último cálculo ha hecho que le salten todas las alarmas: ¡90.000 libras al mes significa al menos un millón de libras esterlinas cada año!

Justo en ese momento, Imi se entromete en la discusión. Quiere disculparse y poner remedio a lo ocurrido:

–Victoria, créeme, siento muchísimo lo que ha pasado, estoy dispuesto a pagar la tarta.

–Imi, sabes perfectamente que no podemos dejar que la pagues, porque ahora ya está rota y nuestros estándares de calidad no nos permiten venderla en ese estado. En cambio, creo que lo adecuado es haceros a ambos una buena amonestación escrita.

Lo dice con un cierto sadismo, y con los labios fruncidos en una mueca de poder. Ama estos raros momentos de su carrera, instantes solemnes que hacen que se sienta poderosa, napoleónica en su monumental silla con ruedas.

Imi y Jordi, mientras tanto, se miran atónitos, quisieran poder encontrar una escapatoria, pero no saben qué hacer. Es una situación absurda esta, en la que se han metido ellos solos. Y es ridículo ganarse una amonestación escrita por un trozo de tarta.

Victoria, en ese breve lapso de tiempo, no ha abandonado su silencio, disfrutando de su pequeña parcela de poder; se quita las gafas y las deja sobre la mesa, junto al *Manual del Director*. Y es justo en ese momento cuando Imi –ayudado por el destino– tiene una idea realmente genial.

Le pregunta a Victoria:

–¿Sabes por qué ha tenido lugar este incidente de la tarta rota?

–Imi..., acabamos de hablar de ello, ¿o me equivoco?

–No, quiero decir... el verdadero motivo por el que un hecho tan grave ha tenido lugar.

–Te escucho... pero date prisa, vuestra pausa de la comida se está a punto de acabar y tenéis que volver al trabajo.

–Pues verás, sí; yo creo que este incidente ha sido posible porque el manual del café no es lo bastante claro.

–¿En qué sentido?

–El manual explica a la perfección cómo debemos comportarnos en toda circunstancia; pero el caso de la tarta rota no ha sido contemplado.

–¡Es muy cierto! –exclama Jordi, cogiendo la ocasión al vuelo–. En el manual no hay nada sobre tartas rotas o cosas parecidas. ¿Cómo podíamos saber nosotros que estaba prohibido comérsela? Mi sentido común de camarero me ha sugerido que lo mejor era no tirarla a la basura. Mientras tu sentido común de dirigente sostiene que tirarla a la basura habría sido lo más adecuado...

Victoria se queda sin palabras. Coge en sus manos el manual del café, lo hojea con rabia y, cuando encuentra lo que busca, lee en voz alta:

¿Cómo debo comportarme ante todos aquellos casos que el manual no haya podido contemplar?

La jornada laboral está compuesta por una imprevisible variedad de acontecimientos, en el caso de que se verificaran algunos no previstos por el manual te invitamos a confiar en tu sentido común.

–¿Lo ves Victoria? Está escrito, nos lo acabas de leer: «sentido común».

Imi tiene razón. Existe una laguna en el manual, y esa laguna ha logrado salvar in extremis tanto a él como a Jordi de la deshonra de un procedimiento disciplinario.

Jordi se siente de lo más feliz.

–¡Te estás volviendo un chico despierto, chaval! –le dice a Imi mientras vuelven, juntos, a ponerse detrás de la barra para cortar nuevas porciones de tarta y para preparar espumosos capuchinos.

Como cada lunes por la mañana, hoy también el señor Carruthers preside el consejo de administración de Proper Coffee. Alrededor de la enorme mesa oval están sentados los distintos directores de área, el responsable del personal, el encargado de los manuales, el director de estadística, el director de marketing, el jefe de prensa y una secretaria que tiene el cometido de levantar acta de las reuniones.

A pesar de sus innumerables compromisos (ha aterrizado hace poco en el London City Airport, y dentro de menos de tres horas volará a Edimburgo para inaugurar una nueva filial), el señor Carruthers rezuma serenidad.

Como de costumbre, también hoy el primer punto del orden del día son las estadísticas.

El imperio del señor Carruthers se basa en gran parte en su interpretación: en el curso de los años, su equipo de estudiosos ha logrado descifrar con agudeza los misterios de esta ciencia incierta, y los ha transformado en millones y millones de libras esterlinas.

El director de estadística es un hombre orondo, tiene la frente casi siempre perlada de sudor y se complace en exhibir costosos relojes de mal gusto. Habla siempre con excesiva agitación y, para ocultar su mal aliento, se aplica con abundancia un desodorante bucal antes de que comiencen las reuniones.

–Estimado consejero delegado, apreciados colegas, para resumir el cuadro número uno, nuestro reciente estudio pone en evidencia cuanto sigue: los clientes que piden el chocolate sin nata adquieren más fácilmente un producto de pastelería. Por el contrario, aquellos que eligen el chocolate con nata se abstienen casi siempre del consumo de dulces.

»Gracias a la profesionalidad de nuestros consultores especializados en psicología comportamental, hemos llegado a la conclusión de que el chocolate con nata es percibido por el cliente como un pecado de gula muy grave, por más que, a decir verdad, la diferencia de calorías entre el chocolate con nata y el que no lleva nata sea bastante irrisoria. Y es precisamente de esa sensación de culpa de la que se deriva presumiblemente su menor propensión a adquirir alguno de nuestros productos de pastelería.

»En base a cuanto está recogido en el anexo número tres, hemos llegado a la paradójica conclusión de que aumentar el coste de la nata montada desanimaría su adquisición, favoreciendo así la venta del chocolate sin nata y –como consecuencia– un mayor movimiento de tartas, cruasanes y mini *panettoni*.

Pide la palabra y recibe casi de inmediato autorización para intervenir John Meyers, el director de marketing:

–Estimado consejero delegado, apreciados colegas, me tomo la libertad de recordarles que nuestra política empresarial es contraria a encarecimientos injustificados.

»En un precedente consejo de administración, el propio director de estadística nos demostró a todos los presentes que los repentinos aumentos de precio tienden a socavar la relación de confianza entre Proper Coffee y sus clientes.

El director de estadística no se deja intimidar.

–Doy las gracias a mi colega Meyers su pertinente observación. A tal propósito, les invito a visionar el anexo número cuatro, donde se demuestra que la mayor parte de los entrevistados son capaces, efectivamente, de recordar el precio del capuchino, del té y del café con leche, mientras que tan solo el tres por ciento sabe indicar con exactitud el de la nata montada. Esto significa que su eventual encarecimiento pasaría desapercibido para la mayoría, sirviendo sin embargo para desalentar su adquisición de manera subliminal.

El señor Carruthers mira apresuradamente el reloj y propone que se vote. La propuesta es aceptada por unanimidad.

El consejo de administración prosigue.

El responsable de las *location* ha identificado seis nuevos posibles puntos de venta: se trata –en la mayor parte de los casos– de tradicionales locales de *fish and chips* regentados por parejas de ancianos próximos a la jubilación y dispuestos a ceder su local comercial a Proper Coffee a precios ventajosos.

Se toma en consideración, se vota, todo sucede rápidamente y con mucha eficiencia.

El tercer punto del orden del día concierne a las nuevas políticas empresariales. Se concede la palabra al director de área para Inglaterra.

–Estimado consejero delegado, apreciados colegas, la señorita Victoria Blum, directora de la filial de Londres-Embankment, nos ha señalado recientemente que, en su cafetería, los empleados han empezado a romper a propósito las porciones de tarta para hacerlas invendibles y poder así consumirlas durante la pausa de la comida. La señorita Blum ha calculado que, si este comportamiento llegara a generalizarse entre los empleados, la compañía podría llegar a perder hasta un millón de libras esterlinas al año. Los datos han sido verificados y se han revelado correctos.

»La señorita Blum sugiere, por lo tanto, una adenda al manual del café, en la que se establezca que las porciones de tarta rotas accidentalmente deban ser tiradas a la basura de inmediato y no podrán ser consumidas por los empleados.

La iniciativa de Victoria obtiene un amplio consenso y, pese a no alcanzar la unanimidad, es aprobada de todas formas.

Después la votación, el director de área retoma la palabra:

–Una análoga propuesta nos llega de parte del señor Mark Dhilló, director de la filial de Dover-Estación.

»Parece ser que algunos empleados suyos han cogido la costumbre de colocar los sándwiches a punto de caducar en la parte de atrás del frigorífico (y no en primera línea, como viene expresamente indicado en el manual del café). Todo para aumentar la probabilidad de poderlos recibir al final de la jornada. Me permito recordarlo: nuestra política empresarial permite que, cada noche, los sándwiches a punto de caducar sean puestos gratuitamente a disposición de los empleados después del horario de cierre.

»También en este caso, si un modus operandi semejante llegara a difundirse, las pérdidas podrían ser cuantiosas.

»Se propone, por lo tanto, que los sándwiches a punto de caducar no sigan estando a disposición del personal, sino que sean eliminados junto con los demás desechos.

El señor Carruthers arruga la frente, de hecho, no está muy convencido de que sea una buena idea. Pero tiene prisa, de modo que plantea la votación. Cinco favorables, tres contrarios, dos abstenciones.

Se incorpora al acta que la nueva iniciativa ha sido aprobada.

El señor Carruthers, que todavía alberga dudas sobre la utilidad real de un procedimiento semejante, encarga al director de estadística un sondeo sobre las reacciones del personal en relación con esta nueva política empresarial.

El último punto a la orden del día concierne a la considerable caída de popularidad de la compañía desde que la estrella del pop Indie Robertson declaró que odiaba Proper Coffee y que prefería «los escasos cafés tradicionales que quedan en Londres». La noticia fue instrumentalizada inmediatamente por los periódicos de izquierdas.

De empeorarlo todo se han encargado los antiglobalización, que, en Manchester, han destruido con ira los escaparates de la filial de Atterbury Street.

Carruthers está aterrorizado ante la idea de que otras estrellas del pop puedan declarar la guerra a sus cafeterías. Dispone por lo tanto una dotación presupuestaria extraordinaria de un millón de libras esterlinas para nuevas campañas publicitarias; y encarga al director de marketing el estudio de posibles estrategias para el relanzamiento de la marca Proper Coffee en la prensa nacional.

De Lyme Regis, lo que más les gusta a Morgan y a Susan es la explanada gris de arena lisa y blanda que dejan con regularidad las mareas.

En esta época, la playa está vacía y no se tropiezan nunca con nadie.

Ahora están caminando a contraviento, y en silencio, para escuchar el sonido del mar y los gritos de las gaviotas. Uno a uno, sus pasos se hunden en la arena húmeda de la orilla y dejan sus huellas: un doble sendero de pisadas destinado a desaparecer pronto, plasmado por la reciente presencia del agua.

De Lyme Regis, a Morgan y a Susan les gusta también el pequeño embarcadero, el mismo por el que desaparece Meryl Streep al final de una célebre película de los años ochenta. Cada vez que se desencadena una tormenta, a Susan le gusta sentarse ante la ventana de su hotel (el que escogen desde la primera vez que vinieron) para admirar la furia de las olas: los cristales, a estas alturas, son un *collage* de costras creadas por el adarce. Sobre el alféizar, inmóviles, las conchas y los fósiles recogidos ayer en su paseo por la playa forman ya parte del pasado.

Lyme Regis se está convirtiendo en la capital de su frágil amor.

Susan se saca del bolsillo el folleto con los horarios de las mareas, tiene miedo de quedar atrapada como aquel grupo de turistas orientales, todos muertos, tragados por el mar.

Sus cuerpos –hinchados por el agua– fueron encontrados sobre la orilla. Con los ojos de par en par y la boca todavía abierta en un grito mudo.

A Morgan y a Susan les da miedo que tantas personas hayan muerto justo allí, en aquel tramo de playa tan importante para su amor.

El hecho de que se pueda morir así, por un despiste, por no haber consultado el horario de las mareas, hace que se sientan indefensos de repente y subraya la precaria naturaleza de la vida.

Reina la oscuridad ahora; Morgan y Susan acaban de refugiarse en el Café de las Olas, quieren caldear sus cuerpos ateridos con un cuenco de *apple crumble* humeante.

Podrían hablar, intercambiarse emociones. Por el contrario, permanecen en silencio, largo rato. Hasta que Susan –que ha sufrido el suicidio de su hermano, que tuvo lugar el año anterior, de manera bastante teatral, en la estación de metro de Kilburn– confiesa de repente:

–Yo también decidiré cuándo morir. –Y un instante después, añade–: Quiero quitarle al destino su peor arma, quiero que mi muerte sea un hecho programado, elegido, buscado. Y no fruto de un accidente, o de una enfermedad.

Una frase grave, apenas susurrada y, a pesar de ello, potente como un grito. Morgan quisiera contestarle, pero es incapaz.

Lo que se le viene a la cabeza son tan solo palabras equivocadas.

Tiene demasiado miedo a que Susan pueda matarse realmente; y a que lo deje solo. Sin amor.

Margaret Marshall sostiene ahora en sus mano el libro de Imi. Es el libro de un huérfano, a quien ella ni siquiera conoce. Margaret se lo imagina detrás de la barra de la cafetería –con el uniforme bien planchado– atareado en preparar café y capuchinos, prestando atención a limpiar perfectamente la boquilla del vapor cada vez que monta la espuma de la leche. Quisiera conocerlo.

Si fuera una mujer distinta, cogería un taxi hasta la cafetería de Embankment y le entregaría en persona el libro que acaba de dedicarle. Como en la escena de una película en blanco y negro, que sería bonito hacer que sucediera realmente. En cambio, Margaret siempre se queda en casa. No sale nunca. Se encuentra muy a gusto en su madriguera, es una madriguera cómoda y segura. Suena el teléfono, salta el contestador. Mensajes que se acumulan. Mensajes inútiles. Todos dirigidos a la Margaret Marshall escritora, y no a ella. Porque de su intimidad y de sus sufrimientos a los demás nunca les ha importado nada.

Ha nacido en Escocia, en las islas Hébridas. Se crio, analfabeta, en una granja. Ordeñaba cabras y desplumaba faisanes. Se avergonzó de sus pecas y fue llevada a un exorcista cuando padeció de fiebres altas. Su padre, un día, murió de repente, sin dejar rastro. A sus 16 años, todavía llena de sueños, fue enviada a Glasgow a casa de una tía, quería estudiar. Quería conocer. Aprender. Cuando hablaba, todos se quedaban en silencio. Nadie rechistaba nunca. Había nacido para contar.

El Nobel lo había ganado inesperadamente, la noticia de su concesión le fue comunicada mientras rebozaba unos calamares. Lo recuerda a la perfección: tenía las manos llenas de sémola cuando sonó el teléfono. La insignificancia de la situación desentonaba con la imponente de la noticia.

Se quedó inmóvil, nada más oírlo. Ni siquiera se limpió las manos en el delantal. De inmediato, pensó en su madre, en una tempestad sobre el mar y en los ojos muertos de los cabritillos degollados, colgados por su padre cabeza abajo. Se acordó de todo eso en un instante. Y luego pensó: «Desde este momento no seré capaz de escribir nada más».

(...)

Es sábado y acaba de salir el sol. Hace frío, hay niebla y Jonatan está ayudando su padre a vaciar de miel las colmenas, un trabajo complejo y arriesgado que ellos dos, a esas alturas, han aprendido a hacer bien juntos. Dinero para trajes protectores no tienen, de modo que, para defenderse de las abejas, deben contentarse con llevar ropas blancas, un par de guantes y una mosquitera enrollada de cualquier manera alrededor del rostro.

Jonatan se ha convertido ya en un buen apicultor, es él quien controla regularmente los cajetines antivarroa para asegurarse de que la colmena goza de buena salud y no esté produciendo demasiados detritos. Es él quien vacía los panales y quien filtra la miel dos veces, antes de depositarla en el contenedor donde acabará de reposar, para que hasta la más pequeña imperfección salga a flote y pueda ser eliminada.

Si su miel de acacia es tan límpida y transparente, es sobre todo mérito suyo. Pero la castrazón es un trabajo realmente peligroso. En el que uno arriesga la vida, una tragedia posible, que hay que prevenir por todos los medios. Por ello Jonatan debe llevar cortisona en el bolsillo, en caso de que las abejas decidan rebelarse y atacar: dos pastillas que deshacer a toda prisa bajo la lengua para evitar el *shock* anafiláctico.

Esa es la razón por la que, mientras su padre vacía las colmenas, él sujeta dos fajinas de ramas ardiendo y esparce con pericia el humo que estas producen, para aturdir a las abejas y volverlas inofensivas. Pero hay que estar muy atentos, pues es fundamental mantener constante el flujo del humo, adaptarse a los humores del viento y asegurarse de que el fuego no se apague nunca.

Jonatan mira a su padre rodeado por un enjambre de abejas atontadas. Le quiere y le odia al mismo tiempo: le quiere, porque es la única persona que tiene. Le odia porque basta una nimiedad para hacerle perder la cabeza, un tenedor que se cae, una ventana que golpea... y no importa que haya sido el viento, es siempre culpa suya. Una culpa que se paga con patadas, bofetones y, algunas veces, hasta con el aislamiento en el sótano. Sin comida, sin luz y sin cena.

Hoy, sin embargo, Jonatan se siente feliz por ser útil a su padre. Está orgulloso de que él lo considere lo bastante maduro como para confiarle un trabajo tan importante. Por fin se siente tratado como un adulto, y con respeto. Aunque, en el fondo, sabe bien que esta armonía no durará mucho. Su padre es amable con él solo cuando lo necesita, y en cuanto acaben de castrar las colmenas todo volverá a ser como antes. Como anoche, a la hora de la cena. Cuando Jonatan, por equivocación, ha volcado el vaso del agua sobre la mesa y su padre le ha golpeado en el rostro con una brutalidad absurda. Dos, tres, tal vez cuatro veces. Pero ¿por qué? ¿Por qué hacerle tanto daño por un error tan pequeño?

Jonatan cierra los ojos, el humo le hace lagrimar.

Hoy las lágrimas son dolorosas en las heridas recientes. Su sal quema y, mientras le quema,

vuelve a despertar en él dolor y rabia.

Todo ocurre en un instante. Jonatan abre los ojos y se siente de golpe fuerte y poderoso. Repentinamente, se da cuenta de que la vida de aquel hombre depende exclusivamente de él. Y es justo entonces cuando una idea nueva se le cruza por la cabeza. Es una idea espantosa y da miedo. Él quisiera ahuyentarla, quisiera seguir concentrándose en la delicada tarea que está llevando a cabo. Pero no lo logra porque esa idea revolucionaria, ahora, está allí en su cabeza, y no quiere alejarse.

En esa idea –que es un sueño con los ojos abiertos–, Jonatan grita para azuzar a las abejas contra su padre y huye, privándolo de su humo protector y de las pastillas de cortisona que guarda en el bolsillo. Inmediatamente después, su padre sufre el ataque de las abejas que le pican con ferocidad, hasta matarlo.

Jonatan lo ve morir, aislado por el cristal de una ventana cerrada, con el rostro deformado en una mueca de alegría y de dolor.

Ahora está aterrorizado por eso que, en secreto, acaba de suceder en su interior. Se avergüenza de haber deseado la muerte de su padre, le parece algo indigno, absurdo e imperdonable. Tal vez por ello llora. Pero lo hace sin ruido, no quiere asustar a las abejas.

No tardarán las colmenas en quedar castradas del todo; su padre le pedirá que le ayude a transportar los panales hasta la mesa de la cocina y, cuando lo mire a los ojos, no se percatará de nada. Ni siquiera sospechará ni por un instante que la rebelión acaba de empezar, que ha entrado dentro de su hijo como un virus. Ahora se encuentra allí, suspendida entre el corazón y el cerebro, como una enfermedad recién incubada. Todavía sin síntomas, pero dispuesta a estallar en cualquier momento.

De hoy en adelante, cada nuevo acto de violencia suyo, cada bofetón, cada patada, cada labio roto, cada encarcelamiento impuesto en el oscuridad del sótano alimentarán esa rebelión, estimulándola hasta hacer que madure. Harán falta muchos meses todavía, tal vez años enteros, pero una cosa es indudable: el padre de Jonatan pagará por sus pecados, y la violencia que descarga sobre su hijo se volverá en su contra de una manera tan inesperada y brutal que no le dejará siquiera el tiempo de pronunciar una sola palabra.

Ayer Morgan le contó a Imi que en la isla de Jersey crece una hierba muy especial. Las vacas que pastan con ella producen una leche deliciosa, y del sabor de la nata.

Sirviéndose de esta leche y de una excelente mezcla de café cubano, una cafetería tradicional de Covent Garden prepara el mejor capuchino de todo el Reino Unido.

Imi y Jordi sienten una enorme curiosidad por probarlo.

Ahora acaban de entrar en esta vivaz cafetería de Monmouth Street, por todas partes reina un gran desorden, la gente fuma y, a primera vista, las mesas no parecen excesivamente limpias.

Imi y Jordi se acercan a la barra. El camarero lleva la barba larga y sus rastas huelen a marihuana (Jordi se da cuenta, Imi no).

–¿Qué queréis? –pregunta el chico expeditivamente.

–Dos capuchinos y dos *brownies* bien calientes –pide Jordi con su marcado acento español.

Imi nota en seguida que el camarero no limpia la boquilla del vapor antes de levantar la espuma a la leche y no puede resistirse a la tentación de hacérselo notar:

–En Proper Coffee te ganarías una amonestación escrita por una cosa así, ¿lo sabes?

Y él replica:

–¡No me digas que trabajas para esos cabrones! El otro día se presentaron aquí, con sus trajes de poliéster, y dijeron que querían comprar nuestra cafetería, de modo que, adiós al *brownie* de Tía Angela, al café de Cuba y a todo lo demás...

–¿Y vosotros? ¿Qué les habéis contestado? –continúa Imi.

–Bueno, ¡y una polla! Covent Garden siempre está lleno de turistas, todo el año. –Luego, inmediatamente después, dirigiéndose a Imi con una sonrisa socarrona, añade–: Escucha, muchacho, dime, ¿es verdad que en Proper Coffee os llenan de manuales absurdos en los que, entre otras cosas, os explican que es necesario lavarse las manos después de haberse limpiado el culo?

Jordi e Imi estallan en carcajadas.

–Aquí los tenéis: dos súper capuchinos y dos *brownies* enormes. Pues son... nueve libras y ochenta peniques.

–¿Has visto a ese? Todo *piercing* y tatuajes... –susurra Imi sentándose con Jordi en la última mesa del fondo de la sala.

–Y ¿qué más da? ¿Qué diferencia hay? ¡Lo importante es que el capuchino sea bueno!

Hoy Jordi tiene los ojos tristes, debe confesar a Imi que ha tomado una decisión difícil. Está esperando el momento adecuado, un instante de silencio. Pero Imi nunca deja de hablar, es un gran charlatán. Y el silencio, entre ellos, no se produce casi nunca.

Aquí está, esta podría ser la ocasión adecuada, él se ha callado por fin un momento, absorto en disfrutar del capuchino que tiene delante.

Ahora o nunca, Jordi, casi sin respirar, le da la noticia:

–Mañana voy a dejar el trabajo. No puedo continuar siendo un esclavo en ese galeón de mierda.

–Jordi, pero ¿es que te has vuelto loco? ¿Por qué? Nos pagan bien, nos dan incluso tiques de comidas. Y además es muy cómodo, estamos en pleno centro...

–Imi, ¿cómo es posible que no te des cuenta nunca de nada? ¿Te has olvidado ya de la lamentable escena de la tarta rota?, ¿y de Victoria jugando a hacer de Al Capone? Yo estoy ya hasta las pelotas de trabajar para obsesos semejantes. ¿Es que no los ves? ¡Cómo es que no te das cuenta de lo patéticos que son, de lo vacíos que son! Yo me vuelvo a España.

La discusión se prolonga largo rato. Imi intenta convencer a Jordi de que no se marche. Pero no lo consigue.

Y es por tal razón por la que, ahora, él está triste y se siente solo de repente. El abandono le hace daño. Y le hace daño empezar a darse cuenta de que Proper Coffee no es el paraíso que él se había imaginado.

Dentro de un rato, subirán de nuevo juntos a la noria panorámica, pero Imi, esta vez, será incapaz de emocionarse.

Durante toda la duración del giro, permanecerá encerrado en un silencio lleno de rabia.

Como cada mañana, hoy también el despertador de Imi suena puntual. Parece exactamente un día como cualquier otro; en cambio, dentro de poco, todo cambiará.

Imi se está duchando. Y está muy triste porque Jordi ha decidido marcharse. No se imagina que el destino está a punto de someterlo a una dura prueba.

Todo sucede como de costumbre: se viste, se toma su desayuno, atraviesa el parque, baja las escaleras de la estación de Bethnal Green; se mete, no sin esfuerzo, en un vagón del metro repleto de gente; llega al trabajo con tiempo de sobra, se pone el uniforme y empieza a preparar cafés y capuchinos, todo acaece regularmente como cada día. Hasta que llega la noche, cuando el café cierra y Andrew le pide a Imi que seleccione del mostrador frigorífico los productos a punto de caducar.

Imi hace lo que se le ha encargado: verifica cuidadosamente la fecha impresa en cada producto y reúne los que han de desecharse en una caja vacía. ¡Vaya! Hay realmente un montón de cosas. Imi se imagina que pronto distribuirá todas aquellas exquisiteces entre sus colegas. Y piensa que reservará para él el flan y la *mousse* de chocolate con avellanas.

Por el contrario, la política empresarial ha cambiado.

La comida a punto de caducar ya no puede repartirse entre los empleados, sino que habrá que tirarla junto con el resto de los desechos.

Es Andrew quien se lo comunica.

Imi cree haber entendido mal. Pregunta:

—¿De verdad tengo que tirar todas estas cosas?

Y Andrew responde:

—¡Naturalmente que debes hacerlo! Son las nuevas directrices. Los productos a punto de caducar han de ser eliminados para evitar especulaciones y tejemanejes por parte del personal. Está escrito aquí, lo ha firmado el señor Carruthers en persona. Es un procedimiento de urgencia, así que muévete.

—Pero...

—Escucha, Imi, hoy ha sido día desastroso: hemos hecho una caja malísimo. ¡Maldita sea la lluvia!

—Andrew, yo hago siempre lo que se me pide, pero estos sándwiches, estas tartas, los cruasanes, los mini *panettoni*, la *mousse* de chocolate y los flanes están todavía buenos y hasta esta noche se

pueden comer sin problemas...

–Escucha, muchacho: no me hagas perder la paciencia. Coge todo eso y títalo a la basura; después vete a casa, date una ducha y relájate. ¿De acuerdo?

Imi se queda inmóvil; se acuerda de sus dieciocho años en el orfanato: la carne una vez a la semana, la sopa de sémola con mermelada, la pasta recocida aliñada con polvos de achicoria (para darle aunque fuera un poco de sabor). Se acuerda sobre todo de cuando Ada neni hacía una tarta y los niños, con una paciencia de hormiguitas, recogían los restos de masa que se habían quedado pegados al mantel de plástico, y peleaban por conseguir las cáscaras de manzana y poder dar una alegría a sus hámsteres.

¡Se acuerda también de las raras veces en las que había albondiguillas y todos chupaban el plato con tal de no perderse una sola gota de aquella salsa, por fin, sabrosa!

Y ahora, ¿cómo será capaz de tirar a la basura todos aquellos manjares? Él, que ha padecido hambre; él, que ha vivido en un lugar en el que la comida siempre se ha considerada sagrada.

¡No! No puede hacerlo.

Le falta valor.

Está demasiado alejado de él.

Es una equivocación.

Es otro mundo.

Andrew empieza a perder la paciencia:

–A ver, Imi, ¿por qué sigues todavía aquí? ¿Será posible que sea tan difícil tirar esas porquerías a la basura? ¡Acuérdate de que se te ha contratado para obedecer! Y tienes que hacer lo que se te dice, ¿lo entiendes o no? No podemos quedarnos aquí discutiendo hasta mañana por la mañana. Yo tengo que hacer, debo verificar todos los ingresos, preparar la liquidación y enviarla a la sede central; tengo que cerrar también la caja fuerte y luego debo marcharme corriendo a casa, de lo contrario, me pierdo el partido del Manchester United. Ya te darás cuenta de que si me pierdo el partido por culpa tuya...

–Andrew, te lo pido por favor: tira tú estos sándwiches. Yo no soy capaz.

–¡Pues no te queda más remedio que hacerlo! Porque estás obligado a respetar la política empresarial. ¡Es la empresa la que paga tu sueldo, y tú estás obligado a hacer lo que nosotros te pedimos!

Imi está desesperado. Quisiera que Lynne estuviera allí con él, para convencer a Andrew de que es absurdo derrochar toda aquella maravilla. Pero Lynne, ahora, no está ahí.

Andrew, mientras tanto, está a punto de perder la paciencia.

–Imi, no me desafíes. Estás exagerando. Escúchame bien, te lo pido por última vez: vete a tirar estos sándwiches a la basura y zanjemos este asunto aquí.

Mientras Andrew lo mira a los ojos, Imi tiene miedo; pero no se deja chantajear.

–Ahora voy a contar hasta tres, y si no tiras estos sándwiches de los cojones a la basura, ¡juro que te lo haré pagar caro!

Imi está a punto de echarse a llorar. Contiene las lágrimas con una mueca, y mientras Andrew empieza a contar, él piensa que Jordi tiene razón y que Proper Coffee es realmente una compañía de cabrones.

–¡Fuera! ¡Fuera de aquí! Húngaro de mierda. ¡Quítate de mi vista! –chilla Andrew después de haber contado inútilmente.

E Imi corre, huye de él. Corre lo más rápido que puede, lejos de aquella cafetería que hasta pocos instantes antes había sido el depósito de todos sus sueños.

Hace mucho frío y reina la oscuridad, porque en Londres siempre es invierno.

Imi siente necesidad de aire y de cielo. De modo que echa a correr hacia el puente de Embankment y, cuando por fin llega hasta allí, se detiene. Observa las miles de luces que flanquean el Támesis, mira la gran noria panorámica que siempre le emociona tanto, pero no consigue dejar de llorar. La rabia por la injusticia de la que ha sido objeto es demasiado fuerte.

Por su parte, Andrew está realmente furioso, siente un gran deseo de venganza. Quiere que Imi pague muy cara su afrenta.

Pero ¿cómo?

Está tan furioso que no logra concentrarse, de modo que coge en sus manos el *Manual del Director* y empieza a hojearlo con la rapidez de la exaltación. Capítulo a capítulo, párrafo a párrafo, escudriñando aquella interminable retahíla de insulsas reglas en busca de un posible castigo ejemplar. Veamos: «Problemas con el personal»... «Insubordinación»... eso es... sigamos adelante... nada... nada aquí tampoco. A ver un poco más adelante... hasta que sus ojos se detienen en el capítulo titulado: «Superación del periodo de prueba».

Los miembros del personal que, durante las primeras doce semanas laborales, no se muestren a la altura de los cometidos asignados podrán ser despedidos por indicación de los propios directores de la cafetería, sin necesidad de procedimiento disciplinar alguno.

Andrew saca del archivo el expediente de Imi y lee su fecha de entrada, luego mira el calendario, han pasado tan solo once semanas.

De modo que no se lo piensa dos veces, se sienta en su escritorio, comunica a la sede central que el señor Imre Tóth no ha superado el periodo de prueba y propone su despido con efecto inmediato por insubordinación.

Victoria –está convencido– aprobará esta decisión suya. Imi es un muchacho de lo más descarado, la verdad, se ha atrevido a compararla con Jessica Fletcher y hasta se ha librado de la amonestación escrita por el episodio de la tarta rota con una astucia de pícaro.

Ahora Imi está lleno de rabia y dolor. Quieto sobre el puente de Embankment, no deja de llorar. Todos pasan a su lado con indiferencia, sin mirarlo siquiera. Tal vez tengan miedo de sus lágrimas, o tal vez estén envidiosos porque, desde hace ya demasiado tiempo, son incapaces de llorar. Los ingleses son así. Muy corteses. Si te tropiezas con uno por la calle, es él quien te pide disculpas. Y dicen continuamente «lo siento». Pero casi nunca es verdad.

Es hora punta, hay un montón de gente con prisa que está atravesando el puente. En medio de todos ellos, Imi no se ha sentido nunca tan solo. Esa es la razón por la que, en ese momento, necesita abrazar a alguien y corre hasta la librería en la que trabaja Morgan.

Quiere compartir su dolor, ha aprendido a hacerlo en el orfanato. Una eficaz técnica de supervivencia. Una red de protección necesaria ante la ausencia de padres.

Morgan lo ve entrar jadeando y va a su encuentro de inmediato.

Imi se lo cuenta todo. Su voz está rota por el llanto y la rabia.

Morgan le explica a su supervisor que se ha producido una pequeña emergencia, y pide permiso para poder irse a casa antes de lo habitual. El supervisor pone algunos peros, aunque, al final, le autoriza a marcharse.

Imi y Morgan, ahora, van caminando juntos entre las sombras largas de edificios altísimos. Morgan piensa que Imi acaba de convertirse en adulto.

De haberse quedado en su aldea húngara habría sucedido de manera menos traumática, día a día, y lentamente. En cambio, Imi ha optado por venirse a Londres. El mejor sitio del mundo para convertirse en adulto en poco tiempo.

Morgan se siente impotente, quisiera hacer algo para ayudarlo, pero se da cuenta de que no tiene muchas posibilidades de hacerlo, porque al poder solo se le vence con el poder y él es tan solo un librero.

¿Cómo podría ayudar a su joven amigo?

Claro, podría encontrarle un nuevo trabajo, tal vez en su misma librería. Eso es. Y lo que es seguro es que no volverá a gastarse nunca más un solo penique en las cafeterías de Proper Coffee. Les contará también a sus amigos la injusticia de la que ha sido víctima Imi, y así privará a la empresa de una decena de clientes, lanzando con su pequeña honda unas piedrecitas contra un petrolero enorme al que nunca araña nada, ni nadie.

Pero ¿de qué serviría?

Esta noche Imi es incapaz de pegar ojo. La serenidad necesaria para conciliar el sueño se ha desvanecido, y el recuerdo del día que acaba de terminar se impone sin dificultad sobre cualquier otro pensamiento.

Imi está orgulloso de la decisión que ha tomado, pero no es lo bastante maduro para aceptar las consecuencias. Por eso ahora está sufriendo. Está muy asustado ante la idea de que puedan despedirle, se lo espera. Morgan se lo explicó perfectamente, ayer: a los directores nadie puede desafiarles de ese modo. Puede uno engatusarlos, y puede uno incluso reírse de ellos a sus espaldas; pero desafiarlos, nunca.

A diferencia de Morgan, en cambio, Lynne es optimista, no conoce la política de Proper Coffee en relación con el periodo de prueba, de modo que le está explicando a Imi que el despido es un procedimiento bastante complicado, son necesarias razones graves, hacen falta testigos, un análisis efectivo del rendimiento. En conclusión, cree que todo se solucionará con una amonestación escrita. Si acaso, de lo que tiene miedo es de que Andrew y Victoria decidan mandar a Imi a Coventry.

–¿A Coventry? –pregunta él pensando en un traslado.

Pero cuando Lynne habla de Coventry no se refiere desde luego a la ciudad de las West Midlands.

«Mandar alguien a Coventry» es, en realidad, un modismo inglés detrás del cual se esconde una atroz estratagema.

Cuando los empleados se vuelven difíciles de manejar, y ya no son apreciados, a los directivos les quedan dos posibilidades: despedirlos o –por así decirlo– facilitarles el que presenten su dimisión.

Eso es lo que significa mandar alguien a Coventry: hacerle la vida imposible al empleado, día tras día, hasta la exasperación. Asignarle una cantidad de trabajo irrealizable, someterlo a una gran presión, humillarlo, hasta obligarlo a dejar la compañía voluntariamente.

En definitiva, uno de los más mezquinos y, al mismo tiempo, de los más refinados productos de la diplomacia británica.

Lynne e Imi están hablando precisamente de eso cuando un mensajero llama a la puerta. Es un chico de aspecto mediterráneo y lleva en la mano una carta certificada con el logotipo de Proper Coffee impreso bien a la vista.

Imi firma el recibo de entrega y abre la carta.

Su impaciencia es tan compleja y rica de matices que no hay palabras que logren describirla con exactitud.

Apreciado señor Imre Tóth:

Mediante la presente lamentamos comunicarle que, a causa de las insuficiencias detectadas en su rendimiento como camarero en la cafetería Proper Coffee de Londres-Embankment, no ha superado usted el periodo de prueba. Por consiguiente, debemos dar por extinguido el contrato de trabajo suscrito con usted por nuestra empresa. El despido surtirá efectos a partir del día de la fecha.

Le invitamos a presentarse en un plazo máximo de siete días a partir de la recepción de la presente en la sede central de la compañía, para hacer entrega del uniforme, del candado y de la tarjeta magnético, propiedad de la empresa.

Se da por supuesto que las fianzas depositadas en su día por los mencionados objetos, le serán reembolsadas de inmediato.

Cordiales saludos,

Srta. Elisabeth Archard
Director de personal
Proper Coffee LTD
Londres

FINAL

La caída de los dioses

El *jet* privado del señor Carruthers acaba de aterrizar en Zúrich, una ciudad-teatro en la que el espectáculo de la perfección está en escena sin alteración desde hace ya siglos, para un público formado exclusivamente por gente rica, representando una y otra vez con éxito un impecabilidad alejadísima del corazón.

En Zúrich, en esa fortaleza del bienestar, en esa ciudad perfumada por el viento y predilecta del destino, todo sucede de manera tan previsible y tranquilizadora que la muerte accidental de un palomo, que yace aplastado entre los rieles del tranvía, es motivo de aflicción para los transeúntes, un acontecimiento insoportable que hace necesario convocar de manera urgente al personal del servicio urbano de medio ambiente, para que lo limpien de inmediato, eliminando a toda prisa, de la calle, la espantosa presencia de aquel cadáver desmembrado, que turba, mancha y arruina la armoniosa serenidad de su alrededor.

A Julian Carruthers le gusta aterrizar en el aeropuerto de Zúrich, pero por encima de todo le gusta bajar por las escalerillas de su *jet* en perfecto horario y que esté esperando para recogerlo – justo allí delante– el regio Bentley negro del hotel Baur au Lac, brillante, resplandeciente y promesa de mil superfluas comodidades. Para darle la bienvenida con guantes blancos acude siempre el mismo chófer. Un hombre de movimientos imperceptibles –a pesar de su mole de guerrero– y capaz de conducir aquel automóvil de reyes, en pleno silencio, hasta la Talstrasse, justo delante de la puerta giratoria del hotel, un palacio real provisional para regentes sin cetro, un limbo privilegiado para magnates de las finanzas y celebridades de la lírica, pero también un lugar de culto para el señor Carruthers.

En el Widder él no sería capaz de alojarse nunca, ese hotel le haría sentirse fuera de lugar. El Widder le resulta excesivamente original y excéntrico: las colchas de pieles, los frescos medievales, las vigas milenarias en el techo y su imprevisible maraña de antiguo y moderno lo convierten un lugar poco adecuado para un provinciano como él. Por esa razón, hace ya muchos años que el señor Carruthers reserva siempre la *suite* 216 del hotel Baur au Lac, la más suntuosa, con los balcones chorreando flores, la inestimable colección de jarrones japoneses, el cuarto de baño tan grande como una casa de protección oficial y las cortinas quitasol de rayas blancas y azules. Un lugar faraónico y cinematográfico, provisionalmente suyo al precio de 3.200 francos por noche. Un precio de locos el de la perfección, que el señor Carruthers se siente siempre feliz en pagar, con la conciencia de que en el Baur au Lac se han alojado también la princesa Sissi,

Thomas Mann, Audrey Hepburn, Alfred Hitchcock y un reducido círculo de huéspedes ilustres que, sin embargo, a diferencia de él, además de dinero poseían también elegancia y talento.

En este imperial hotel del pasado, el señor Carruthers es complacido en todo por la premura suiza de una miríada de pajes, cocineros y camareros, que rivalizan entre sí por cumplir cada uno de sus deseos. Aquí, más que en cualquier otra parte, el consejero delegado de Proper Coffee logra sentirse omnipotente y puede comportarse como un emperador, con pocos minutos de preaviso ordena, para desayunar, huevos de codorniz y mermelada de margaritas, y exige que el portero le encuentre una inhallable entrada para la *Lucrezia Borgia*, en programa esa misma noche en la Ópera de Zúrich. Si luego, por casualidad, le entra la duda de haber adelgazado un poco, hace llamar de inmediato a una sastra para que le tome medidas y las comunique con urgencia a la camisería San Marco de Venecia, en caso de que el cortador deba modificar, aunque sean unos milímetros nada más, el modelo de las camisas encargadas recientemente, esas que se confeccionan con un lino tan leve y precioso que hacen falta nada menos que 250 kilómetros de su hilo para realizar un solo kilogramo de tejido. Refinamientos semejantes, en Londres, es imposible encontrarlos ya desde hace tiempo. Esa es la razón por la que el señor Carruthers se ve obligado a hacérselas mandar desde Venecia, cultivando la secreta esperanza de que, un día, también a él le sea concedido el añadir su excéntrica firma en el prestigioso álbum de oro de la camisería, junto a las de Igor Stravinski, el rey Jorge V, Ernest Hemingway y Pablo Picasso.

Por la noche, más tarde, de regreso de secretas reuniones financieras, el señor Carruthers es recibido en posición de firmes por un joven botones, que empuja para él la gran puerta giratoria del hotel (y lo llama «Herr Doktor», como si tuviera realmente una licenciatura en económicas). Una vez cruzado ese simbólico umbral, no deberá preocuparse de nada más. Ni siquiera de presionar el botón del ascensor, porque habrá siempre alguien dispuesto a hacerlo en su lugar.

Poco después, en el apartamento 216, hallará para recibirlo las cien orquídeas blancas poéticamente en vilo entre las frágiles ramas de una planta enorme, su papel de cartas predilecto – rayado en transparencia y enriquecido con el escudo de un león –, las pastillas de jabón cuadradas al aroma de violetas y deliciosos bombones, finos como ostias, envueltos uno a uno y guardados en cajitas tan suntuosas como las de una joyería.

También el servicio de habitaciones forma parte del espectáculo teatral que el Baur au Lac pone en escena para secundar los deseos del señor Carruthers. El muchacho polaco – con las ojeras negras acentuadas por el candor impecable de su uniforme – le sirve en silencio succulentos majares dispuestos con gracia sobre platos bien calientes y protegidos por escenográficas campanas de plata.

Hasta el más pequeño detalle es grandioso, irreal, al estilo de Grace Kelly.

Al señor Carruthers todo esto se le ha vuelto indispensable, su continuo derroche ha elevado hasta tal extremo, en él, el umbral de la felicidad que a estas alturas hacen falta experiencias como la que vive para hacerla posible. Una frambuesa encontrada en el bosque no bastaría para emocionarlo ni siquiera por un instante, ni le habría hecho feliz de niño, hijo único de una rica familia de Coventry, gente crítona, más tiesa que un ajo, incapaz de enseñarle la empatía y la alegría por las pequeñas cosas.

Es también culpa de ellos el que, hoy, el señor Carruthers se haya vuelto dependiente de emociones cada vez más asombrosas, como sus viajes a Suiza, precisamente, una costumbre costosa pero necesaria, sin embargo, para demostrarle a todo el mundo (pero sobre todo a sí mismo) que él ha triunfado en la vida, y la *suite* 216 del hotel Baur au Lac es la prueba más

evidente de ello.

Morgan y Susan se hallan de nuevo en Lyme Regis. Están recorriendo juntos el muelle por el que Meryl Streep desaparece al final de una célebre película de los años ochenta, quieren sentir las salpicaduras de las olas sobre el rostro. El agua está gélida, el viento es fuerte. Morgan siente las gotas de mar resbalarle por las mejillas e incluso dentro de los labios. Tienen un sabor amargo, que estimula pensamientos tristes.

–Esos cabrones de Proper Coffee han despedido a Imi porque se ha negado a tirar a la basura comida todavía en buen estado. Es una injusticia absoluta. ¡Habría que ir a los sindicatos y hacérselo pagar caro!

Susan se muestra escéptica:

–¿Crees realmente que serviría para algo?

Morgan quisiera contestarle, quisiera decirle que los abusos de poder existen gracias a personas como ella, y que acostumbrarse a las injusticias hace imposible cualquier revolución.

En cambio, permanece en silencio.

Es una noche realmente extraña esta. Mucho más oscura y más espesa de lo habitual.

Ahora es lunes, y el Big Ben se dispone a tocar los doce tañidos que marcan la frontera entre la mañana y la tarde. En este preciso instante, todos los personajes de nuestro relato están ocupados en afrontar la vida a su manera.

De vuelta de Lyme Regis, Morgan y Susan acaban de llegar a la estación Victoria. El señor Carruthers está desayunando en el hotel Baur au Lac de Zúrich, la mermelada de margaritas está realmente rica y él la extiende generosamente sobre una rebanada de pan tibio y recién untado de mantequilla. Todo ello mientras Lynne se pinta de rojo las uñas de los pies y canturrea *Everything Must Change* de Nina Simone. Su vecina, mientras tanto, limpia con Sidol un viejo centro de mesa plateado.

En ese mismo momento, Jordi llega al aeropuerto de Stansted con sus maletas y busca en el panel de las salidas el vuelo para Barcelona. Imi, en cambio, en la biblioteca de Peckham Rye, lee los periódicos locales en busca de un nuevo trabajo.

Margaret Marshall, mientras tanto, está viendo *Stromboli* de Roberto Rossellini. Ha desconectado el teléfono, y le ha pedido al portero que no se le moleste por ningún motivo.

Andrew y Victoria acaban de recibir la noticia de que han ganado (entre otras cosas, gracias al duro trabajo de Imi) su viaje premio a Palma de Mallorca.

En un momento de fervor religioso, Andrew ha exclamado: «¡Dios existe!». Victoria, en cambio, se precipita a controlar las predicciones del tiempo, en Mallorca, en ese periodo del año, se está bien y a veces hasta es posible darse un baño.

Es decir, que todo parece normal, todo se desarrolla sin distorsiones. Hasta un instante particular. Uno de esos instantes decisivos, destinados a cambiarlo todo, irreversiblemente.

Ocurre nada más bajar Morgan y Susan del tren, es como un rompecabezas que se soluciona por sí solo.

Morgan tiene una iluminación.

¡Eso es, ¡claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

–¡Susan! –exclama entusiasta–. ¡He tenido una idea genial! ¡Al poder se le vence con el poder! Coge tú mi maleta. Debo correr a ver a la señora Marshall, te lo contaré todo esta tarde...

Susan se queda pasmada. Pero ¿qué diablos está ocurriendo?

Morgan está impaciente. Corre hacia la salida de la estación y piensa: «¡A la mierda con el autobús!». Esta vez cogerá un taxi. Tiene demasiada prisa.

–Sloane Street 37 –le dice al conductor. Y añade–: Lo más rápido que pueda.

(...)

Morgan acaba de llegar a casa de Margaret Marshall. Está hablando con el portero; quiere que anuncie su visita, dice que no puede esperar y que es urgente.

Pero no hay nada que hacer. El portero se muestra inflexible: la señora está viendo una película, y cuando está viendo una película no quiere que se la moleste por ningún motivo. ¡Además, hoy, se lo ha remarcado expresamente!

Morgan intenta convencerlo por todos los medios para que haga una excepción. Pero el portero no se deja persuadir. Es un hombre de fiar, se ha comprometido con la señora Marshall y está dispuesto a respetarlo.

A Morgan no le queda otra que pasar de las palabras a los hechos, y echar a correr escaleras arriba.

–¡Quieto! ¡Vuelve aquí! ¡No puedes subir así, sin permiso! –grita el señor Huxley. Pero Morgan no le escucha, y subiendo los escalones de dos en dos, llega a toda prisa al último piso.

El portero, entonces, sale de su garita y llama el ascensor.

–¡Muchacho! ¡Vuelve de inmediato aquí! La señora está viendo una película. ¡Y no quiere que se la moleste!

Pero Morgan está demasiado determinado para pararse. Así que llama a la puerta lo más fuerte que puede.

–¡Señora Marshall! ¡Señora Marshall! Ábrame, se lo ruego. Soy yo, Morgan; tengo que hablar con usted.

Margaret se percata del alboroto. Pero no entiende nada.

Molesta, interrumpe la visión de la película de Rossellini.

Mientras tanto, el portero ha cogido el ascensor y ya casi ha llegado al piso.

–¡Señora Marshall! Soy Morgan, de la librería, déjeme entrar, se lo ruego.

Margaret, por fin, se decide a abrir la puerta.

El señor Huxley va a su encuentro jadeando.

–¡Señora! ¡Este chico se ha lanzado escaleras arriba como un rayo, no ha habido manera de pararlo!

Margaret asiste divertida a su agitación:

–No se preocupe, señor Huxley, todo está bien así, vuélvase tranquilamente a su sitio.

E invita a Morgan a entrar. Siente curiosidad, quiere conocer los motivos que han traído a su joven amigo a su casa con tanta urgencia.

–Señora Marshall. Siento muchísimo haberle molestado, pero ha sucedido una cosa realmente terrible. Imi, el muchacho del que le he estado hablando, ha perdido el trabajo. Y ¿sabe por qué?

Porque se negó a tirar a la basura comida todavía en buen estado. ¡Una cosa absurda! ¡Le han despedido a causa de sus sólidos principios morales! Él, un huérfano, que ha sido muy pobre, no podía tirar todo aquello a la ligera. No sería capaz ni yo mismo, imaginémonos él; hay que ponerse en su lugar. Es una injusticia demasiado grande señora Marshall, increíble, le han despedido sin más. Y ahora él está hecho polvo, está desilusionado, está triste. Y ¡tiene toda la razón!

La señora Marshall está atónita, lo que le está contando Morgan es realmente muy poco correcto, pero ¿qué tiene que ver ella con el asunto? ¿Qué podría hacer para ayudar a ese chico?

Se lo piensa unos instantes, pero luego, sin embargo, contesta que siempre ha habido injusticias en el mundo y que hay que aprender a convivir con ellas.

–Señora Marshall, se lo ruego, ¡no me hable como Susan! Usted es una persona especial. Es poderosa, tiene influencia, sin duda puede usted hacer algo. No es posible que este chico pierda el trabajo, así, sin razón. Es absurdo. Es inmoral.

–Morgan..., ten paciencia, intenta entender, yo no estoy bien; tengo un pie en la tumba y el otro en el manicomio. Aunque lo quisiera, no tendría fuerzas para ayudarlos. ¿Qué podría hacer? Estoy fuera de todos los círculos posibles, los he mandado a todos al diablo...

–Señora Marshall, sabe usted perfectamente que no es así. Podría ayudarle, claro que sí, usted ha recibido el Nobel porque es una persona mejor que las demás. Y precisamente por eso tiene el deber de luchar contra la injusticia. No puede limitarse a decir «lo siento» y volverse hacia otro lado como hacen la mayor parte de los ingleses.

Margaret deja que Morgan continúe con su apasionada arenga.

–¿Por qué no llama a los de la cafetería y les mete un poco de miedo en el cuerpo? Ya es hora de que se den cuenta de que no pueden comportarse así. Se aprovechan de los indefensos, los aplastan sin dignidad. ¿Sabe que diluyen la crema de zanahorias con agua para hacerla más rentable? ¿Sabe que, con tal de ganar su viaje a Palma de Mallorca, chantajea a los chicos de las repúblicas bálticas, y cuando su permiso de residencia caduca siguen permitiéndoles trabajar a cambio de un montón de horas extraordinarias no pagadas? Y ¿quiere usted realmente que todo esto siga sucediendo?

Margaret conoce la injusticia. Y conoce también la rabia de Morgan. Es más, ha sido precisamente esa rabia la que le ha llevado a la soledad y a la clausura casi total.

Y, sin embargo, no se deja convencer. Lleva ya demasiado tiempo encerrada en el silencio.

–Muchacho mío –contesta–, yo escribo libros. No hago milagros. Pero te prometo que me lo pensaré, dame un poco de tiempo; ahora, sin embargo, tienes que marcharte. Estoy cansada y necesito estar sola.

Morgan se siente desilusionado. Margaret lo está echando de su casa.

En cambio, él quisiera seguir hablando, quisiera poder convencerla de que su ayuda sería determinante.

Pero ella no se lo permite y, con la amabilidad propia de los ingleses, lo acompaña a la puerta para despedirlo.

Ahora Margaret está de nuevo sola en su museístico salón-biblioteca, meditando. Piensa que ella a ese muchacho húngaro amigo de Morgan ni siquiera lo conoce. Desde luego, es una historia particularmente injusta. Pero ella ¿qué tiene que ver con el asunto? Ella es una intelectual y no tiene responsabilidad social alguna. Está convencida de que la tarea de una escritora es la de hechizar, la de describir el mundo y desvelarlo a quienes no logran verlo realmente.

Más que una revolucionaria, siempre se ha considerado una obstetra, capaz, con sus palabras, de hacer nacer en los otros mucho más amor y mucho más interés por la vida.

Desde luego, podría contar la historia de Imi, y darla a conocer a millones de personas. Pero ¿por qué debería luchar ella por sus derechos? Ni que fuera una sindicalista.

Desde hace tiempo su casa se ha convertido en una bola de cristal ideal, un lugar aislado del mundo, de la maldad y de la vulgaridad. Eso es, ella se ha equivocado al dejar entrar a Morgan en un ambiente tan frágil y perfecto. Porque al final, con sus relatos, esa perfección y esa fragilidad han quedado contaminadas. Por culpa suya, ahora, en el salón-biblioteca, no solo flota el perfume de lavanda, flota también Imi, flotan los sándwiches frescos tirados a la basura por un absurdo mecanismo de poder, y flotan esos locos de Proper Coffee, que diluyen con agua del grifo la crema de zanahorias con tal de ganar un viaje a Palma de Mallorca.

La armonía ha quedado destruida. Es demasiado tarde, ya, Morgan ha desenmascarado el egoísmo de su soledad.

De modo que tendrá que actuar, pero ¿cómo?

Margaret se da cuenta de que le fallan las fuerzas. Se siente débil y demasiado próxima a la muerte para poderse ocupar de los demás.

Su casa es todo lo que tiene. Y le basta.

Piensa: «El día que me muera, estos libros míos, las tazas de té japonesas, los programas de mano de la ópera, la arena recogida delante de Bleak House, las conchas halladas en la playa de Lerwick: todo continuará existiendo, pero dejará de ser mío. Se convertirá de repente en propiedad ajena. Otros se apoderarán de todo. Lo que ahora es mío acabará repartido por doquier, igual que mis cenizas. Se convertirá en parte de otras vidas. En posesiones de nuevas personas. Lo perderé todo con la muerte, y mis cosas me perderán a mí, el cariño con el que siempre las he conservado, el amor que les he demostrado».

Ahora se sujeta la cabeza entre las manos. Siente rabia y vergüenza. Tiene miedo y se sabe

indecisa. No sabe qué hacer. Entonces se pone de pie y enciende el hilo musical. Acaban de empezar a transmitir la *Fantasia para piano, coro y orquesta* de Beethoven. Una obra escrita a toda prisa en el mes de diciembre de 1808, pero todavía capaz de aturdir el alma. Margaret tiene los ojos cerrados, quiere que la música penetre en su interior, quiere sentirla vibrar contra los párpados, reavivar los latidos de su corazón cansado.

Es un momento perfecto, este. Vaciado de cualquier otro pensamiento. Lleno tan solo de armonía y de hechizo.

Todo lo demás no cuenta. No cuenta la soledad, no cuenta la nostalgia, no cuenta el dolor, no cuenta la tristeza y no cuenta siquiera la enfermedad.

La música crece, con majestuosidad cada vez mayor, eleva la mente hasta alejarla del cuerpo. El cuerpo permanece inmóvil. Y la mente, libre, puede unirse a la música: «*Lohnt dem Menschen Götter Gunst. Lohnt dem Menschen Götter Gunst*», repite el coro obsesivamente. Margaret contiene la respiración.

Y se queda inmóvil. Qué precioso es el éxtasis, la posibilidad de olvidarse de sí mismo, aunque sea solamente por un momento, y lograr existir en algo distinto.

Ahora la mente de Margaret está lejana del cuerpo, próxima tan solo a la esencia más pura que la vida. La que muchos, en el arco entero de una existencia, no son capaces de alcanzar nunca.

«*Lohnt dem Menschen Götter Gunst. Lohnt dem Menschen Götter Gunst*», repite el coro con obsesión, hasta que la música culmina, agotándose en un remolino de notas iluminadoras.

Margaret abre los ojos.

Ahora ya no tiene miedo.

Ahora sabe lo que tiene que hacer.

Sí, esta vez va a luchar, y lo va a hacer a su manera.

De modo que se pone de pie, coge en las manos el viejo teléfono de disco, suelta un buen suspiro y empieza a marcar: 0171-7880280.

–Helena, soy Margaret.

–Margaret, ¡que Dios te bendiga! Te lo ruego, dime que has visto *Dos mujeres* y que te has dado cuenta de que la Loren es un genio.

–No. No he visto *Dos mujeres*, pero he llamado para proponerte un intercambio.

–¿Un intercambio? ¿De qué clase?

–Iré a Nueva York a premiar a la Loren, pero tú, no me interesa cómo, ni cuánto te cueste, harás que se presente aquí, en mi casa, mañana a más tardar, el consejero delegado de Proper Coffee. Invéntate cualquier cosa, te doy carta blanca.

–Margaret, te adoro. Y ¿sabes una cosa? Creo que no me costará demasiado lograrlo: los de Proper Coffee compran un montón de páginas publicitarias en nuestras revistas. ¡Y las pagan muy bien! Dame un par de horas. Hago un par de llamadas y en cuanto pueda confirmarte que todo está arreglado, vuelvo a llamarte.

Helena no es capaz de imaginarse qué está remolinándose en la cabeza de Margaret. Pero desborda entusiasmo. «¡Es increíble!», grita nada más colgar, y organiza al instante una reunión extraordinaria con sus más cercanos colaboradores, para anunciar que Margaret Marshall participará en el Nueva York Glamour Award. A la oficina de prensa se le encarga el cometido de lanzar enseguida un comunicado para difundir la noticia.

–No lo olvides –especifica Helena a su colaboradora–, debes remarcar que Margaret Marshall está enferma de cáncer, y que se trata de su primera aparición pública después de la concesión del premio Nobel (ponlo en negrita, no se te olvide). Y ¿todo eso por qué? Porque a Margaret Marshall *le vuelve loca* Sophia Loren: la Loren ha sido desde siempre su actriz preferida y ella, a pesar de la enfermedad, ha decidido participar en las celebraciones con tal de poder entregarle ese premio a toda una carrera.

Inmediatamente después, se dirige al responsable de la logística y le encarga la organización del viaje, ¡que no se repare a gastos! Y ¡que se reserve una *suite* en el Four Seasons!

Por último, pregunta al director de marketing cuántas páginas publicitarias ha adquirido Proper Coffee en los próximos números de sus revistas. Son diez, por un total de 50.000 libras esterlinas. Helena llama personalmente a la secretaria del señor Carruthers y le propone un intercambio: su editorial les ofrece todas esas páginas gratis si Julian Carruthers acepta ser entrevistado por Margaret Marshall.

Helena explica –mintiendo– que la señora Marshall está trabajando en un ensayo sobre la historia del café, de modo que considera imprescindible entrevistarse con el señor Julian Carruthers que es, en materia de café, sin duda, una de las personas más competentes de todo el Reino Unido.

La secretaria se apresura a ponerse en contacto con su consejero delegado y a proponerle el acuerdo. El señor Carruthers consulta sus compromisos del día siguiente y percatándose de tener una hora de hueco entre la terapia del osteópata y la cena con su joven amante, decide aceptar.

En el fondo se siente lisonjeado de que un Premio Nobel de Literatura haya elegido reunirse precisamente con él.

–Puedes arreglar sin mayor problema la cita para mañana entre las cinco y las seis menos cuarto. A ver, con urgencia, quiero recibir lo antes posible la biografía de esa mujer; encuentra a alguien que se lea rápido una de sus novelas y sepa resumírmela en pocas palabras. Consígueme también uno de esos cofrecitos de plata que, por lo general, regalamos a los periodistas. No puedo presentarme con las manos vacías.

Y, de este modo, Julian Carruthers acepta reunirse con Margaret Marshall. Mañana a las cinco, se verán los dos solitos en el salón-biblioteca de su casa de Sloane Street.

Ahora Margaret está muy nerviosa, va y viene caminando por su salón; quiere planearlo todo hasta el mínimo detalle. No deja de pensar en las palabras más convenientes para dar jaque mate al señor Carruthers; y cuando cree haberlas encontrado, se las repite en voz alta. Pero nunca le parecen del todo adecuadas. ¡Qué caramba! No resulta fácil desafiar a duelo a una persona semejante.

Margaret se detiene. Coge en sus manos el teléfono, llama la librería y pide que le pasen con Morgan. La cajera lo localiza sirviéndose del pequeño micrófono que tiene delante.

–¿Señora Marshall?

–Buenos días, Morgan. Escucha, ¿podrías hacer que ese chico húngaro se pasara por mi casa? Mañana, a las seis en punto. Ni un minuto antes. ¡Y que espere abajo donde el portero hasta que no le diga yo que suba!

–¡Naturalmente, señora Marshall! ¿Ha decidido usted echarle una mano?

–Voy a intentarlo, pero ahora no puedo explicarte nada. Otra cosa, ¿tenéis en la tienda algún libro sobre Sophia Loren? Una biografía bien hecha con la historia de su infancia...

–Creo de sí.

–Estupendo, pues la próxima vez que vengas tráemelo también.

–Desde luego, señora Marshall, y le pido una vez más disculpas por lo de esta mañana. Verá, yo no quería...

–No te preocupes, Morgan. Yo también he sido joven. La rabia que uno siente no se puede contener. Mejor dicho, gracias por habérmelo recordado.

Morgan no consigue imaginarse qué irá a ocurrir, pero llama de inmediato a Imi y le comunica que la señora Marshall quiere ayudarlo y lo espera en su casa, al día siguiente, a las seis de la tarde.

Deberá ser puntual, ni adelantarse ni llegar tarde. Y deberá ir vestido con elegancia, con una camisa bien planchada y una corbata que vaya a juego con todo lo demás.

Ahora ya es mañana. Son casi las cinco y Margaret se está preparando para reunirse con el señor Carruthers. Lo ha decidido: se pondrá el traje que Yves Saint Laurent diseñó expresamente para la ceremonia del Nobel. Es un vestido de rara elegancia y le sigue estando magníficamente. El peluquero acaba de marcharse y la ha peinado como las actrices del pasado.

Margaret se mira al espejo y descubre que todavía es guapa. Eso es, al fin, después de tanto tiempo, tiene de nuevo una apariencia solemne, y es capaz de infundir respeto.

El portero, mientras tanto, ha telefoneado para informarla de que el florista ha entregado las amarilis blancas que ha pedido.

–¡Estupendo! ¡Súbalas inmediatamente –dice Margaret. Y añade–: Preste atención, cuando el señor Carruthers llegue, quiero que suba solo, no permita que lo acompañen. Dígale que deseo mantener una conversación privada. ¿Lo ha entendido bien, señor Huxley?

El portero está sorprendido por tanto revuelo, ¡quién sabe qué estará tramando la vieja! Hacía años que no le sentía una voz tan intensa.

Ahora son las cinco en punto. El Bentley negro del señor Carruthers acaba de detenerse ante el número 37 de Sloane Street. Durante el viaje, un experto en comunicación ha resumido a grandes rasgos al consejero delegado de Proper Coffee la biografía de la señora Marshall, le ha contado la trama de su último libro y le ha explicado que se trata de una persona esquiva y reservada.

Ahora Julian Carruthers cree saberlo todo sobre Margaret Marshall, y mientras un asistente suyo anuncia al portero su llegada, él se coloca los gemelos de Gucci procurando que se vean bien.

El ascensor ya ha llegado. El portero llama a Margaret y la informa de que el señor Carruthers está subiendo solo.

–Perfecto –dice ella. Y cuelga.

De inmediato, siente el corazón latir con fuerza por todas partes en su interior, siente un miedo enloquecedor, ahora. Los dedos de las manos se le han vuelto gélidos de repente y han comenzado a temblar un poco.

A pesar de todo, se acerca envalentonada a la puerta, y la abre. El señor Carruthers está por fin ante ella. Unas cuántas breves formalidades, un apretón de manos, luego Margaret le hace pasar a su salón-biblioteca. Él quisiera felicitarla por su extraordinario vestido; pero, acordándose de que se trata de una persona esquiva y reservada, decide guardarse para él esas palabras. En cambio, le hace obsequio del burdo cofre de plata lleno de granos de café, ese que la compañía regala a los periodistas lisonjeadores para pagarles por sus favores.

«¡Qué horror!», piensa Margaret. Pero da las gracias igualmente y con sutil ironía añade:

–Es tan bonito que lo pondré en mi dormitorio, cerca de la foto de mi madre.

Ahora están sentados el uno delante a la otra.

Y la ceremonia del té puede dar comienzo.

–¿Leche o limón, señor Carruthers?

–Leche, gracias.

–Aquí lo tiene; ahí está el azúcar...

–Perfecto...

–¿Sabe que es usted exactamente tal como lo describen?

–¿Es decir?

–Un hombre con los ojos de hielo: lo he leído en el *Financial Times*.

–Eh, sí; son esas definiciones que los periodistas te cuelgan como un sambenito y de las cuales, luego, es difícil librarse; le habrá ocurrido a usted también, me imagino...

–Sí, me llamaban «la pastorcilla».

–¿La pastorcilla?

–Bueno, eso era antes del Nobel naturalmente; ahora soy Margaret Marshall para todo el mundo.

El señor Carruthers no pierde el tiempo.

–De modo que está usted escribiendo un nuevo libro sobre el café, según me han dicho... –Y luego prosigue, mintiendo–: He leído su última novela y quisiera felicitarla calurosamente, una historia tan estratificada, secreta. Te llega al alma, la horada. Y después ya resulta difícil volverse atrás...

Pero Margaret no se deja engatusar; al contrario, puesto que ha pagado a peso de oro los cuarenta y cinco minutos de este coloquio, no tarda en lanzar el primer ataque:

–Señor Carruthers, es usted un hombre de negocios, una persona brillante, capaz de reconocer enseguida lo que resulta más conveniente para su empresa.

–Puede usted decirlo en voz alta; y es precisamente gracias a mi intuición por lo que he llegado a lo más alto.

–Ya me lo imaginaba señor Carruthers. Y ¿sabe lo que le digo? Que es precisamente ese el motivo por el que le he hecho venir, hoy, aquí, a mi casa. El libro sobre el café no tiene nada que ver.

El señor Carruthers frunce el entrecejo.

Margaret continúa:

–Usted sabrá que desde el día en que recibí el Nobel me he encerrado en un silencio total. No he escrito nada más. Ni siquiera una línea. Y es por eso por lo que todos esperan una palabra mía. Mi silencio, tan prolongado, ha acabado por crear expectación entre los lectores y los periodistas. Todos se preguntan: «¿Cómo es que la Marshall ya no tiene nada más que decir?». Y, efectivamente, es una pregunta legítima. ¿Cómo es posible recibir el Premio Nobel y, luego, encerrarse en el silencio? Es absurdo. La gente no se lo espera, no lo concibe...

»Pero ¿por qué le digo todo esto? Bueno... verá, señor Carruthers, yo me he quedado muy indignada por la historia de un empleado suyo, el joven Imre Tóth. Un camarero de la filial de Embankment.

El señor Carruthers encoge las cejas.

–Este chico ha vivido durante dieciocho años en un orfanato húngaro, y luego se ha venido a Londres, soñando con hacer carrera y convertirse en un directivo de Proper Coffee. Piense, es tan ingenuo que cree poder comprarse, algún día, con sus ahorros, un pequeño apartamento en el St George Wharf.

»En resumen, este chico algo naïf ha trabajado para ustedes muy duro y con una motivación notablemente rara, puede creerme. Sin embargo, ha sido despedido, desgraciadamente. Y ¿sabe por qué? Porque se ha negado a tirar a la basura unos sándwiches todavía frescos, que iban a caducar al día siguiente y que los empleados se habrían llevado de buena gana a casa, como había sido la costumbre hasta aquel día. Pero eso no es todo; en su cafetería de Embankment los chicos de las repúblicas bálticas son chantajeados, a cambio del silencio sobre su permiso de residencia, que ha dejado de ser válido, se les imponen decenas y decenas de horas extraordinarias no pagadas. En resumen, que se les trata como esclavos. Por no hablar de los directores, que diluyen la crema de zanahorias con agua con tal de incrementar las ventas y aumentar la posibilidad de

ganar un viaje a Palma de Mallorca que usted pone en juego para las cafeterías más rentables.

Silencio. Un silencio total, tan denso que vuelve protagonista cada respiración.

El señor Carruthers permanece inmóvil. No ha estado nunca tan quieto en toda su vida. Está preocupado, ha comprendido enseguida el peligro al que se enfrenta. Está esperando que Marshall no se ponga en contra de él y que no use su visibilidad mundial para arruinarlo, denunciando a la prensa todas esos tejemanejes.

Margaret bebe un sorbito de té. E inmediatamente después prosigue:

–Verá, señor Carruthers, si yo hiciera de dominio público mis perplejidades, a la mañana siguiente los antiglobalización se reunirían y les destrozaría todos sus escaparates, los estrellas del pop empezarían a decir que Proper Coffee es una cadena de cafeterías que hay que evitar. Y las acciones de su compañía se precipitarían en un abismo.

»Y es que, señor Carruthers, hágase cargo, quisiera que usted fuera plenamente consciente de lo ocurrido: ustedes han despedido a un *huérfano*, a alguien que se ha negado a tirar a la basura comida todavía en buen estado.

Otro interminable sorbito de té.

–Y es por todo eso por lo que, ahora, entre usted y yo, señor, hay una mecha bastante corta, y esa mecha yo podría encenderla en cualquier momento; pero, verá, por suerte para usted, yo no soy una revolucionaria. Soy una escritora y me gustan las historias con final feliz. Vamos a ver, si usted me ayuda a escribir para el joven Imi un final espectacular, créame, estaría dispuesta a olvidarlo todo. Se lo garantizo, le doy mi palabra.

»He leído que han pagado ustedes una fortuna al diseñador que ha creado el logotipo de su compañía, y que se han gastado mucho más con el futbolista ese que se ha dejado fotografiar con uno de esos deliciosos *panettoni* a la cereza de ustedes en la mano. Pues bien, señor Carruthers, voy a darle una buena noticia, todo este jaleo le costará mucho menos.

»Como le decía, a ese muchacho, al huérfano, le gustaría mucho poder vivir en la que él llama «la casa de Batman»; es decir, en la elegante comunidad de St George Wharf, al final del puente de Vauxhall, justo al lado del edificio de los servicios secretos.

»Yo estoy convencida, señor Carruthers, de que usted estará encantado de resarcirlo por los perjuicios sufridos de inmediato, y que lo ayudará a cumplir su sueño.

»Tal compensación la hará figurar usted como mejor le parezca: asesoramiento artístico, prestación ocasional. En resumen, usted verá. La forma no tiene mayor importancia, pero nosotros esperamos recibir mañana mismo, improrrogablemente, una transferencia de 500.000 libras esterlinas en la cuenta corriente bancaria del señor Imre Tóth. El departamento administrativo de su compañía –estoy convencida– dispone ya de todas los datos necesarios.

Carruthers sonrío: en la vida está acostumbrado a ganar casi siempre, pero es necesario admitir que, las pocas veces en las que ha perdido, ha sabido perder con dignidad.

Mira la hora: son las 17.48. Justo a tiempo para su cena romántica. Se pone de pie, aguarda a que Margaret lo acompañe a la puerta y, al despedirse, le dice:

–Gracias para habernos permitido ayudar a ese chico y poner remedio a nuestros errores. Tiene mi palabra. Desde mañana los productos a punto de caducar serán puestos de nuevo a disposición de los empleados gratuitamente: y ninguno de ellos volverá a ser explotado nunca más en nuestras cafeterías.

Margaret sonrío, pero no contesta, espera a que el señor Carruthers haya entrado en ascensor y cierra despacio la puerta detrás de él.

Imi acaba de llegar ahora al portal de Margaret y está mirando con estupor el enorme Bentley negro aparcado allí delante. Es tan bonito que logra resplandecer incluso en la oscuridad de la noche. Precisamente en ese momento, el señor Carruthers sale del portal y pasa a su lado.

Imi lo reconoce y piensa: «¡Caramba, pero si es el faraón!».

Carruthers no se percató de su presencia. Tiene prisa, se mete en su automóvil de lujo y, en el tramo de calle que separa Sloane Street del restaurante Zaika, habla con su secretaria:

–Señorita, no tengo mucho tiempo. Tome nota. Primero: quiero que ordene usted de inmediato una transferencia de 500.000 libras esterlinas a favor del señor Imre Tóth (deberíamos tener todavía todas sus datos bancarios, ha sido empleado nuestro). En el concepto escriba «asesoramiento artístico» y prepare una falsa factura que firmaremos nosotros con un garabato cualquiera. Segundo: llame al director de área de Inglaterra y comuníqueme que a los directores de la filial de Embankment hay que mandarlos a Coventry. Bórrelos también de la lista de los premiados con el viaje a Palma de Mallorca. Dígales que ha habido un error de cálculo.

»Tercero: mañana mismo quiero una verificación exhaustiva de todos los permisos de residencia de nuestros empleados, debemos atenernos a la legalidad, por lo menos mientras la vieja siga con vida.

–¿La vieja? –pregunta sorprendida su secretaria.

–¡Ah! No importa, ya se lo explicaré todo personalmente, por teléfono es mejor evitar ciertas cosas. Otra cosa, consígame a cualquier precio dos billetes para el concierto de Bon Jovi en el Royal Albert Hall, sé que está todo agotado, pero he prometido a mi hijo que haría todo lo posible. Por último: mañana, para mi viaje a Viena, prefiero no alojarme en el hotel Imperial, resérveme una *suite* en el Grand Hotel, una de esas de la última planta, pero que esté alejada del ascensor. Se me olvidaba, llame al florista de la Oxo Tower y encargue doce amarilis blancas para entregar mañana por la mañana a la señora Margaret Marshall con una bonita nota de agradecimiento, que sea eficaz, no hace falta que insista en ello, haga que la escriba el director de marketing.

–¿Algo más?

–No.

Carruthers se despide de su secretaria y se dispone a reunirse con su joven amante. Parece feliz, despreocupado.

Es como si no hubiera ocurrido nada. Es así su vida, miles de cuestiones e impedimentos que ha de afrontar con la máxima frialdad, para olvidarlos inmediatamente después, con el fin de no enloquecer.

Ahora Imi acaba de entrar en el ascensor. Dentro de poco se reunirá la señora Marshall. Mientras sube, se mira reflejado en el pequeño espejo.

Dentro de un par de minutos será rico. Pero todavía no lo sabe. Su mayor problema, en ese momento, es el nudo de la corbata, que está torcido porque él todavía no ha aprendido a hacérselo bien. De piso en piso, mientras el ascensor sube, Imi intenta arreglárselo como puede. Y sigue haciéndolo también en el rellano, a ciegas, un instante antes de llamar a la puerta.

Cuando Margaret le abre, él se la encuentra delante con el traje de noche de Yves Saint Laurent y queda tan asombrado por su majestuosidad, que no logra pronunciar una sola palabra siquiera.

Ahora Margaret e Imi están sentados en el salón-biblioteca que huele a lavanda y están bebiendo el té, un té oscuro, fuerte, que ha permanecido en infusión largo rato. A Margaret le gusta así. Imi, en cambio, lo encuentra repugnante y quisiera añadir un poco de azúcar. Y está a punto de pedírselo cuando Margaret le comunica la gran noticia.

Sucede mientras él sostiene en la mano la taza japonesa llena de té. Una taza muy fina, fragilísima, que empieza a temblar junto con sus manos, y a hacer ruido contra el platito.

Imi escucha en silencio, palabra por palabra, quisiera chillar de alegría, lanzar la taza al aire y correr a abrazar a la señora Marshall. En cambio, procura contener su entusiasmo dentro de él. Se queda largo rato mirando las pequeñas flores azules bordadas por manos expertas en el mantel de lino que tiene en su regazo. Lo hace hasta que sus labios se abren en una sonrisa ahora ya imposible de reprimir, y él, incrédulo, pregunta con un hilo de voz:

—¿Estamos seguros de que no se trata de un sueño?

Ahora Imi está solo en uno de los mugrientos vagones de la Circle Line. Podría regresar de inmediato a casa, pero decide, en cambio, bajarse en la estación de Embankment. Quiere correr hacia el puente de Vauxhall. Quiere volver a ver la casa de Batman, y cuando por fin se la encuentra delante, admira hechizado sus miles de ventanas encendidas flotando en la oscuridad como luciérnagas. Detrás de una de esas ventanas tendrá pronto su casa.

El St George Wharf es realmente grandioso. Es sin duda uno de los más hermosos edificios del mundo. Imi lo está mirando lleno de deseo cuando se acuerda de que la señora Marshall le ha restituido su libro con la dedicatoria.

Entonces lo abre. En la primera página Margaret ha escrito algo con una grafía elegante. Es una frase breve, pero es la verdad. Está escrito:

Querido Imi, bienvenido a la ciudad de los huérfanos.

Imi lee aquellas palabras y contempla Londres.

Ocurre todo en un único instante, como cuando reina la oscuridad y se enciende una luz. De repente, la ciudad se muestra desnuda frente a él, encajada a lo largo de un río sucio que la corta en dos como una herida. Imi la ve sin filtros, sórdida, inarmónica y desenmascarada: un lugar triste y sin amor, una jaula herrumbrosa habitada por personas huérfanas, incluso de sí mismas. De inmediato, por contraste, se acuerda de su aldea de frontera y de los niños del orfanato: ahora quisiera estar allí junto a ellos, y no aquí solo. Entonces se da cuenta de que, tal vez, con el dinero del señor Carruthers podría abrir en Landor un café todo suyo, sin manuales y sin amonestaciones escritas. ¡En él podrían trabajar todos los niños y Ada neni prepararía cada día su exquisita tarta de manzanas!

Con estos pensamientos, Imi empieza a caminar hacia casa.

El edificio de Batman queda inmóvil tras él, con sus miles de ventanas privilegiadas, iluminadas en contraste con la oscuridad del invierno.

Bastaría volverse un momento para contemplarlo una vez más. Pero Imi sigue caminando. Y no se da la vuelta. Tal vez, en su mente, tenga ya decidido olvidarlo.

Nicola Lecca

(Visegrado, verano de 2005 - Venecia, otoño de 2012)

Por amor a la verdad

En el verano de 2005, me tropecé por casualidad con un orfanato. En aquel lugar, que daba la impresión de ser pobre y triste, encontré oculta una extraordinaria abundancia de alegría.

Desde entonces he vuelto a menudo, y he pasado allí alrededor de quinientos días, lo he hecho porque he podido darme cuenta de que allí se hallaba escondido el secreto de la felicidad.

Y yo quería descubrirlo.

N. L.

Nota

Esta novela es obra de la imaginación de su autor.

A excepción del hecho de que Isabel Báthory y Myra Hindley han existido realmente y de que el Orient Express transitaba por la aldea de Gyékényes, toda otra referencia a hechos o a personas de la realidad ha de considerarse puramente casual.

Resulta obligado remarcar que las opiniones expresadas por los personajes de la novela no representan necesariamente las del autor ni las del editor.

También Proper Coffee es fruto enteramente de la ficción literaria y no puede establecerse correspondencia alguna con ninguna cadena de cafeterías realmente existente en el mundo.

Incluso el Nueva York Glamour Award es una invención, por lo que Sophia Loren no ha podido recibirlo nunca.

Me olvidaba: el Bentley negro del hotel Baur au Lac de Zúrich, así como la camisería San Marco, existen realmente; Macaulay Culkin ha actuado efectivamente en calzoncillos en el Vaudeville Theatre de Londres, concretamente en la comedia *Madame Melville*, de Harvey Nichols; en Sloane Street, las fresas cuestan siempre una fortuna y la leche producida en la isla de Jersey es, sin lugar a dudas, la más deliciosa que he probado nunca.

Agradecimientos

Toda mi gratitud a: Adrián, Anna, Antonio, Attila, Barni, Benedikt, Carlo, Carlos, Cesare, Ciccì, Danilo, Donatella, Erika, Ferenc, Franca, Francesca, Giancarlo, Gino, Giorgio, Giulia, Gloria, Guillermo, Ingeborg, István, Jancsi, Lajos, Marilena, Maurizio, Mondo, Narcisa, Paolo Emilio, Piera, Pietro, Susanna y Valentina.

Ellos saben por qué.